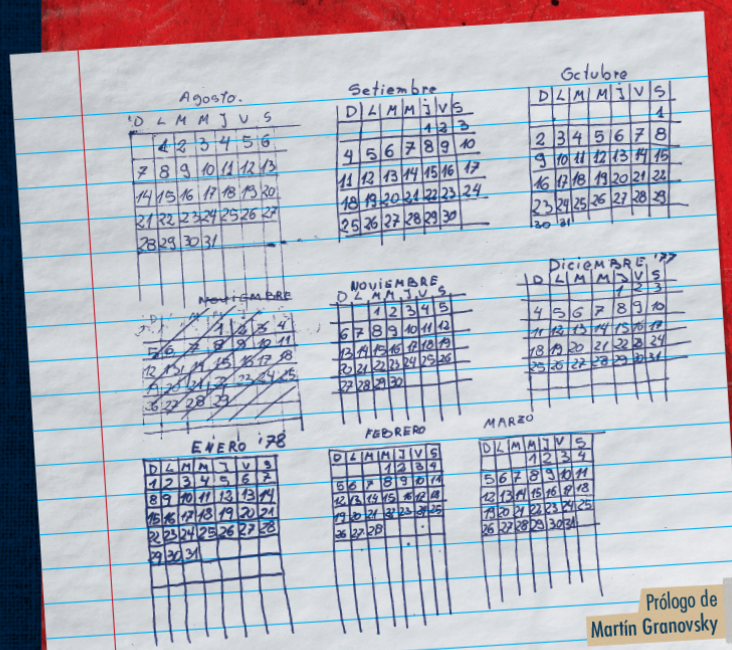
HISTORIA URGENTE

# La larga NOCHE DE LOS LÁPICES

## RELATOS DE UNA SOBREVIVIENTE




Prólogo de Martín Granovsky

Emilce Moler

MAREA EDITORIAL

EX LIBRIS

Emilce Moler

# La larga NOCHE DE LOS LÁPICES

## RELATOS DE UNA SOBREVIVIENTE

Prólogo de Martín Granovsky

Moler, Emilce
La larga noche de los lápices / Emilce Moler ; prólogo de Martín Granovsky. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2020.
Libro digital, EPUB - (Historia urgente / 80)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8303-30-7

1. Militancia Política. 2. Argentina. 3. Derechos Humanos Colectivos. I. Granovsky, Martín, prolog. II. Título.
CDD 320.0982

---

Edición: Ariel Hendler
Corrección: Brenda Wainer
Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez
Coordinación: Ana María Makar y Víctor Sabanes

Imagen de tapa: Detalle del diario de Emilce Moler escrito durante su prisión en la cárcel de Villa Devoto.

©2020 Emilce Moler
©2020 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina
Tel.: (5411) 4371-1511
marea@editorialmarea.com.ar
www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-8303-30-7

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.
.

*A Mariana, Pilar, Joaquín, Malena, Juana e Inés.*
*Por ustedes, para ustedes, de ustedes.*

**PRÓLOGO**

# Los buñuelos de Emilce

Este libro es único.

Este libro es único porque Emilce es única.

"¿Qué es militar?", le preguntó una chica de la Unión de Estudiantes Secundarios de Rosario. "Es no dormir la siesta", le dijo Emilce.

Son pocas las sobrevivientes que, después de relatar una y otra vez ante la Justicia el horror, terminaron escribiendo su propia historia de vida. Es decir, no solo lo que percibieron a través de sus sentidos, como les piden los jueces a los testigos, sino también lo que sintieron después. Y cómo ven ahora la película de su existencia.

Cuando la policía de Ramón Camps la secuestró en 1976, a sus diecisiete años, Emilce Moler ya era una persona con características bien definidas. Una militante abnegada, para usar un adjetivo que ella misma se dedica, integrante de la Unión de Estudiantes Secundarios. La torturaron represores que dice haberse representado como muñecos de plastilina, sin cara, sin nombre y sin voz. Ponían *Zamba para olvidar* por Daniel Toro. Fue detenida-desaparecida, luego presa, después liberada y al fin absuelta. A los veintiséis años, cuando Pablo Díaz, otro de los secuestrados de La Plata, declaró en el Juicio a las Juntas de 1985, Emilce pasó a ser un personaje. Se convirtió en una sobreviviente de la "Noche de los Lápices", como empezó a conocerse a principios de la democracia el secuestro de diez adolescentes en La Plata. Supuestamente los unificaba la lucha por el boleto estudiantil.

Hay gente que sueña con ser un personaje. Ella no. Lo suyo es ser sin pretender. Simplemente, el personaje le cayó encima. "Soy parte de esos relatos, de esas memorias, de esos silencios, de esos olvidos, de esas presencias y voces que permiten año a año reconstruir ese pasado", escribe. ¿Cómo hace alguien para recuperar públicamente aquella persona que siente haber sido? ¿Cómo conseguirlo cuando, encima, el cuento que a su pesar protagoniza es querible y hasta didáctico? ¿Cómo logra pelear por su identidad originaria cuando esa identidad no le fue robada por los secuestradores sino por una construcción edificada en democracia? ¿Cuánto tiene que luchar contra sí misma una persona tan pudorosa? "Yo pasaba desapercibida esos días entre los pabellones, o por lo menos así lo sentía yo", cuenta sobre la cárcel de Villa Devoto. "No protagonicé rebeliones heroicas, ni acciones singulares, ni sucesos que fueran a pasar a la historia; solo trataba de transitar mis días, y eso solo ya me costaba bastante".

Emilce es cero alharaca. Hasta en Devoto le encontró la vuelta nada menos que a la prisión de la dictadura. Escribía letras de canciones, dibujaba sombreando, transcribía cartas, usaba recetas de buñuelos de banana para cifrar un teléfono según la cantidad de cada ingrediente. Un dato: escribir fue siempre su espacio de libertad.

Lo feo es feo. Emilce no romantiza el sufrimiento. La menstruación en la celda era algo asqueroso; la falta de intimidad, insoportable. "Cumplí mis dieciocho y mis diecinueve años en la cárcel, un lugar de resistencia, un lugar horrible para cumplir años. De eso no me voy a olvidar, eso no se me va a mezclar", asegura.

El libro es la historia de una gran inteligencia práctica. "No tenés ni idea de lo que es la tortura", le dijo su padre, comisario inspector retirado en 1973. "Hablar bajo tortura no sirve de nada", agregó. Ella dice, ahora: "Nunca juzgué a nadie, pero qué tranquilidad me dio mi silencio". También aprendió de su padre a hacer las cosas que le daban placer hacer. Y también del tío Carlitos, que para estar bien solo necesitaba tomar mate, leer y escuchar música clásica.

La Noche de los Lápices le quitó libertad. "Leía las páginas y hablaban de mí, pero sin

ser yo a la que describían", apunta. Y coloca un reproche que en la proporcionalidad de Emilce (por algo terminó siendo matemática) debe ser leído como un reclamo a gritos: su problema hace treinta y cinco años no era "nada que no se pudiera solucionar con una charla profunda conmigo, que nadie se tomó el tiempo de tener".

Tengo la sensación de que este libro es esa charla que había quedado pendiente. Como nadie se la ofreció cuando era necesaria, ella resolvió tenerla consigo misma. Y por suerte, en este libro la comparte con nosotros.

Gracias, Emilce querida. Son dulces tus buñuelos. Saben a libertad.

Martín Granovsky

# INTRODUCCIÓN

Hace muchos años que, en cada aniversario de la Noche de los Lápices, releo mis propias palabras, ideas y consignas de años anteriores. Reviso textos que me devuelven imágenes de encuentros, plazas repletas de jóvenes, banderas, abrazos, emociones, cantos, lágrimas, tristezas, voces entrecortadas de emoción, risas y esperanzas compartidas. Y ante distintos micrófonos, cuento mi historia:

En la madrugada del 17 de septiembre de 1976, hombres armados y encapuchados que se identificaron como del Ejército Argentino me secuestraron de la casa de mis padres; fue la llamada "Noche de los Lápices". Yo tenía diecisiete años, era estudiante de quinto año del Bachillerato de Bellas Artes de la ciudad de La Plata y militante de la Unión de Estudiantes Secundario (UES).

Esa noche y otras más de ese mes, diez estudiantes de colegios secundarios fuimos arrancados de nuestros hogares por las Fuerzas Armadas. Seis de ellos continúan desaparecidos: Claudia Falcone, María Clara Ciocchini, Claudio de Acha, Francisco López Muntaner, Daniel Racero y Horacio Ungaro. Otros fuimos liberados luego de años de detención en centros clandestinos y cárceles: Gustavo Calotti, Pablo Díaz, Patricia Miranda y yo, Emilce Moler. Casi todos teníamos militancia política, la mayoría en la UES, y un año antes, en la primavera de 1975, habíamos participado en una marcha para pedir por el Boleto Estudiantil Secundario, entre muchísimas otras actividades políticas. Más tarde, en 1976, ya bajo la dictadura, seguimos militando y organizamos algunos actos de oposición.

Estuve detenida-desaparecida en tres centros clandestinos de detención: el Pozo de Arana, el Pozo de Quilmes y la Comisaría de Valentín Alsina, en Lanús, en los que sufrí distintos vejámenes; hasta que en enero de 1977 entré como presa legal a la cárcel de Villa Devoto, de la que salí a los diecinueve años con régimen de libertad vigilada. No me dejaron volver a mi ciudad natal porque me consideraban demasiado peligrosa e irrecuperable para la sociedad, así que quedé bajo el cuidado de mis padres en Mar del Plata, adonde ellos se habían trasladado para empezar una nueva vida.

Rendí libre quinto año del secundario y me recibí en diciembre de 1978, pero no tenía permitido ir a la universidad. Por suerte, pude convencer a mi custodia de que me dejaran estudiar, y en febrero de 1979 di el examen de ingreso a la carrera de Matemática en la Universidad Nacional de Mar del Plata: entré con la mejor nota. Poco después, el 25 de mayo de 1979, recobré mi libertad plena. Tenía veinte años.

A partir del desastre de la guerra de Malvinas, cuando la dictadura empezó a resquebrajarse y se abrió una posibilidad impensada de reconstrucción de la democracia, comencé a participar de peñas y reuniones en vistas a rearmar los centros de estudiantes. A pesar de que era muy peligroso también me veía con Fernando, mi novio de siempre: a él le habían asesinado a su hermano y su situación era muy complicada. Nos casamos en febrero de 1982. En febrero de 1983 me recibí de profesora universitaria de Matemática, y en septiembre de ese año nació nuestra primera hija, Mariana, en 1986 llegó Pilar y cuatro años más tarde, en 1990, Joaquín.

Me dediqué a enseñar matemática y computación en distintos niveles. En forma paralela ayudé a crear el centro de graduados de Ciencias Exactas y el gremio docente universitario. También participé desde Mar del Plata en la conformación de distintos organismos de derechos humanos. Atenta a la evolución de la democracia, les contaba sólo a los más allegados que yo había sido una desaparecida y presa más de la dictadura. Cuando llegaron los juicios a los militares, conforme todo el país se iba enterando de los crímenes aberrantes cometidos durante la dictadura, también empezó a ganar notoriedad el secuestro de adolescentes en la ciudad de La Plata.

La primera vez que se escuchó hablar de mi secuestro y el de mis compañeros fue en

1985 durante el Juicio a las Juntas Militares, en el que fueron condenados a prisión perpetua Jorge Rafael Videla y Emilio Massera, mientras que otros acusados recibieron penas menores e incluso la absolución. Mi padre y yo testimoniamos un año más tarde, en 1986, cuando la Cámara Federal condenó a los principales genocidas de la Policía Bonaerense, como el general Ramón Camps –quizás el máximo responsable de la Noche de los Lápices–, el comisario Miguel Etchecolatz y el médico policial Jorge Bergés, entre otros. Fueron unas pocas preguntas y respuestas, pero contundentes.

Desavenencias y desencuentros con los autores del libro que consolidó e hizo conocida la historia de la "Noche de los Lápices" hicieron que mi nombre no fuera mencionado en la película basada en el mismo. Si bien la versión del libro y la película no me representaba enteramente, sobre todo por la descripción que se hace de nosotros, la memoria de mis compañeros desaparecidos y la necesidad de que la sociedad conociera lo que había pasado pudieron más; así que poco a poco me fui apropiando de esa historia, que también es la mía, y encontré mis propias formas de narrarla.

Como escribió la historiadora Sandra Raggio: "La Noche de los Lápices no fue algo que sucedió, sino una trama narrativa conformada por una serie de episodios seleccionados y enlazados entre sí para construir una interpretación sobre el pasado del que se pretendía dar cuenta (una serie de secuestros en un lapso preciso, un grupo de víctimas con características comunes –edad, situación educativa, lugar de residencia, historia previa– y un mismo móvil represivo). Es decir, un modo de narrar determinados hechos, reunidos bajo un nombre que los singulariza en acontecimiento. Ya en el nombre está inscripta la trama. 'La noche', además de ser una metáfora muy usada para hablar del período de la dictadura, refiere a una en particular: la del 16 de septiembre. Los 'lápices' aluden a los protagonistas, las víctimas: todos ellos, estudiantes secundarios".[1]

Lamentablemente, las leyes de Punto Final, en 1986, y de Obediencia Debida, en 1987, permitieron que varios de los represores condenados salieran en libertad, y en 1990 fueron indultados los principales responsables, que aún permanecían en prisión; Camps entre ellos. Fue un período devastador. Convencida de que nada bueno se podía construir en nuestro país en base a la impunidad, siempre seguí de cerca los avances y retrocesos en los procesos legales a los responsables del terrorismo de Estado.

Sin embargo, gracias al tesón de los organismos de Derecho Humanos en bregar por memoria, verdad y justicia, se conformaron los Juicios por la Verdad.[2] No iban a tener consecuencias penales pero iban a permitir que se conociera lo ocurrido, algo que en esos años no era nada menor. En febrero de 1999, en la ciudad de La Plata y en pleno duelo por el fallecimiento de mi padre, brindé mi testimonio. Fue la primera vez que describí con todos los detalles los momentos más oscuros de esa parte de mi vida. Un testimonio no es lo mismo que una entrevista periodística: había que decir todo y así lo hice. Lloré y me abracé con los familiares, esperanzados de que en esos juicios pudieran aparecer algunas piezas más de los rompecabezas que aún intentan armar.

Recién en 2003 las leyes de impunidad fueron derogadas y en 2005 la Justicia las declaró inconstitucionales, lo cual habilitó a poder juzgar nuevamente a los genocidas. Así fue como en 2006 pude declarar en el emblemático juicio contra Etchecolatz. Y en septiembre de ese año, cuando una sentencia ejemplar estaba a punto de condenarlo a cadena perpetua, una nueva herida se abrió: desapareció Julio López, uno de los querellantes de la causa. A partir de ese momento comenzaron a llegarme amenazas a través de cartas intimidantes; así que me pusieron custodios y luego control telefónico y botón de pánico, que aún mantengo.

En el 2013 volví a dar mi testimonio en el proceso correspondiente al "Circuito Camps", que terminó con la condena a veintitrés genocidas, mientras que otros no llegaron a ir a la cárcel porque fallecieron antes de conocerse las sentencias. Había pasado demasiado tiempo para todos; incluso para los asesinos, que en su mayoría hoy pueden gozar de la prisión domiciliaria a causa de su edad avanzada y sus problemas de salud.

Sin embargo, cada nieto recuperado es el más claro ejemplo de que este pasado no quedó atrás. Los juicios que se han desarrollado, y por cuya continuidad aún bregamos,

son el hoy. Los cuerpos ausentes de los chicos de la Noche de los Lápices, el silencio cómplice de los genocidas y evitar sus prisiones domiciliarias, es el ahora. Porque el pasado no vive en fechas estancas que nos trae el calendario, sino que vuelve todos los días cuando tomamos decisiones, elegimos, legislamos.

Hoy, mientras espero el momento de tener en mis manos este libro, todavía siguen en pie las causas penales por los centros clandestinos "Pozo de Banfield", adonde llevaron a los chicos de la Noche de los Lápices que continúan desaparecidos, y "Pozo de Quilmes", donde yo estuve. Fueron unificadas para volver a juzgar a sus responsables, muchos de los cuales ya fueron condenados en 2013. Pero otra vez el tiempo nos juega en contra. El juicio ya estaba a punto de empezar en el Tribunal Oral Federal N° 2 de San Martín, subrogante en esta causa. Otra vez estaba lista para ir a dar mi testimonio, pero todo quedó suspendido por la pandemia del Covid-19 y la cuarentena, así que otra vez a esperar...

Soy parte de esas memorias, de esos silencios, de esos olvidos, de esas presencias y voces que permiten reconstruir año a año ese pasado en los distintos presentes. Muchas veces relaté minuciosamente los hechos vividos en distintos juicios ante abogados, fiscales o jueces. Muchas otras veces lo narré en entrevistas, charlas, presentaciones; en escuelas, radios, encuentros… Tengo la sensación de que hablé mucho a lo largo de mi vida. Contesté preguntas absurdas, banales, inquisidoras, dolorosas, y también algunas tan profundas que me llevaron a lugares que no hubiera querido transitar. A veces me escucho a mí misma en declaraciones de distintas épocas y siento que ya se sabe demasiado sobre esa historia y que, por lo tanto, no es necesario que se hable más.

Cada año, en cada conmemoración de la Noche de los Lápices, sigo tomando conciencia de todo lo que todavía falta contar, que también es demasiado. Entre estos demasiados sentí la necesidad de dejar en palabras escritas cosas que nunca había podido decir: esas que quizás no sirven para una entrevista breve ni para 140 o 280 caracteres; esas que tenía guardadas y que fueron mi andamiaje, mi sostén, mis sombras, mis grises, mis miedos y mis pequeños actos heroicos. Reflexiones profundas, viscerales, que no siempre se pueden decir de un tirón ante un micrófono o ante un auditorio y que permiten entender quién soy.

Así surgió este libro. Seguro que no voy a llegar a decirlo todo, pero ya es algo.

Emilce Graciela Moler
Buenos Aires, otoño de 2020

---

1 Sandra Raggio: *Memorias de la Noche de los Lápices. Tensiones, variaciones y conflictos en los modos de narrar el pasado reciente*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata; Posadas: Universidad Nacional de Misiones y Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2017.

2 El 21 de abril de 1998 la Cámara Federal de Apelaciones de La Plata dictó la resolución 18/98, a pedido de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos La Plata, que declaró necesario el derecho de los familiares de las víctimas de abusos del Estado ocurridos en el último gobierno de facto (1976-1983) de conocer cuáles fueron las circunstancias de desaparición y, en su caso, el destino final de sus restos.

# 1

## ¿Peronistas? ¿Kirchneristas? No hay más…

"Continúa la intensa búsqueda del paradero del teniente general Pedro Eugenio Aramburu. Hasta el momento se han realizado infructuosos allanamientos", sonaba en la radio del taxi.

–Parece que fueron los peronistas que lo secuestraron –dijo el taxista mientras nos miraba por el espejito del retrovisor.

–No creo, si peronistas no hay más –contestó con seguridad mi madre.

"¿Adónde se habrán ido todos los peronistas?", me preguntaba yo mientras intentaba comer las galletitas Merengadas, a ver si aumentaba unos gramos, sin hacer miguitas en el taxi. Mi mamá me había venido a buscar al colegio para ir al pediatra: el tema de mi poco peso y mi estatura mínima era una obsesión para ella y para el médico, quien me había prometido darme un regalo si llegaba a los treinta kilos. Con once años, estar en lo veintitantos era un problema para mí; mucho más grande que saber qué pasó con los peronistas. Eso era más fácil: seguro que la gente se fue dando cuenta de las cosas feísimas que habían pasado en esos años y dejaron de ser peronistas. Sí, seguro que había pasado esto.

Mi mamá me enseñó a tejer crochet a los nueve años y, mientras descansaba de hacer cuadraditos de colores para armar almohadones, jugaba a la peluquería con ella.

–¿Por qué te dicen Negra si tenés la piel tan blanca? –le preguntaba mientras la peinaba.

–Porque tenía el pelo muy negro, negro azabache. De chica lo llevaba hasta la cintura, era abundante, grueso y renegrido, llamaba la atención.

A mi madre le encantaba que la peinaran, gusto que yo heredé, igual que el no tener canas. Me gustaba el pelo de mi mamá, tan distinto al mío, finito y rubio. Con la cabeza para atrás, mientras le ponía hebillas y ruleros escuchaba las historias de su barrio: la calle 19, empedrada, con el carro del lechero, sus parientes y vecinos: "tanos" laburadores que habían construido la casa donde vivíamos. Contaba que esos inmigrantes valoraban lo que nuestro país les ofrecía y criticaban a los argentinos por no aprovecharlo. Su abuelo, sus tíos, eran sus modelos: trabajar de sol a sol en la tierra o en la construcción.

–¿Ves esta pared? Acá trabajó tu abuelo –me contaba cada vez que pasábamos por la imponente Catedral de La Plata, mientras yo acariciaba los ladrillos, pasaba los dedos por el cemento y sentía que era un poco mi historia–. Se iba a la madrugada, todavía de noche, y llegaba muy cansado; tenía las manos resquebrajadas. Los fines de semana seguía trabajando en la quinta.

Mientras yo regaba las plantas del patio con una regadera de plástico roja, oía las historias de los tíos de mi mamá en Italia: "Allá cultivan verduras y frutas en cualquier rinconcito de tierra, no es como como acá, que hay tanta tierra y toda fértil. Si en este país alguien pasa hambre es porque no quiere sembrar". Ella estaba orgullosa de sus plantas y yo pasaba muchas horas ayudándola: ponía piedritas en los canteros, sacaba los yuyos y sembraba semillas para comprobar esto de que, como decía mamá, "todo crece en estas tierras".

Mi abuelo era empleado del correo y ella lo adoraba. Falleció muy joven, por una infección en una muela "y por no existir la penicilina". Mi mamá tenía nueve años, lo sufrió mucho y nunca pudo superar que hayan hecho el velorio en su cuarto.

La Negra, la Negrita, como le decían las maestras, era buena alumna, inteligente, con su guardapolvo inmaculado y gruesos moños que ceñían las trenzas pesadas. Se la ve en el típico cuadro de la época, sepia y de marco oval, impecable, sonriente, junto a su hermano

mayor: el Tito. Terminó la primaria como la mejor alumna y lo único que quería era seguir estudiando. Pero no le tocó. Su mamá, ya viuda, necesitaba que la ayudara en las tareas de la casa y para los trabajos de costura. Botones, ojales y dobladillos la esperaban.

–¿Sabés? Vino la directora a hablar con mi mamá para convencerla de que me dejara estudiar, me habían conseguido una beca –me confesaba con orgullo y cierta tristeza. Justificaba a su mamá, pero nunca lo pudo aceptar. Esos años eran los del inicio de la Década Infame en nuestro país, ella no lo decía y no sé si alguna vez supo que su frustración tuvo que ver con eso.

Su destino fue la Escuela Profesional, estudiar corte y confección. La pasión que puso en esta carrera se trasmitía en las carpetas que guardó como un tesoro a lo largo de los años y se convirtieron en un entretenimiento de mi infancia.

Los días de lluvia, apoyaba en la mesa del comedor, sobre el mantel de hule, los carpetones de la Escuela Profesional y hojeaba cuidadosamente la carpeta de dibujo artístico. Me ponía los guantes blancos de *stretch* que usaba para ir a misa, para no manchar nada mientras daba vuelta con cuidado las hojas, separadas por papel de seda que evitaba que se corrieran los dibujos. Me deslumbraban los bocetos de cuerpos, siluetas, rostros, perfiles, brazos, cuellos, torsos, hojas, naturalezas muertas, ejercicios de perspectiva, todos a lápiz y sombreados.

A la carpeta de los muestrarios de bordados para bebé en tela batista me gustaba verla con ella, así me explicaba los puntos: vainilla simple, doble, calados, rococó; tan delicados, tan etéreos que me resultaban inalcanzables.

–¿Ves todo lo que tuve que aprender para hacer los bordados? Tenés que estudiar mucho para cualquier cosa que quieras hacer. Para coser hay que saber anatomía, para bordar una hoja es necesario conocer cómo son sus nervaduras, para todo hay que estudiar.

Quizás fueron estas experiencias las que hicieron que mi madre se obsesionara con nuestra educación. Desde los primeros años quiso que tuviésemos "los mejores colegios", que estudiáramos todo lo que ella no pudo. Nos alentaba ante cualquier inquietud: música, plástica, danzas, inglés. Sentía profundo orgullo por mis logros académicos, aunque no se le borraba la sombra de tristeza por no haber podido hacerlo ella. Siempre me llamaron la atención los conocimientos que tenía mi madre. Con solo séptimo grado escribía a la perfección; la matemática le costaba, pero terminaba resolviendo todo. En biología incorporaba saberes aprendidos de los tíos, que la hacían una experta. Manejaba un vocabulario impecable, quizás perfeccionado por los artículos de las revistas *Reader's Digest* y las consultas permanentes a las enciclopedias. "La abuela usa palabras difíciles", se sorprendía mi hijo Joaquín a sus doce años, cuando hacían juntos algunos deberes.

Esta nieta de italianos, forjada con la idea del esfuerzo individual, no pudo entender al peronismo. No se vio identificada, lo vivió como una invasión, un atropello, políticas que le daban beneficios a los "vagos" y a los que no habían hecho nada para ganárselo. Su propio límite era desmayarse de cansancio trabajando y cualquier otra cosa era ser holgazán. Siempre había que estar haciendo algo, no paraba nunca. ¡Cómo iba a entender los descansos dominicales y los logros gremiales! Cosas de vagos.

Estaba convencida de que ella tenía un espíritu libre y hacía lo que quería, aunque era rehén del qué dirán y de todas las concepciones de la época. Por eso, le molestaban esas mujeres peronistas de la Unidad Básica del barrio que la querían afiliar al partido.

–A mí nadie me regaló nada, todo me lo gané con mi esfuerzo. Tu padre tuvo dos trabajos cuando nos casamos para comprar la casa y la heladera Siam. No necesitábamos afiliarnos a nada –me decía, soslayando el desarrollo de la industria nacional durante esa época, y que habían accedido a varios beneficios gracias a las políticas del peronismo.

Durante mi infancia, una de mis salidas preferidas era ir a Buenos Aires. Viajábamos en tren a hacer compras y a la vuelta, mientras me entretenía mirando los paredones con la cara de Arturo Illia caricaturizado como una tortuga, mi mamá siempre me hacía referencia a las villas miseria que se veían desde las ventanillas

–Mirá todas las antenas de televisión que se ven. Esta pobre gente no tiene para comer y tiene tele. ¡Cuánto tardamos nosotros en tener una! Seguro que mandan a pedir a los chicos

y los padres están tirados mirando la novela –decía, mientras yo me imaginaba escenas familiares desgarradoras.

A mi mamá tampoco le gustaban las novelas porque decía que eran para mujeres vagas, que te hacían perder el tiempo. Fue así que no pude ver en mi adolescencia a *Rolando Rivas, taxista*, lo que me convirtió en una paria entre mis compañeras del colegio. Quizás es por eso que consumo todo tipo de novelas, a toda hora y de todo tipo, mientras tejo, para no sentir que no hago nada, y en la búsqueda infructuosa de recrear el beso ausente de Claudio García Satur y Soledad Silveyra.

–Dale algo a este pobre chico, preparale un paquete de fideos y otro de polenta –me decía mi mamá cuando venían a golpear la puerta de casa pidiendo "algo para comer". Me conmovían esos chicos de mi edad, siempre con mocos, las caras ajadas del frio y los pelos sucios, pulóveres rotos y casi descalzos. Raudamente le preparaba la bolsita y le ponía más cosas, mientras miraba mis pantuflas abrigadas de corderito y mi ropa impecable. Pero mi mamá me decía: "No hay que darle todo de golpe, porque si no, no saben cómo usarlo. Como se hizo en la época Perón: le daban casas y esta pobre gente levantaba los pisos de parqué para prender fuego para hacer asado. A veces, cuando dono cosas y dinero a la iglesia, pienso adónde irán a parar, pero pobre gente, igual hay que ayudarla". Entonces yo sacaba la lata de tomates y las galletitas Criollitas de la bolsa para "no hacerles mal".

–La verdadera caridad es dar lo que te duele, no lo que te sobra –decía mi mamá mientras me hojeaba el cuaderno de religión con las tareas. Y siempre aparecía asociado a este tema la figura de Eva (nunca Evita), quien le despertaba verdadera furia.

"Esta mujer, que decía que se preocupaba por los pobres y usaba joyas carísimas, ¿por qué no regalaba alguna y con eso comían muchas familias? Eso sería verdadera caridad, ¿no? Además, se le notaba que no era una verdadera 'señora'. Fue una oportunista, una mujer bastante ligera que se casó con este hombre que tenía plata y ese fue todo su mérito, pero no tenía nada de clase", repetía una y mil veces mientras yo trataba de dilucidar que cuando corría y me decían que yo era "ligera" me estaría pareciendo a Eva (nunca Evita).

Mi vieja, que nunca pudo entender mi militancia, que sufrió las vergüenzas del qué dirán de tener una hija subversiva y que sin embargo no dejó ni un solo día de visitarme en Villa Devoto, bancándose las requisas vejatorias y maltratos, sorteando todas las dificultades para verme un ratito, nunca aceptó al peronismo, ni a los gremialistas, ni las luchas sociales, ni la ampliación de derechos.

¡Cuántas veces me acordaba de ella cuando hablaba con los docentes sobre la Asignación Universal por Hijo! Las mismas frases, los mismos argumentos, las mismas matrices culturales que en más de sesenta años de historia no pudieron revertirse y permanecen inalterables. Me resultaban tan familiares los comentarios en la sala de profesores de quienes trabajaban las TIC en el aula con las *netbooks* de Conectar Igualdad y cuyos sueldos se actualizaban de acuerdo a las paritarias docentes; sin embargo, todo eso era invisible para ellos, y para muchos más.

O escucharlos mentar cotidianamente la meritocracia de quienes saben cómo gastar bien el dinero: qué comprar, qué es mucho, qué está demás, como si fueran los dueños del sentido común. Porque subyace fuerte la idea de que, a diferencia de ellos, los pobres no pueden tener deseos; no deben gastar la plata ni en mp3, ni en zapatillas flúo, ni en calzas brillantes, sino solo en lo necesario: arroz, leche y un pulóver marrón.

Todos los axiomas de mi niñez siguen tan vigentes que, si cierro los ojos, escucho el traqueteo del tren, me veo con la pollerita escocesa, las miguitas de las Merengadas, los paquetes de polenta y fideos, y mi mano aferrada a la de mi vieja mientras habla con el taxista que, mirando por el retrovisor, le dice que vuelve el kirchnerismo, y ella contestará segura: "No creo, si kirchneristas no hay más".

**2**

# La cal

Dolían los ojos cuando el sol del verano pegaba de lleno en las paredes pintadas a la cal. En un rincón, encerrada entre esas paredes, poníamos la pileta de lona verde. Se armaba con unos caños pesados, que, si bien se guardaban en una bolsa, año a año faltaba alguno y eso complicaba la tarea. Las esquinas tenían maderas de colores: roja, amarilla, azul y verde, que hacían de banquitos y en mis juegos infantiles eran tremendos trampolines. La cepillábamos para limpiarla con todo tipo de productos, pero al poco tiempo de usarla aparecía una fina película de moho que nos hacía caer y resbalar. En mi infancia, pasaba horas disfrutando del rincón: los codos contra la lona, daba pataditas en el agua, apoyaba la boca en el borde de la pileta y tomaba sorbitos del agua, desoyendo la prohibición porque supuestamente me iba hacer mal, pero era una tentación.

Usaba las paredes como pizarrón para los dibujos de agua que hacía con mi pomo y probaba todas las leyes de la física sobre flotación de objetos. La piel sufría los embates del sol; eran épocas que no existían la capa de ozono ni los protectores, y la crema Hinds rosada aplicada a la noche hacía maravillas para mitigar el ardor. Invitaba a mis amigas del barrio –nunca más de dos para no hacer mucho lío– y competíamos a ver quién llegaba a mojar más alto. Cuando empezábamos a temblar de frío, apoyábamos nuestras espaldas y los dedos todos arrugados en el calorcito de la pared: las mallas se nos hacían pedazos, pero disfrutábamos de ese pequeño placer.

No era fácil mantener las paredes así, había que pintarlas todos los años. Antes de que empezara el calor más fuerte, mi mamá preparaba la cal con agua en unos tachos grandes, y con unas brochas gordas pasábamos pincelazos. Pintar con cal era una fiesta, aunque había que tener algunos recaudos: que no toque la piel ni los ojos.

–La cal es *abrasiva*, quema, mata organismos y evita olores –me explicaba mientras nos cubríamos con pañuelos las cabezas y nos poníamos guantes.

Ese adjetivo me sonaba interesante, una palabra difícil que no sabía dónde la iba a poder aplicar, y la sentía muy alejada de la diversión que era pintar con cal. Me ponía la malla, las Skippy de plástico verde brillante y daba grandes pinceladas; no tenía que preocuparme por ser extremadamente prolija porque siempre quedaban bien. Mientras mi mamá seguía pintando subida a una escalera, yo, con la excusa de limpiar, aprovechaba a jugar con la manguera y generaba distintos tipos de lluvias tapando la punta con el dedo hasta la pared del vecino, al filo de lo permitido, para completar la diversión de la tarde.

Las piletas del Club Universitario fueron reemplazando paulatinamente a la de lona, aunque nunca del todo y la seguimos armando varios años más.

Una tarde de invierno se escuchó la noticia en la radio: "Fue hallado el cuerpo del teniente coronel Pedro Eugenio Aramburu. En la ciudad de Timote, una localidad del partido bonaerense de Carlos Tejedor. Se lo encontró en un sótano de una casa de campo, La Celada. El cadáver estaba cubierto con cal".

Claro, es abrasiva, quema y evita olores, pensé y, sin darme cuenta, pude aplicar el adjetivo.

# 3

## Yo pude ser uno de ellos

–¿Tomás Coca o Fanta? Comé lo que quieras y después te llevo al salón a jugar –dijo mientras me servía la mucama con su uniforme, cofia y guantes blancos. Creí ver en su mirada que ella tampoco estaba muy convencida de esta propuesta de cumpleaños. Apenas pude dar un mordisco al sándwich de miga y tomar un sorbo de gaseosa. Me daba mucha vergüenza estar sola en ese comedor tan grande. Quería darle el regalo a María Mercedes, mi compañera de quinto grado del Colegio Corazón Eucarístico de Jesús, e irme a jugar como en cualquier cumpleaños. La despedida no fue mejor: el *souvenir* era una percha de metal pintada por un artista plástico de renombre.

–Yo hubiera preferido la bolsita con miniaturas y caramelos –le confesé a mi padre cuando me preguntó si me había divertido. Me dio la razón; le pareció un disparate el regalo y peor lo de comer sola en un cumpleaños de nueve:

–Debe ser para ahorrar comida –reflexionó.

–La percha es un gesto muy original, y si pueden tener mucamas para atender a los chicos es muy bueno. Esta gente sabe lo que hace, tienen clase –acotó mi madre, aunque no me convenció.

Cuando me invitaban a estas fiestas eran muchas las preocupaciones: ¿Qué me voy a poner? ¿Qué les voy a regalar? ¿Se iban a dar cuenta de que no tenía auto? Mi madre se quedaba hasta tarde cosiendo los vestidos que copiaba de las revistas de moda infantil. Lustraba mis zapatos Guillermina, me compraba medias tres cuarto blancas y no podían faltar un saco de hilo blanco inmaculado y una cadenita de oro.

–No digas que yo lo cosí. Si te preguntan, decí que lo compraste, así sos igual a ellas –me recordaba siempre mi madre.

Saber que había un "ellas" fue el precio de ir al Eucarístico, el colegio más caro de La Plata. Mis padres querían "lo mejor" para mí. La escuela tenía actividades pedagógicas y prácticas educativas innovadoras: escuchábamos a María Elena Walsh desde primer grado, tocábamos batería en las clases de música y nos enseñaban matemática moderna.

Poco aprendíamos de nuestras tradiciones. Nunca me enseñaron la *Marcha de San Lorenzo*, *Aurora* o alguna otra referencia patriótica. Había logrado entender que estaban los patriotas y los españoles, pero ¿y los realistas? ¿Quiénes eran? Con esas confusiones aprendí historia, con desprecio a los gauchos y creyendo que los europeos solo nos habían querido ayudar.

–Está bien que no te enseñen cosas de folklore y de gauchos, ya no se usa más eso, ahora hay otras cosas más modernas –opinaba mi madre. Quizás, también por eso no le gustaba que se tomara mate en casa; le recordaba las cosas del campo y le parecía algo "sucio".

A los nueve años ya había aprendido que "ellas" eran distintas. Tenían mucho dinero, aunque no hacían ostentación, y eran más finas; otro estilo, un modo de vida distinto al mío y al de otras alumnas. ¿Cómo me daba cuenta si íbamos de uniforme? No sé, lo percibía. Pertenecían a familias tradicionales platenses, vivían en casas elegantes, hablaban distinto. Muchas tenían doble apellido y se llamaban Rosario, Mercedes, Dolores, Milagros, Soledad, Carolina… casi siempre con un María adelante. Mis amigas del barrio eran Patricia, Silvia, Mónica, Adriana, Miriam… Tenían mucamas uniformadas, mientras que en mi casa se empezaba a discutir si iba a venir alguien a ayudar a baldear los pisos. Los hermanos jugaban al rugby. Sus padres eran abogados, médicos, ingenieros. Mi papá, policía, aunque debía decir que era "empleado estatal", sin entender qué significaba.

–¿Por qué no puedo decir de qué trabaja papá?

–Los policías no tienen buenos sueldos y así van a saber que no sos como "ellas". Además, hay muchos que son ladrones y pueden sospechar de tu papá. Y eso es muy feo, porque nosotros podemos no tener mucho dinero, pero somos muy honrados –me explicaba mi mamá.

Así fui metamorfoseando la consigna de "pobres pero honrados" en "honrados y que no se note que somos pobres".

En el barrio todos sabían que era la hija del comisario, y podía ser tal cual era. Mi abuela había nacido en esa casa y todos nos conocíamos. Disfrutaba de jugar en la vereda con mis amigas. Teníamos cascaritas en las rodillas, los eternos raspones que siempre aparecían en algún "poliladron" o en un "piedra libre" de la escondida en la vereda. Los vaqueros *Far West*, recién salidos, mitigaban un poco las raspaduras que nos hacíamos cuando corríamos vueltas a la manzana. Terminábamos en alguna casa, agitadas, coloradas, sedientas, con las vinchas de *stretch* caídas y sacándonos los pulóveres tejidos a mano con varias lanas, que en mi caso tejía mi abuela.

–Ese pulóver usalo en el barrio, pero si vas a salir ponete otro. Se nota que lo hicimos con retazos –me aclaraba mi mamá.

Y sí, ya sabía eso, si yo misma la había ayudado ovillar a mi abuela, que hasta me había dejado tejer algunas hileras.

Ser la mejor alumna y muy veloz para correr fueron dos condiciones que facilitaron mi cercanía con "ellas". Cuando las ayudaba con los deberes, les hacía algún dibujo en la carátula o les explicaba la regla de tres compuesta, ese día podían faltar a la "maestra particular". En el patio jugábamos al "mata sapos", a saltar la soga o a la rayuela, y siempre me elegían en su equipo porque las ayudaba a ganar. Escuchaba cómo a veces se burlaban de las chicas que no tenían su estilo y temía que lo hicieran conmigo también. Eran mis amigas, pero no lograba sentirme muy cómoda, algo nos separaba. Sabía que nunca sería como "ellas", aunque vincularme a través de las tareas escolares me daba cierta inmunidad. Creo que fue en esta etapa cuando entendí que la educación era la llave del ascenso social.

En la escuela no exigían cumplimiento de los preceptos religiosos, pero yo estaba muy comprometida. Más de una vez me pregunté si iba a ser monja. Todas las semanas me confesaba porque no quería quedarme con pecados: dije malas palabras, me peleé con mi hermana y desobedecí a mis padres, eran los más frecuentes. Cuando iba a misa a veces me aburría y, como sentía culpa por no estar muy interesada en el sermón, rezaba padrenuestros y avemarías que luego los descontaba cuando me daban la penitencia de la confesión. Aliviaba culpa y adelantaba la penitencia: negocio redondo.

Sabía que no debía desear las cosas del prójimo, pero no podía contener las ganas de pedirle prestada a María Mercedes esa goma de borrar trasparente, con un intenso olor a esencia de frutilla que le había traído su papá de Europa. Sentí fuertes deseos de que mi viejo accediera al recurrente pedido de mi madre de hacer ese viaje. Pero era difícil. Decía que esos viajes eran para gente de nariz parada. No se iba a perder los partidos de Gimnasia por recorrer museos. Debía conformarme con oler entre mis manos ahuecadas la goma y pedir prestado el sacapuntas de metal alemán, otro regalo preciado.

"Ellas" tenían los lápices Faber Castell, las telas escocesas para las polleras, los *tweeds* de los tapados, muñecas articuladas, cubiertos de plata, todo lo "importado". Se los traían de los viajes o los compraban, porque, aunque eran caros, valía la pena porque era mucho mejor que los nacionales. Así me lo había creído y el Gobierno de Onganía seguramente no hacía mucho para que pensara distinto.

Con "ellas" también participaba de muchas actividades de caridad. Otras las organizábamos con mi mamá. Los fines de semana me sentaba en la puerta de casa con un cajón lleno de revistas usadas y las vendía. Con esa plata compraba caramelos y los llevábamos a un hospital.

En sexto grado empecé a ir a un asilo a "sacar" chicas para pasar el día en mi casa. Fue Diana, de once años, quien con su mirada sembró en mí una sensación incómoda, desestabilizadora. ¿Por qué no estaba feliz de pasar un domingo conmigo, en mi casa, con

todos mis juguetes? ¿Por qué no se reía ni me agradecía? Algo estaba mal: empecé a sentirlo sin poder comprenderlo.

–Son desagradecidos. Hay que tener cuidado con esta gente: te das vuelta y te roban. No la dejes nunca sola –sentenciaba mi mamá

Pero empecé a pensar que no debía ser eso. Que en ese rostro había sufrimiento. Que no le iba a alcanzar con un domingo, ni con que le prestara la bicicleta. Había una tristeza profunda. De a poco espacié las visitas, y fui encontrando otras actividades que postergaban esas salidas. No la fui a buscar más, su tristeza me dolía y no sabía qué hacer.

Cuando vi a Macri festejando el 25 de Mayo en la residencia de Olivos, comiendo locro con vecinos, las veía a "ellas" haciendo caridad. Buenas personas que ayudan todo lo que pueden, que les dan cosas a los pobres: un domingo, un juguete, una vuelta en bicicleta.

Me acordé de Diana, de su mirada que me hizo reaccionar, que me sacó de esa comodidad en que vivía. Gracias a la política, que abracé desde la adolescencia, entendí qué me quería decir ella con su expresión. De su tristeza ancestral, de sentir que se la trataba diferente, que la vida le iba a doler hasta los huesos, que su futuro era limitado, que no tenía que confiar en los que le hablan de caridad, que estaba muy bien que no me sonriera. Que yo, para ella, era una de "ellas", y que ella, Diana, no iba a pertenecer nunca a mi mundo.

Me acordé de la mucama, con su uniforme disfraz, atendiendo a nenas tristes.

Si no hubiese sido por Diana, yo también podría haber estado en Olivos comiendo el locro y pensando qué más le podíamos dar a esta gente, siempre tan desagradecida.

# 4

## Las obleas no eran galletitas

Fueron apenas pocos minutos. Se me hicieron eternos. ¿Cómo era posible que me estuviera pasando esto? No estaba entendiendo la consigna. Tenías ganas de inclinar la cabeza y susurrarle a Alejandra que me soplara, como en la escuela. Pero no estábamos en la clase de Historia, era una reunión de la Unión de Estudiantes Secundarios: la UES. Había pensado durante más de un año si ir o no ir a este tipo de encuentros, asumir un compromiso mayor con la militancia. ¿Estaba preparada? ¿Iba a poder hacer lo que me pedían? Tendría que dejar de jugar al vóley en el Club Universitario, las clases de inglés de Miss Susan y los veraneos en Mar del Plata. Y ahí estaba, tratando de entender qué tenía que hacer para dar el salto, dejar de ser solo una allegada de las organizaciones políticas para convertirme en una militante y, como primera tarea, pegar obleas en los micros.

En ese momento solo imaginaba las galletitas Ópera y me detestaba por pensar eso y no concentrarme en lo que me decían. Le podría haber preguntado a Patulo, pero no me animé, me dio vergüenza. Él no me hablaba como cuando caminábamos por la 44 imaginando la fiesta que íbamos a hacer cuando el Lobo saliera campeón. Estábamos en una reunión de la UES y, como mi responsable, me estaba asignando mi primera actividad; y justo me venía a pasar esto de no entender qué maldita cosa era una oblea.

Patulo apoyó sobre la mesita del café la ajeada cartera de cuero que llevaba cruzada, con manchas de tinta y olor a pucho. Sacó un paquete envuelto en papel madera, rasgó un pedacito y asomaron las letras con la tipografía de Montoneros impresas en rectángulos de papel con un film autoadhesivo al dorso: ¡las obleas!

Agarré la cartera de cuero y con cierta torpeza guardé el paquete en mi yisca. ¿Cómo iba a imaginar que veinte años después volvería a hurgar en esa carterita buscando fotos y fragmentos de historias que guardaba Marucha, la mamá de Patulo, querida madre de Plaza de Mayo?

Al otro día, en la parada 307, bajaba al cordón de la vereda a cada instante para ver si venía el micro. Contaba por tercera vez las monedas apretadas en mi mano, palpaba en el bolsillo de mi jean la puntita doblada del autoadhesivo de la oblea para poder arrancarlo rápido, chequeaba todo con cierta obsesión. Que mi primera actividad fuera en un micro solo era una prueba que me ponía el Señor para probar mi voluntad militante, ya que mi relación con los micros nunca fue buena. Y así lo asumí.

Desde los nueve años, cuando empecé a andar sola en micro, practicaba esas rutinas para mitigar los nervios: buscar el dinero exacto para pagar, guardar el boleto en un lugar seguro por si venía el guardia a picarlo, estar atenta a la bajada, acercarme de a poco, mirar si algún adulto también iba a bajar para evitar gritarle al micrero: "¡Parada!" La cosa no mejoró cuando pusieron la puerta de atrás para bajar, con timbres a alturas imposibles. Dependía de alguna buena voluntad para tocarlo, o bajaba más de una vez en paradas equivocadas.

Palpaba la bolsa grande que colgaba de mi hombro, que esta vez no tenía la flauta dulce y palillos de batería, como cuando iba al Conservatorio de música. Las partituras y cuadernos de solfeo los había cambiado por obleas que denunciaban los momentos de violencia que vivíamos en el 75, y que habían empezado a asfixiarme.

Mi imagen aniñada me daba gran seguridad para realizar esto. Cara lavada sin pintura, me recogí unos mechones de pelo con hebillas infantiles y me puse mocasines de Guido, descartando las sandalias de plataforma que tanto usaba para suplir los centímetros que me faltaban. Pero ese día no las iba a usar, debía estar cómoda. La remera de algodón rayada,

ajustada al cuerpo, que tanto me acomplejaba por no tener curvas, y los jeans Levi's bombilla eran la ropa adecuada. ¿Quién iba a sospechar de esa nena? Arriba del micro ya estaba segura y podía contemplar el recorrido que tantas veces había hecho para llegar a la calle 7. Solo me faltaba alcanzar y tocar el timbre, pero esta vez era más fácil, porque si me pasaba de la parada no importaba demasiado.

¿Alguna vez alguien habrá visto en las escaleritas de la puerta de atrás del micro, en un papelito arrugado y torcido, el pedido desgarrador de "Libertad a los Presos Políticos-UES-Montoneros"? Al bajar, mientras caminaba rápidamente por la Galería Rocha, donde los maniquíes me resultaban borrosos y las ofertas poco atractivas, solo podía pensar en cómo pegar la próxima vez más derecha y un poco más alta la oblea.

# 5

## Vidrios rotos

La tenía con las dos manos. No era muy pesada. Pero empecé a sentir algo diferente. Los brazos se me aflojaron. Se me cayó al piso. Estaba todo listo para que arrojara esa piedra contra el ventanal, pero no la pude sostener. Empecé a sentir palpitaciones, las mismas que hicieron que dejara las competiciones de vóley para evitar situaciones de tensión. El cuerpo me temblaba, me sentía muy mal, pero no podía pensar ni siquiera en sentarme.

Me quedaban pocos minutos; ya estaba por empezar el acto relámpago en la puerta de la empresa Ford. Tenía que romper el ventanal a piedrazos y volantear. Empezó sin mí: cantos, ruidos, vidrios rotos, gritos. Mis compañeros, exultantes, pintaban con aerosol *Explotadores, Vendepatrias, Fuera Yankis, Go Home*. Se reían, se abrazaban, estaban nerviosos, pero lo disimulaban, cantaban fuerte, aplaudían. Yo miraba alrededor, confundida, angustiada. Nunca me había pasado no cumplir con una tarea encomendada. Sentía culpa, pero tenía miedo. Tenía culpa de sentir miedo.

Se me aparecían las imágenes de las reuniones de la UES donde me habían explicado que en la fábrica Ford habían despedido obreros; era una empresa norteamericana que explotaba a los trabajadores y las cosas en el 75 no venían bien. Había que denunciar todo eso.

–Pero ¿es necesario romper la vidriera? –pregunté a mis compañeros.

–Sí, obvio –respondieron casi conteniendo la risa para no ofenderme.

Siempre fui muy aferrada a las cosas legales y esto me quebraba. Los despidos, la explotación, la injusticia me indignaban y me daban el impulso de militar. Entendía que ese era el camino para militar, pero era la primera vez que iba a trasgredir una norma. Romper: una vidriera, mi vida legal.

Nunca pensé que me iba a costar tanto. Faltaban pocos minutos para que terminara. Tenía una posibilidad más: tirar al aire los volantes antes de dispersarnos. Los tenía guardados en mi bolso de crochet. Agarré la mitad, pero se me cayeron; el brazo no me respondió para arrojarlos, seguía temblando. El viento por suerte los desparramó y sentí que podía disimular al menos algo. Miraba desesperada alrededor a ver si alguien me había visto hacer todo mal, pero estaban muy concentrados en sus tareas.

Nos desconcentramos rápidamente. Fue lo que mejor me salió.

# 6

## El adiós a la bikini

Claudia Roca era mi amiga de la adolescencia de la playa Punta Mogotes. Ella era la segunda de cinco hermanos. Nos veíamos los veranos, en el balneario San Francisco. En casa le decíamos Las Rocas. Vivían en Capital Federal, en Barrio Norte, y alquilaban una casa frente al mar. Se quedaban tres meses con su mamá y su tía. Su papá iba los fines de semana. Jugábamos al vóley en la cancha de atrás de las carpas; hasta que fuimos creciendo y pasamos a la cancha grande. Nos divertíamos con cosas simples y a las dos nos gustaba con locura tomar sol, el mar, la playa, hacernos milanesa en la arena. Pusimos esfuerzo en hacernos amigas de las Trillizas de Oro, que iban a ese balneario, aunque sin éxito. No salíamos a la noche para aprovechar la playa desde temprano, era lo que más nos interesaba. Disfrutaba meterme en el mar con ella, nadaba mucho mejor que yo y me daba seguridad. Un día de lluvia sin playa podía ser un drama para nosotras, y apenas veíamos un rayo de sol corríamos a disfrutarlo. Era la única persona de mi edad tan fanática de la playa como yo, y eso nos unía.

Estudiábamos todo el año para no tener que rendir materias durante el verano. Cuando empecé a participar de asambleas estudiantiles, marchas, tomas de escuela y reuniones políticas, se lo fui comentando, pero como al pasar. Le conté que me había puesto de novia con Fernando, estudiante de Agronomía de veintidós años; pero omití hablar de su militancia en la Juventud Universitaria Peronista. No le confiaba más detalles ni intentaba convencerla. Creía que no me iba a entender y quería resguardar esa amistad; tenía miedo de que se rompiera. Quizás me gustaba tener esa "doble vida". Era como estar con una compañera del Eucarístico, pero más humilde y buena.

En enero del 76, Fernando fue a pasar unos días a Mar del Plata. No me animé a presentárselo a Claudia, no quise juntar "mis mundos". La visita de mi novio había alterado la rutina de playa: nos juntábamos con compañeros de militancia que estaban en la ciudad. Los temas excluyentes eran la política, el posible golpe de Estado y buscar lugares seguros para dormir; algunos ya habían entrado a la clandestinidad. Me apasionaban esos temas, los vivía con intensidad, me encantaba estar con mi novio, pero sufría no poder ir a la playa; los compañeros estaban con otras preocupaciones, ni pensaban en la Mar del Plata turística.

Faltaban pocos días para volverme a La Plata y me estaba perdiendo de tomar sol; así que una tardecita, mientras todos se quedaron tomando mate, me hice una escapada a la playa. Me encontré con Claudia y algunos amigos. A las conversaciones las sentía lejanas, nada de lo que me decían me interesaba, seguía pensando en los temas de política que habíamos estado discutiendo. Cuando alguien del grupo dijo algo de "la subversión", sentí que no podía permanecer más en esa ronda charlando pavadas.

–Me voy al mar –le dije a Claudia, mientras me sacudía la arena de la bikini turquesa.

Me fui metiendo de a poco. Cuando el agua me llegó a los hombros, me zambullí. Nadé hasta que me agarró un calambre. Mientras lo mitigaba haciendo la plancha, miraba el cielo. Solo podía ver una imagen en blanco y negro: un policía me llevaba a la cárcel; abría una reja y me dejaba en una celda. Me quedaba en un lugar húmedo, frío, mirando a través de los barrotes. No tenía miedo, me invadía una profunda tristeza, pero lo vivía como algo inevitable: eso me iba a suceder. Esa imagen, breve, nítida, sin color, contrastaba con la alegría que se vivía en la playa de "La Feliz". Cuando se me empezaron arrugar los dedos volví hacia la orilla. Salté las olas, jugué con la espuma, la abrazaba, me sumergía, chapoteaba, no me quería ir.

No acostumbraba a bañarme al atardecer, me gustaban los baños de mañana, pero ese día tuve el impulso de hacerlo.

Salí del mar haciendo lluvia de gotitas en la orilla con el pie. El sol del atardecer hacía un efecto de arco iris. Disfruté profundamente ese instante. Miraba la orilla a través de las gotas, el sol, el cielo. Estaba segura de que nada iba a ser igual en los próximos veraneos. ¿Me estaba despidiendo? Algo así.

–¿Y cómo está Mar del Plata? –le pregunté a mi mamá, a través del locutorio de la cárcel de Villa Devoto, en la visita semanal.

–Mucha gente. Casi una de las mejores temporadas. Van a las playas, compran cosas, se divierten. A nadie le importa lo que pasa en el país. No les interesa lo que nos pasa a unos pocos. Yo no quiero hablar con nadie, además la gente me escapa, se hacen los tontos –me contestaba con tristeza y bronca.

–¿Supiste algo de Las Rocas?

–No, no volvimos al balneario. No podemos ir estando vos acá.

Mientras volvía al pabellón, caminando por los pasillos del penal de Villa Devoto, me sentí devastada. Me había imaginado que la vida afuera casi se había detenido, o por lo menos que nadie se divertía. Pero me di cuenta de que Las Rocas, como tantos otros, seguían yendo a la playa como todos los veranos.

Me consolaba mirando las tarjetas de Mar del Plata que me mandaba mi mamá todas las semanas, con palabras de cariño. Nunca había pensado que esas postales, que vi tantas veces en los quioscos y que consideraba poco artísticas y hasta vulgares, iban a darme momentos de alegría. Pasaba horas examinando cada pedazo de playa, trataba de reconocer cada rincón y evocaba cuándo había caminado por allí.

Cuando salía al patio del penal, en los pocos recreos en que había sol, me sentaba en el piso, con la espalda contra la pared y cerraba los ojos. Me quedaba siguiendo el caleidoscopio de colores rojos y negros que veía a través de los párpados. Me imaginaba, por un rato, aunque fuera un rato, que estaba en una reposera, al lado Las Rocas, tomando sol con mi bikini turquesa.

Durante años Claudia no supo por qué no fui más al balneario. Tardó mucho tiempo en enterarse de lo que me había pasado.

En el 79 volví al mar. Dejé de usar bikinis, mis veinte años me pesaban mucho.

Volví a recuperar mi amor por los baños, a salpicar en la orilla, a mirar el sol al atardecer. Pero nunca más fue lo mismo.

# Para Horacio, de Melody

Estaban siempre juntos: bailaban, leían, patinaban tomados de la mano. Con sus doce años Melody y Daniel estaban profundamente enamorados. La oposición de sus padres los impulsó a escapar. Sonaba la mítica canción *To Love Somebody*, de Bee Gees, mientras se los veía huyendo por las vías del tren en una zorra; ellos reían, eran trasgresores y felices de su amor. No me importaba que se me hubieran terminado los Sugus confitados; seguí leyendo hasta el último nombre en la pantalla hasta que se encendieron todas las luces. Soñaba con parecerme a Melody, protagonista de la primera película de amor de adolescentes que había visto.

Nunca pensé que mis habilidades de tejedora me iban a ayudar a lograr ese objetivo. Ese verano aprendí a tejer unos bolsos al crochet con pelotitas de madera pintadas. Hice varios de distintos hilados y colores, y una *boutique* de una galería platense los tomó en consignación. Al poco tiempo los había vendido todos y con esa plata me compré los patines añorados. Patinaba en el patio de mi casa, a los golpes, luchando con las cintas *gross* de color naranja que se me desataban; mis rodillas se llenaban de raspones, mis codos de moretones, pero valía la pena: cuando podía deslizarme unos metros… era Melody. Solo me faltaba quien me tomara de la mano.

Los veraneos en Mar del Plata me daban la posibilidad de alquilar patines por hora en el Piso de Deportes; algo que en La Plata no existía, y me parecía maravilloso. A una de las canchas de básquet la usaban como pista de patinaje los días de lluvia. Me ponía pequeñas metas cuando iba a practicar: dar dos vueltas sin agarrarme de la baranda, frenar de golpe con un solo patín, hacer una vuelta de cuclillas; no dudaba en agarrarme del primero que pasaba con tal de cumplir mi objetivo. Pero la mala acústica del lugar, pelotas rebotando por todos lados y chicos que gritaban los goles de las canchas de al lado no me permitían concentrarme en mis piruetas.

En una prueba perdí el equilibrio y la caída era inminente; moví los brazos como molinos de viento, pero fue inútil. Sentí una mano que apretó la mía, me aferré fuerte y de un tirón me levantó. Recuperé el equilibrio y sin decir nada, seguimos avanzando por la pista dando varias vueltas tomados de la mano: era Horacio, con sus pecas y nariz grande. ¿Yo? Melody.

Supe su nombre cuando, apoyados en la baranda y a los gritos, comenzamos a hablar. Nos sorprendió que los dos fuéramos de La Plata y fue inevitable empezar a tantear los gustos: los dos socios del Club Universitario, no nos gustaba ir a bailar a confiterías, ni las coreografías de programas como *Música en Libertad* o *Alta Tensión*: todo un reconocimiento de afinidad en esa época. En el fútbol no nos poníamos de acuerdo: yo de Gimnasia, él de Estudiantes. Nos despedíamos con un: "Si venís otra vez nos vemos…". Y así ocurría. Lo veía de lejos y le pasaba cerca; al rato estábamos tomados de la mano patinando. Nada más.

Nos volvimos a ver después de un año en La Plata, en las fiestas de carnaval del Club Universitario. Horacio era tímido y reservado, pero me gustaba que no dijera pavadas. Casi sin hablar, bailamos lentos y coreamos entusiasmados al dúo Bárbara y Dick que actuaba en vivo esa noche, con su mítica canción *El funeral del labrador*.

En el 75, ya absorbida por la militancia, dejé atrás el club y los bailes. En un encuentro de la UES lo vi a Horacio y no tuvimos que decir nada; nos miramos, sonreímos y entendimos que habíamos elegido el mismo camino. Me dio mucha alegría. Los encuentros se hicieron más frecuentes. Él estaba mucho menos tímido: había leído mucho de política y

eso le daba más soltura para hablar. Parecía más grande, seguro de sus actividades, muy comprometido.

Ya durante la dictadura, en agosto del 76, debido a los cambios en la organización de la UES, Horacio se había convertido en mi responsable, y lo fue por unos meses. Un día teníamos asignada la tarea de hacer una volanteada en la puerta de la escuela de 1 y 38.

–Tomá, guardalos –me dijo mientras me entregaba los volantes envueltos en papel de diario.

–¿No nos expone mucho hacer esto? –pregunté, convencida de que no estaban dadas las condiciones de seguridad para hacerlo.

–No te preocupes, todo va a salir bien.

–Ok. Nos vemos mañana –le di un beso y me fui escondiendo el paquete en una bolsa de hacer los mandados, debajo de un atado de acelga y unas lechugas. Me fui a coser un bolsillo, disimulado en una campera, para llevar los volantes y que no me vieran con ningún paquete sospechoso; en esos días todo era sospechoso, había que extremar los cuidados.

Al otro día repasé mil veces mentalmente las citas y los horarios establecidos. Me puse ropa cómoda, nada de plataformas por si había que correr. La campera quedó bien, no se notaba el bulto de los volantes. Fui caminando; eran muchas cuadras, pero me permitía regular la hora y no depender de los micros. Iba mirando si había alguna pinza policial; tenía que esquivarlas. No me podían agarrar con esos papeles porque me jugaba la vida. Cada movimiento raro en la calle me intranquilizaba, trataba de calmarme; miraba el reloj a cada minuto, regulaba el paso. Estaba cerca y era un poco temprano. Di unas vueltas, vi a otros compañeros en las calles trasversales haciendo tiempo para la cita. Estaba Horacio: no llevaba la campera verde oliva; por seguridad se recomendaba que no se usaran más. Tenía un pulóver escote en V y una chomba, estaba muy prolijo. Me tranquilizó verlo.

A la hora prevista nos acercamos a la entrada de la escuela. Yo ya había sacado los volantes de la campera y me los había colocado en el pecho.

–¡Ahora! –gritó Horacio.

Algunos alumnos agarraban los papeles que les volaban por la cabeza, firmados por UES-Montoneros, pero a la mayoría no les interesaba; ni siquiera llegaban a leer las consignas.

–¡Váyanse, voy a llamar a la policía! –gritó un preceptor mientras bajaba a toda velocidad por las escaleras. Lo miré a Horacio desesperada y me hizo una seña con la cabeza para que me fuera; después dio la orden a todos de desmovilizar.

A la media hora fui a la cita de control. Yo estaba furiosa. Todavía me duraban las palpitaciones y me temblaban las piernas, casi me agarraba ese preceptor facho.

–Esto fue una locura, Horacio. No tiene sentido que nos regalemos así. ¿Quien leyó los volantes? ¿Valió la pena?

–Sí, es cierto, estábamos muy expuestos. Pero siempre vale la pena, con que uno lo haya leído, valió la pena.

–¿Un volante por uno de nosotros? Me parece muy desigual. Qué sé yo… me parece que tenemos que hacer cosas, pero menos visibles…

–Puede ser. Pero hay que seguir.

Me apretó en un abrazo. Me daba palmaditas en la espalda y en la cabeza; una manera de contenerme y darnos fuerza.

No hubo otra cita; nos reencontramos en el Pozo de Arana. Fue devastador escuchar su voz, yo no sabía que a él también lo habían secuestrado. Estaba desnudo, casi no hablaba, solo gritaba cuando no le tapaban la boca. Un grito desgarrador. En la sala de tortura nos hicieron hablar, una especie de careo. Con voces temblorosas intercambiamos algunas palabras, suficiente para darnos aliento y fuerza.

A los seis días de estar ahí, donde no comimos absolutamente nada, nos hicieron subir a varios compañeros a un camión. Casi nadie hablaba, estábamos en muy malas condiciones. Yo no sabía quién viajaba, salvo las chicas que estaban conmigo en la celda. Frenamos en el camino. Un guardia leyó una lista para que se bajaran.

–Horacio Ungaro –se escuchó.

Sentí unos pasos, mezclados con los de otros que iban llamando: Claudia Falcone, María Clara Ciocchini, Daniel Racero, Claudio de Acha, Francisco López Muntaner: otros nombres que trataba de recordar.

No pudimos despedirnos.

De todas las imágenes que compartí, elijo siempre recordar a ese muchacho pecoso, de nariz grande, chaqueta verde oliva, parco y comprometido, que me tendió la mano para que no me cayera cuando patinaba y logró hacerme sentir Melody.

# 8

## Polenta con remolacha

–Nada –le respondí al juez Reboredo.

–Le reitero: ¿En una semana que estuvo en el centro clandestino denominado Arana no le suministraron ninguna comida?

–Exacto. Me daban agua, pero mis compañeras de celda, Hilda y Ana, me previnieron que no tomara líquido después de la tortura porque me iba a hacer muy mal, por la electricidad. Después de varios días intentaron darme algo sólido. Fue el 21 de septiembre, nos sacaron a una especie de patio a varios de los presos que estábamos allí. Querían que "festejáramos" el día de la primavera. Nos hicieron sentar en el piso y nos pedían que cantáramos. Yo apenas podía sostenerme. Un guardia me trajo un té y un pedazo de manzana, pero no llegué a probarlos porque me desmayé, y cuando me desperté ya estaba en mi celda –dije en mi declaración.

–¿Y cuándo volvió a comer? –continuó el juez, a cargo del Juicio por la Verdad, en la ciudad de La Plata.

–Después de más de diez días.

–Comé algo piba, si seguís así vas a pasar entre las rejas –me dijo el guardia que estaba de turno en el Pozo de Quilmes. El "Gordo", como le decíamos, era uno de los guardias más humanitarios, junto con otros dos, Raúl y Beto, a quienes ser amables con nosotras les costó su cargo. Me traía Pancután para curarme las quemaduras de los brazos que me habían hecho con cigarrillos en Arana. En cambio, "el Viejo" se ensañaba con nosotras.

– Caminá, bicho –me gritaba mientras me llevaba por el pasillo hasta el baño.

Había una letrina maloliente y una pileta de lavar honda, con agua fría. Muchas veces me aguantaba de ir con tal de no llamar al "Viejo".

Mientras caminaba me iba pegando con el manojo de llaves en todo el camino. Y cuando me devolvía para la celda me tiraba en la cabeza un chorro de un líquido frío, de olor fuerte, penetrante, que quemaba los ojos. Así conocí la acaroína.

De a poco empecé a comer lo que me servían. Nunca entendí por qué mezclaban polenta con remolacha. La traían en un bol de plástico redondo. A veces teníamos que esperar a que el guarda se fuera para comer, porque nos teníamos que sacar la venda y las tiras de las manos. Así que se enfriaba bastante, la grasa se solidificaba y se pegaba por los costados. Y si tenía la venda puesta, la podía sentir en mi paladar. Pero lo más sorprendente fue que me encantaba. A veces traían fideos, pero yo esperaba que me tocase polenta con remolacha: muy salada, con algunos pedacitos de carne con grasa. Me la comía toda, no dejaba nada en el plato. Yo que siempre había comido sin aceites, ni grasas, ni frituras, no podía creer que me gustara eso. Era un deleite.

A los pocos días de estar en Quilmes, a la madrugada, abrieron la celda. Preguntaron por mí. Me puse el gamulán que usaba de colchón, me calcé los zapatos sin cordones y, temblando, comencé a caminar. Conocía esa ceremonia: traslado, tortura, muerte. A los pocos metros un policía me sacó la venda y me desató las manos. Me dieron un espejo y un peine.

–Arreglate un poco, vas a tener visitas –me dijo el policía.

Temblaba de miedo, no sé si por lo que me podía pasar o por el rostro que acababa de ver. No me reconocí. No había peine que alcanzara. Caminamos unos pasos, me dejaron en una oficina, yo temblaba. Se abrió la puerta y apareció mi papá. Nos abrazamos. La cara de mi viejo se iba trasformando mientras me miraba.

–¿Qué te hicieron estos hijos de puta? –alcanzó a decir con voz entrecortada, mientras

observaba mi cuerpo y los ojos se le llenaban de lágrimas.

–Ya estoy bien. Quedate tranquilo.

–Un subalterno me llamó y me dijo: Moler, su hija está en la Brigada de Quilmes. Si va a la madrugada, lo dejan entrar. Y nos vinimos. Mami está abajo, no la dejaron pasar.

–¿Cómo está Fernando?

–Bien, lo vemos con muchas medidas de seguridad.

–Decile que se vaya de La Plata, por favor, decile eso.

–No creo que me haga caso. ¿Vos cómo estás acá?

–¿Me puedo ir con vos, papá? ¿Me podés llevar?

–No, no, querida.

–Yo no salgo más de acá, ¿no?

–Tu vida depende de Camps y de Etchecolatz.

–¿Quiénes son?

–Dos hijos de puta. Etchecolatz fue subalterno mío y le metí un sumario por chorro. Anda vociferando: "¡Que venga Moler a pedir por su hija…!".

–¿Y qué vas a hacer? Si no querés, no vayas.

–Estoy reuniéndome con todos los que me abren las puertas, pero está difícil. Tené paciencia. Una chica, Claudia Falcone, ¿está con vos? La mamá me vino a ver por si teníamos información.

–Estuvo conmigo en Arana, pero en el traslado la bajaron antes. No está acá, debe estar en otra comisaría. Por favor, avisale a la familia de Nilda Eloy que está viva. Andá a la casa, tienen un quiosco en La Plata.

–Bueno. Mami te preparó unas comidas, espero que te las den.

Nos abrazamos fuerte, no le quise decir que me dolían los huesos cuando me estrujaba, era un dolor que me hacía bien. Terminó la visita. Me volvieron a vendar y a esposar. Me pasaron a otra celda un poco más grande junto a Patricia y me prohibieron que dijera nada de este encuentro. Al rato apareció un guardia, con un paquete.

–Te lo manda tu viejo.

Me saqué la venda y las esposas, abrí el paquete y apareció la tarta de jamón y queso, con la masa casera de mi mamá que me encantaba. Le pedí que les repartiera a mis otras compañeras de celdas contiguas. Me quedé con un pedazo que lo fui saboreando de a poco. Cada bocado me llevaba a mi vida de antes del infierno. Había tenido otra vida, casi lo estaba olvidando. Me fui guardando pedacitos para darme pequeños placeres en esos días, hasta juntar miguitas.

Muchas veces nos salvaban los presos comunes que estaban en planta baja y los domingos recibían visitas. Si los guardias lo permitían, nos subían algún resto de comida casera, manjar inolvidable de esos días. Pero nunca hubo nada igual a ese primer pedazo de tarta de jamón y queso. Me di el lujo de rechazar la comida por casi dos días: con eso me alcanzaba. Aunque cuando vino la polenta con remolacha, no pude decir que no. Postergué la tarta. Miraba el bol grasiento a través de la venda. Esa era mi comida ahora. ¿La tarta? Una ilusión, el afuera, lo que quizás nunca iba a tener nuevamente. Con cada bocado pensaba en mi casa, mi patio, almuerzos apurados para salir corriendo a hacer las miles de cosas truncadas…

A no ser desagradecida: ¡Bienvenida, polenta con remolacha!

# 9

## Ese instante

El 21 de diciembre de 1977 me sacaron del Pozo de Quilmes, después de haber permanecido allí más de tres meses. Junto a Patricia Miranda, Marta Enriques, Gustavo Calotti y Walter Docters nos metieron en el piso de una camioneta; vendados, atados y ocultos bajo una manta. No sabíamos adónde nos iban a llevar; otra vez a escuchar ruidos, voces, señales para tratar de identificar algo de nuestro destino; aunque mi principal preocupación era tratar de respirar y no ahogarme sofocada.

Cuando entramos con la camioneta a un lugar pude reconocer que estábamos en una comisaría. Nos sacaron las vendas, las tiras de las manos y nos encerraron en una celda. Poder ver, en vez de darme tranquilidad, me inquietaba mucho. Vino un comisario y nos explicó que éramos presos bajo el Poder Ejecutivo Nacional a la espera de un traslado a la cárcel de Villa Devoto, y que estábamos en la Comisaría 5.ª de Valentín Alsina, Lanús. No sé si era miedo de mirar a la cara a un represor o las secuelas de usar la venda tanto tiempo, pero me costaba mucho poder fijar la vista, volver a enfocar.

Al rato nos pasaron a otra celda donde me encontré con otras compañeras que hacía meses que estaban en ese lugar. Éramos siete en un espacio muy reducido. El calor era asfixiante, como de 40 grados. Los momentos de descanso nos llegaban cuando algún guardia nos abría un rato la puerta para que entrara un poco de aire y las brisas cálidas y pesadas de enero eran un alivio.

El 27 de enero de 1977 me avisaron que me iban a trasladar a la cárcel de Villa Devoto. Me puse la ropa que mi mamá me había traído en una de las visitas: mis zapatos con plataforma de corcho, mi jean y una camisa blanca con florcitas rojas, ajustada al cuerpo, recién comprada. Me gustó volver a vestirme, por un instante pude distanciarme de la realidad. ¿Cómo me quedaría esa camisa? Estaba acostumbrada a usar remeras. ¿Cuándo me iba a ver en un espejo? Parecía una chica de diecisiete años lista para ir de compras, no para ir a la cárcel.

Me llamaron, me esposaron y comencé a caminar por un pasillo hacia la salida. El portón estaba abierto. Vi estacionado en la puerta el camión celular que me iba a trasladar. Pero además pude ver la calle: una vereda, autos, un árbol, gente que pasaba, una bicicleta, un chico, el cielo. ¿Cuánto hacía que no veía personas en libertad? No quería ir a la cárcel.

Comencé a caminar más despacio, me faltaban pocos metros para llegar a la puerta y lo decidí: yo a ese camión no subo, hasta acá llegué. En fracciones de segundo me veía corriendo, los policías tratando de detenerme, no iba a parar. ¿Me dispararían? Capaz que sí. Me vi tirada sangrando, muerta. No me importaba. ¿Y si llegaba a esconderme? Poco probable, pero podía ser. Pensaba rápido, me surgían fracciones de imágenes como en un videoclip o un *thriller*. Empecé a evaluar: ¿Corro a la derecha o a la izquierda? A la izquierda. Maldije la camisa y las plataformas: me incomodaban.

Pero las piernas no me respondían, temblaba, quería caminar más rápido para empezar a correr y quedé paralizada; el cuerpo adormecido me pesaba, no podía casi moverme. Todo empezó a parecer lejano, traspiraba un sudor frío. No me quedaba mucho tiempo, ya estaba por llegar al escalón de salida y no había alcanzado la velocidad necesaria. Tenía que sacar fuerzas, pero no lo lograba. Alcé los ojos y vi un hombre en un balcón: la última persona que iba a ver. Él ni siquiera se iba a enterar a quién habían matado: yo seguiría siendo una anónima. No había diferencia con ir a la cárcel. Era lo mismo. Ya estaba decidida. Apenas pusiera un pie en la vereda, a correr y todo se iba a terminar. No podía distraerme, tenía que concentrarme para empezar a correr.

Fue un instante: apoyé el pie, temblorosa, sin juntar las fuerzas necesarias para lo que había decidido hacer y, sin que me diera cuenta, un policía me agarro fuerte del brazo y me subió al camión celular casi arrastrándome. Antes miré al hombre del balcón: ni me vio. Yo seguía siendo invisible.

Volví a ese lugar treinta y siete años más tarde, cuando la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación organizó un acto de señalización en la Comisaría 5° de Valentín Alsina, Lanús, y me invitaron como oradora. Mientras balbuceaba unas palabras, me vi parada con la camisa que me molestaba, las plataformas que iban a ser un obstáculo para correr y la mirada del hombre del balcón pidiendo perdón a todos los invisibles de nuestra sociedad. Lloré, lloré en público como nunca.

# 10

## Un buen consejo

–Yo que vos, no lo sigo más al Lobo. Se sufre mucho, nunca vas a poder festejar nada, te amargás...

–Pero abuelo, justo ahora me pedís eso… Anoche le ganamos a los Pinchas –retrucó Mariana entusiasmada.

–No, no te confundas, es solo un partido. Tengo casi ochenta años y me voy a morir sin verlo campeón.

Así le habló mi papá a mi hija Mariana, su nieta de quince años, agarrándole fuerte la mano en la habitación de la clínica 25 de Mayo de Mar del Plata. No usaba eufemismos: murió al día siguiente.

Gimnasia Esgrima de La Plata, el Lobo, fue el club de sus amores. Mi padre, Oscar Macario, el Cholo, como le decían sus amigos, siempre fue muy deportista. Practicó básquet, pelota paleta, fútbol. Le encantaba estar con amigos: "los muchachos", y el club era su lugar. Compartía sus pasiones con su amigo del alma, Saúl. Clasificaba a los hombres de acuerdo a sus pantorrillas: "Con esas patitas este tipo no debió haber jugado nunca al *fulbo*", sentenciaba en forma lapidaria.

–Tocamos la piedra y volvemos a la raya de partida –le aclaraba yo a mi papá antes de arrancar la "carrera del verano", un ritual en el que medíamos nuestro estado físico. Solo lo interrumpimos por mis embarazos. En la arena mojada, descalzos, pocos metros: un pique intenso y sostenido. Nos jugábamos todo o nada porque ninguno de los dos quería perder.

–Preparados, listos… ¡ya! –gritaba el árbitro de turno, controlando que no sobresalieran los pies de la raya dibujada con un palito en la arena, lo más derecha que podíamos conseguir. Si alguno de los dos salía antes o se nos cruzaba algún nene en la orilla, teníamos que repetir la salida.

–¡Gané! –gritaba él, colorado y sudoroso. Casi siempre me ganaba. Recién le empecé a ganar cuando cumplió setenta. Dejamos de correrla cuando tenía setenta y ocho años y se enfermó.

Se enorgullecía de haber ido a la cancha con Favaloro. Pero más le gustaba contar las anécdotas de su pasión futbolística compartida con John William Cooke: "El único peronista inteligente que conocí", decía. Hablaba de él con admiración, aunque terminaba preguntándose cómo pudo haber sido peronista.

Yo era de Estudiantes: mi mamá había ganado esa pulseada. En 1968 salió campeón del mundo. La Plata fue una fiesta. Los Pinchas estaban exultantes y tanto exitismo no me gustó, me dio lástima por mi papá. En ese momento me hice de Gimnasia. Mi papá y Saúl me llevaban a la cancha, a la parte "techada": para mí era un acontecimiento. Lo mismo sentían mis hijas cuando veían los partidos del Lobo con su abuelo. Supo trasmitir esa pasión, como tantas otras.

Gimnasia, los deportes, las milongas, el tango, las buenas comidas y la amistad con Saúl eran sus grandes pasiones. Tenía otras menores, que vivía con alegría: el casino, el hipódromo y Mar del Plata. Decía que si disfrutaba de alguna de esas cosas era feliz. No necesitaba más. Le gustaba tener "unos pesitos" para esos gustos y estar tranquilo para su vejez. No le interesaban las cosas lujosas o para aparentar. Genuino, auténtico, hacía solo las cosas que le daban placer. Disfrutaba invitar a comer a la familia o hacer algún regalo a mi mamá cuando ganaba en el casino. Vivía todas esas cosas con intensidad, pero con mucha medida. Si la "racha" venía mal, sabía retirarse a tiempo hasta volver al ruedo.

–A ver, ¿qué quiere decir *yuta*, *vento* y *manyamiento*?

–Policía, plata y… la última no la sé –le contestaba orgullosa mientras seguía saltando a la soga.

–Ah, perdiste…

–¡Dame otra oportunidad! –le pedía.

–Bueno. Recitá la introducción de *La cumparsita* que te enseñé la semana pasada.

Parada en el patio, como si fuera a declamar en un acto patrio ante la directora de la escuela, me concentraba y decía: "Tango, que me hiciste mal y / sin embargo te quiero / porque sos el mensajero / del alma del arrabal. / No sé qué encanto fatal / tiene tu nota sentida / que en la mistonga guarida / del corazón se me ensancha / Como pidiéndole cancha (en este punto hacía una pausa, me ponía la mano al pecho) / Al dolor que hay en mi vida".

–¡Muy bien! La semana que viene te enseño otra estrofa.

Al rato comía algo liviano y se empezaba a preparar para ir a ver al Lobo. Se vestía de *sport*, todo de buen gusto y calidad. Algunos domingos le gustaba ir al hipódromo.

–A ver, elegí entre estos caballos que corren hoy –me señalaba una lista de nombres en la revista azul, donde se publicaban las carreras.

–Primero "El jinete", segundo "El pájaro veloz" y tercero "Aluvión" –le contestaba como si entendiera de caballos. Me encantaba ese juego con mi papá. Volvía a la nochecita y nunca faltaba el reclamo de mi mamá por haberla dejada sola todo el domingo. Él parecía no escuchar, seguía ensimismado saboreando un día inigualable y, en silencio, programaba el próximo.

Los sábados, al filo del mediodía, me llevaba a lo de Colusi, el bar del barrio. Botellas en los estantes, afiches de bebidas, sifones en las estanterías, fiambres colgados, moscas y repasadores húmedos de dudosa limpieza. Me ayudaba a subir a una banqueta, en la que sentía un abismo entre mis pies y el suelo, me acercaba al mostrador de madera estacionada y pedía una Coca Cola, un Cinzano y "platitos". Mientras conversaba con los hombres del bar jugábamos a ver quién se comía la última aceituna o el último maní. El Cholo disfrutaba de esas charlas con los muchachos del barrio. Ya era comisario, pero lo trataban como uno más: era uno más. De vuelta a casa, el pedido de no contarle a la vieja que me había dado de comer "porquerías"; si no, lo iba a retar.

Catador de pan dulce. Se pasaba todo el año probando y guardándolos en una valija debajo de la cama hasta las fiestas para ganar la apuesta que se hacía él mismo: ese año había encontrado el mejor del país.

Siempre dormía siesta. Donde estuviera se tiraba un ratito para descansar, pero no lo hacía de cualquier manera. Era todo un ritual: estiraba las sábanas y colchas, acomodaba la almohada y, sobre todo, debía haber un silencio absoluto. Lo más complicado era cuando intentaba dormir siesta en una carpa en la playa y pretendía que hubiera silencio…

El mantel de la mesa debía ser a cuadros y las líneas tenían que coincidir exactamente con las aristas de la mesa; pedía que le plancharan la lona de la playa porque no soportaba ver una arruga; podía levantarse a la madrugada si la frazada colgaba tres centímetros más de un lado que del otro y amaba las rutinas. Sin decirlo explícitamente, los dos sabíamos que cuando caminaba evitaba pisar las juntas de las baldosas.

Reivindicaba al Partido Conservador, en especial por el ideal del buen vivir. Sin embargo, no le interesaban las cosas materiales lujosas; solo un buen pasar, sencillo pero de confort. No tenía ninguna práctica social, pero era sensible con quienes pasaban necesidades; no era despectivo, al contrario, siempre decía que era muy duro vivir así.

Generoso con las propinas, si podía darle una mano a quien se lo pedía, lo hacía. Me enseñaba que yo era una privilegiada, que debía valorar las cosas que tenía. Me contaba lo que veía cuando por su trabajo recorría casas humildes: donde había hambre se sentía mal. Sin embargo, cuando yo empecé con mis actividades de militancia, me las cuestionó; no porque no estuviera de acuerdo, sino porque para él no tenía sentido. Consideraba que las cosas eran así y nada se podía modificar, así que no valía la pena hacer nada y menos lo que hacía yo: una pavada, según él.

Profundamente ateo, sin ningún conocimiento de religión, permitió que recibiéramos una formación católica. Eso y la educación se lo delegó a mi mamá bajo el supuesto que ella sabía más de esas cosas, y él no se metía. Solo nos impulsaba a que estudiáramos, nada más.

Se jactaba de ser antiperonista: "Está bien que los pobres sean peronistas porque Perón fue el único que les dio algo. Si yo fuera pobre también sería peronista, no tengo dudas; pero por ahora no lo necesito, así que apoyo a los conservadores". Con el tiempo y las cosas que le fueron pasando cambió algunas posiciones. Terminó votando al Partido Obrero.

No le interesaban los autos (aunque manejaba el suyo), ni los relojes, ni la mecánica, ni las herramientas. Es más, las detestaba y hasta era despectivo con los que tenían esos hobbies. "Yo siempre tuve timbres", era su frase preferida para justificar su poca afición por las cosas manuales. La decía haciendo mímica con su mano como si tocara un timbre imaginario sobre la mesa, dando a entender que tuvo las cosas servidas. Su familia había tenido un buen pasar, "sirvientas" que le hacían las cosas. Hijo único varón, las mujeres de la casa lo consentían. Ya casado con mi mamá, vivieron siempre con su suegra que lo adoraba y lo complacía con sus caprichos.

El Cholo se jactaba de su poca habilidad manual, y además su amigo Saúl le resolvía muchas cosas. Tampoco era un intelectual: no leía casi nada. Era muy intuitivo con las personas y en general no se equivocaba, por eso las traiciones de gente en la que confió alguna vez le dolieron tan profundamente. A lo largo de su vida fue acuñando frases que hasta el día de hoy me resuenan como grandes reflexiones. Decía que tuvo la escuela de la calle y que la había aprovechado.

Mis padres ahorraban todo el año para darse pequeños gustos. En invierno se hacían escapadas a Buenos Aires para ir al teatro y disfrutar a la salida de una buena cena, y en verano las vacaciones en Mar del Plata eran sagradas. Mi papá pensaba todo el año en ese momento, le gustaba todo de esta ciudad: la playa, la vida nocturna, el casino, las comidas, los espectáculos… Todo. Mi infancia está impregnada de la playa Bristol, salidas de baño, baldecitos y moldes de arena; las picadas de mariscos con más de veinte platitos en la Rambla, la confitería Jockey Club y los carnavales en la calle San Martín antes de que fuera peatonal. Las tardes de frío tenían otros placeres: el alquiler de bicicletas en la plaza Mitre, los quioscos de canje de revistas, el Piso de Deportes. Eran solo quince días, pero los vivíamos con tanta intensidad que me marcaban para todo el año. Mi padre me trasmitió la pasión por esa ciudad, y lloraba cada vez que regresaba a La Plata.

–Tengo que darles una gran noticia –nos dijo una vez, con un tono entre solemne y de orgullo–: Vamos a comprar un departamento en Mar del Plata.

Fue una de las alegrías más grandes que tuve en el 73. Tener un departamento propio para veranear fue un sueño. Evitaba faltar a la escuela durante todo el año, así en noviembre me tomaba una semana y nos íbamos con mi papá a una escapada a Mar del Plata. Eran momentos de felicidad absoluta.

–Fueron las piedras y mi buena puntería las que me arruinaron –explicaba él como causa de su fracaso escolar.

Fue un buen alumno del mítico Colegio Nacional de La Plata, pero no podía resistir las ganas de bajar a piedrazos los vidrios de las aulas desde el patio. Por esto, lo echaron dos veces de la escuela. Intervino su mamá y lo reincorporaron, pero la tercera vez no hubo caso. Omitía en el relato que cuando tenía quince años había fallecido su papá. Tuvo que empezar a trabajar para ayudar a su familia. Dejó la escuela y lo contrataron como ayudante en la Policía Científica. Siempre se lamentó de no haber estudiado, fue su objetivo pendiente.

Trabajó durante años en esa división, en el área de dactiloscopia, donde fue un referente. Dedicado, eficaz y obsesivo como era, se fue formando en el tema. Alcanzó su logro máximo con la publicación de un libro en el que presentaba una subclasificación en el sistema de reconocimiento de huellas dactilares de Vucetich, que perfeccionaba las identificaciones.

Tuve más conciencia de su aporte cuando, décadas más tarde, tuve que trabajar con dactilogramas borrosos que me acercaron miembros del Equipo de Argentino Antropología Forense. Lo abordé desde mi formación en Procesamiento Digital de Imágenes y me obsesioné con el tema: podía aplicar la matemática para identificar a personas desparecidas. Todos los esfuerzos intelectuales valían la pena.

Entonces mi padre venía a la Facultad de Ingeniería, donde yo daba clases, y se ponía a trabajar al lado mío enseñándome los misterios de las huellas. Me explicaba con dedicación los rasgos característicos que Vucetich determinó para hacer una identificación dactilar. Le costaba mirar las huellas en las pantallas de la computadora: tenía que hacerlo con una lupa. Llegó a colaborar con la identificación positiva de una mujer; las investigaciones posteriores permitieron identificar a su hijo, que había sido dado en adopción: Manuel Gonçalves. Se concentraba en cada imagen borrosa y podía ver lo que a los no idóneos nos estaba vedado. A los setente y siete años, cada vez que descubría un rasgo en la huella se le iluminaba la cara en aquel laboratorio de 1 y 60, en La Plata. Parecía que tuviera puesto su guardapolvo blanco.

Cómo fue el paso del laboratorio de la policía científica a su vida en las comisarías no lo tengo muy claro. Mis padres contaban que en ese puesto tenía un techo y que por eso pasó a transitar la carrera de policía: oficial, subcomisario y comisario, hasta jubilarse en 1973 con el grado de comisario inspector. Siempre en el relato aparecía que su carrera se vio retrasada durante muchos años por ser antiperonista: se negó a usar el luto por Evita y, según él, eso le significó no poder ascender. Además, no le gustaba ser policía, y tenía muy pocos amigos en la fuerza. En casa era casi un tema oculto; mi mamá por una vergüenza social, él por detestar la profesión.

–¿Por qué no te vas? –le preguntábamos.

–Por la jubilación. Me falta poco y es un buen sueldo. Si me pasa algo, les dejo un buen pasar –nos contestaba. Y fue así. Tuvo una buena jubilación que permitió sostener la vejez de mi mamá. Pero fue más que eso: para mí terminó siendo un mandato implícito. Eso que de joven me parecía una claudicación horrible por parte de él, cuando tuve que decidir cambios en mi trabajo siempre fue decisivo el tener una jubilación estable. Pero son muy escasos los recuerdos que conservo de mi papá ligados con la policía: imágenes sueltas, anécdotas, comentarios, la gorra que dejaba en el dormitorio, el arma que dejaba arriba de la cómoda y estaba prohibido tocar, y el uniforme, con un olor inconfundible, que se ponía en contadas ocasiones.

En 1966 lo destinaron a Cañuelas, y fuimos a pasar unos días del verano allí. Parábamos en el piso superior de la comisaría, donde estaba la casa del comisario. Allí probé las mejores milanesas fritas con perejil y ajo de mi vida, toda una excentricidad para mí, hechas por el casero del lugar. También recibí uno de mis regalos preferidos de mi infancia: una oveja. Creo que fueron unos vecinos: la dejaron en el jardín de la comisaria. Me pasaba el día jugando y tratando de sacarla a pasear por las calles, cosa que no me permitían. La otra diversión que teníamos con mi hermana era la pileta del club. Al segundo día de ir ya todos sabían que éramos las "hijas del comisario", lo que nos daba ciertos privilegios cuando comprábamos algo en el bar o en la revisación médica. Hubo una fiesta para el día de Reyes; se regalaron muñecas y pelotas de futbol para todos los chicos de los policías. Mi papá dijo unas palabras y yo jugué toda la tarde con las nenas que me invitaban. Llamaba la atención que el comisario dejara jugar a sus hijas con los chicos de los simples policías.

Mi papá no contaba mucho qué hacía en el trabajo. Cada tanto se lo veía en televisión cuando ocurría algún caso especial, algún asalto, pero no recuerdo más. Algunos domingos a la noche íbamos a comprar comida, pero me decía que tenía que hacer "una cosita". Íbamos en el Torino de la policía por la diagonal 80 y yo veía a mujeres que se escondían. Mi papá paraba el auto y me pedía que me escondiera. Cuando alguna prostituta se acercaba, bajaba el vidrio de la ventanilla y, con un tono paternal, les decía:

–Chicas, ya saben que no pueden estar acá, váyanse a su casa, por favor no me comprometan. Avisen a sus compañeras.

Subía el vidrio y seguía viaje murmurando: "Pobres pibas, con este frío, anda saber qué les puede pasar. ¿Por qué nosotros nos tenemos que meter con este tema? Si las dejo en la calle me sancionan a mí, y si las meten presas es peor. Pobres pibas…". Yo era chica, pero sabía qué eran las prostitutas. Espiaba a través del vidrio todo lo que podía y no entendía por qué no las dejaban estar donde ellas quisieran. Luego bajábamos a comprar un pollo al *spiedo* y papas fritas, la novedad en comida en esos años, y no volvía a pensar en "las chicas" hasta el domingo siguiente.

–Les juro que yo no tuve nada que ver. Nunca sería capaz de hacer algo así, pero no puedo poner las manos en el fuego por alguno de mis subalternos. Esos de las poleras son un peligro, me dan miedo –nos dijo mi papá con lágrimas en los ojos a mi hermana y a mí cuando lo interpelamos.

–Papá, ¿sabés lo que se dice? –le pregunté sin estar segura de querer escuchar la respuesta.

–Quédense tranquilas, voy a demostrar que no tuve nada que ver. Pero voy a tener que asumir alguna responsabilidad –nos dijo antes de ir a declarar a la audiencia.

En 1972 era comisario inspector en la Brigada de Investigaciones de Lanús. Quizás porque yo ya era más grande, estaba en Bellas Artes y quería aprender cosas, charlaba más con él de su trabajo. Me contaba que no le gustaba ese destino, que no podía controlar todo, que sentía que se le pasaban cosas, que ya no era como manejar una comisaría de pueblo. La política, la droga, aprietes, sobornos, todo se le venía encima. Hablaba de que los policías de civil, esos que usaban poleras y jeans, eran peligrosos. Él había metido presos a varios policías que tenían comportamientos inadecuados y se daba cuenta de que tenían más poder del que él creía. Le faltaba un año para jubilarse. Se quería ir, no aguantaba más.

Mi hermana y yo ya le empezábamos a discutir el rol represor de la policía, lo corrupta que era, las complicidades. Él decía que, si nunca le había gustado, en esos tiempos mucho menos.

Lo peor fue cuando lo imputaron por torturas a un obrero de una fábrica. Nos aseguró que no tenía nada que ver. Quedó absuelto, pero condenaron a unos subalternos. Siempre se cuestionó no haber podido parar a tiempo a esas bestias, así los llamaba.

En 1973 se jubiló y sintió que volvía a vivir. Si no hubiera sido porque más tarde iba a tener que implorar por mi vida a determinados personajes nefastos de la policía, su vida policial hubiera quedado muy atrás.

Con mi mamá pusieron una *boutique*, que era el sueño de ella. Mi papá enseguida se entusiasmó con su nuevo rol de comerciante: hacía los pedidos en el barrio del Once en Buenos Aires, elegía mercadería, lencería incluida; atendía a los proveedores, se encargaba de la caja y, por supuesto, de que no faltaran comestibles. Todos los días cruzaba al almacén que estaba enfrente y elegía con dedicación obsesiva las galletitas que íbamos a comer esa tarde, dulces y saladas. Siempre les ofrecía a las clientas y se ganaba la simpatía y la confianza.

El negocio estaba en la esquina de 7 y 42. Se compró con un nombre "Li-Su" y, aunque a nadie le gustaba, tenía cierto renombre en La Plata y se decidió dejarlo. Ambos se complementaban bien para llevarlo adelante: mi mamá sabía mucho de ropa, diseñaba modelos y se encargaba de las clientas y las modistas; mi papá se ocupaba de la parte administrativa, y siempre le daba un toque de buen clima al negocio. Discutían todo el tiempo por pavadas, pero así funcionaban. Yo los ayudaba mucho: me encargaba de las vidrieras y los mandados en el barrio, envolvía los paquetes, hacía boletas y todo lo que me pedían.

Así conocí a mi primer casi novio, un muchacho de veinticuatro años que atendía un almacén de la vuelta. Muy simple, no le interesaba la política. Creo que yo solo estaba fascinada con que alguien ocho años mayor se hubiera fijado en mí. Me llevaba en el auto a entregar ropa a distintos barrios y trataba de convencerme de que dejara esas actividades,

porque se estaba poniendo peligroso. Lo comenté en mi ámbito de la UES y mi responsable, Laura, que tenía diecisiete años, me planteó que lo tenía que dejar, que no podía estar con un "liberal". Y por supuesto, así lo hice.

También me servía estar en la *boutique* para mis actividades de militancia. Los compañeros pasaban por el negocio y me dejaban materiales, arreglábamos citas, reuniones. Muchos compañeros de la JUP (Juventud Universitaria Peronista) trabajaban vendiendo café por los negocios y eso nos daba una oportunidad perfecta para programar actividades. Hacía todo sin que mis padres se dieran cuenta. El negocio tenía un sótano muy grande y yo lo aprovechaba para guardar panfletos, papeles, afiches. Como vendíamos medias de nylon, había cientos de cajas y tenía los papeles ahí camuflados. Esto me obligaba a bajar todo el tiempo para evitar que mi madre fuera a buscar alguna cosa.

Cuando me secuestraron no tuvieron más fuerzas para atender el negocio. Mi mamá lloraba todo el tiempo y mi papá estaba abocado a buscarme. Lo mantuvieron abierto por las dudas, para recibir allí alguna noticia. Pensaban que si alguien quería informar algo quizás no se iba animar a ir a mi casa, pero podía pasar por el negocio. Todo podía servir. Durante esos meses, a mis padres se les hizo muy duro sostener esta actividad, atender a la gente con normalidad, escuchar el apoyo a los militares y ellos sin poder decir nada. En 1977, cuando me trasladaron a la cárcel, vendieron el negocio y al poco tiempo también la casa. Perdieron mucho dinero porque las propiedades en La Plata se habían devaluado, la represión había golpeado profundamente y cientos de familias dejaban la ciudad. Siempre había caranchos aprovechándose de estas desgracias.

Se fueron al departamento de Mar del Plata. A esperar que yo saliera en libertad. Sin fecha, sin tiempo, solo a esperar. Le habían dicho a mi padre que era conveniente que yo no viviera más en la ciudad de La Plata, porque podía volver a juntarme con amistades "peligrosas". Entonces eligieron la ciudad en la que sabían que me iba gustar vivir. Y allí se fueron. De una casa de toda la vida, con patio y garaje, en un barrio tranquilo, se mudaron a un departamento de 54 metros cuadrados en el microcentro. Dejaron casi todo. Muchos de sus amigos les dieron vuelta la cara y no los llamaron más, hablaban mal de ellos por tener una hija "subversiva" y esas cosas les dolieron más que las pérdidas materiales.

Mi mamá nunca se acostumbró a su nueva vida. En la nueva ciudad extrañaba todo, tenía fuertes nostalgias; pero tampoco tuvo fuerzas para volver. En cambio, mi papá estaba feliz en una ciudad en la que le encantaba. Cuando me dejaron en libertad, poco a poco volvió a vivir una buena vida: deportes, playa, casino y buenas comidas. Perdió amigos, sufrió grandes decepciones, le quedó solo Saúl, pero generó nuevos vínculos. Los nietos tuvieron un rol muy importante en su vida. Fue un abuelo para recordar.

Fue mi papá el que me encontró una casa donde dormir cuando yo ya no sabía adónde ir en ese aciago 1976. Se enojó mucho cuando le dije que militaba en la UES y que estaba en peligro. Me gritó y puteó, pero al rato me preguntó qué iba hacer. Salió dando un portazo y al rato vino con la noticia de que había encontrado un lugar para que me quedase temporalmente. Una amiga de Saúl, a quien voy a estar toda mi vida agradecida, me abrió las puertas de su casa. Pero la cosa no funcionó porque yo seguía militando, entonces la familia que me hospedaba se asustó y llamó a mi padre para que me fuera a buscar. Estaba muy enojado. Paró el auto y me encaró feo.

–Le tuve que pedir por favor a mis amigos que me dieran una mano y vos seguís hinchando las pelotas con la política. ¿No te das cuenta que te estás jugando la vida, pendeja de mierda? ¡Están ocurriendo cosas en el país, no es joda! –me gritó como nunca. Tuve miedo de que me pegara, aunque nunca lo había hecho.

–También es mi vida y son mis decisiones –le retruqué temblando.

–Pero callate mocosa, qué sabes vos.

Arrancó el auto, anduvimos unas cuadras en silencio. Volvió a frenar.

–Si querés que te siga ayudando, no me tenés que mentir. ¿Qué hiciste realmente? ¿Hasta dónde estás metida? –me encaró con un tono más paternal, ya más conocido para mí.

–Soy militante de la UES.

–¿Pero qué es eso? Decime concretamente qué mierda hacés.

–Pego afiches, hago carteles, voy a reuniones, traslado revistas y documentos, todo en contra de la dictadura.

–Bueno, eso no es tan peligroso.

–Sí, pero los militares aplastan a todos los que se les oponen.

–Sí, es cierto, están desatados. ¿Y vos sabés lo que te puede pasar si te agarran?

–Sí.

–¡Qué mierda vas a saber! No tenés idea lo que es la tortura.

–Sí, yo sé.

–¿Qué vas a saber? No tenés idea. Yo vi a los más bravucones cagarse hasta las patas con solo amenazarlos. Vos debés conocer nombres, te van a hacer cualquier cosa para que los digas.

–Yo estoy preparada.

–Nadie está preparado para eso. Lo único que te puedo decir es que hablar bajo tortura no sirve de nada. Ser buchón no sirve…

En ese momento no me di cuenta de que había recibido el mejor consejo. Me salvó la vida. Su frase me guió en los peores momentos. Es cierto, nadie está preparado, pero después de esa charla yo lo estuve mucho más.

Me quedé unos días en casa, ya sin saber adónde ir y con mi papá convencido de que era mejor que me quedara en casa y no que me encontraran en otro lugar, porque eso me delataba como culpable. Y me quedé. Cuando me detuvieron, él estaba contra la pared, encañonado por un milico encapuchado; intentaba darse vuelta para hablar y le daban culatazos. Intentó darme fuerzas con su mirada, pero su cara estaba desencajada.

Cuando lo volví a ver en el Pozo de Quilmes había envejecido mucho, temblaba, estaba muy emocionado. Me costaba reconocer detrás de ese rostro ajado, vencido, al hombre alegre, despreocupado y seguro de sí mismo. La estaba pasando mal. Con el tiempo supe que desde la madrugada en que me detuvieron en septiembre y hasta octubre casi no había dormido. Sus días fueron un infierno. Recorrió comisarias, cuarteles, oficinas y, sobre todo, golpeó muchas puertas de supuestos amigos y conocidos; pero se las cerraron en la cara; lo esquivaron, lo humillaron, le cuestionaron su rol de padre, murmuraron a sus espaldas.

Tenía solo un amigo en la policía: Rodolfo González Conti. Gonzalito, le decía. Era más joven, pero mi viejo siempre decía que era un buen tipo. Que yo recuerde, fue el único policía que venía a cenar a casa con su familia. Tenía dos hijos varones de edades parecidas a las nuestras. Compartieron algunos destinos, también le gustaban las buenas comidas, y eso ayudó a que se hicieran amigos. Fue a la primera persona a la que acudió por mi vida. Pero no encontró al amigo: se encontró con alguien que ya estaba muy comprometido con los milicos.

–Gonzalito, por favor, te estoy pidiendo que salves a Emilce, mi hija que vos conocés desde chiquita –le suplicó.

–Cholo, no lo tomes a mal, pero la cosa está complicada.

–Pero vos ocupás un cargo importante ahora.

–Por eso me tengo que cuidar. Voy a ver qué puedo hacer.

–Gonzalito, ¿por qué no te vas a la mierda?

El represor Rodolfo González Conti murió en 2009 sin que le llegara su castigo judicial, pero sí sufrió el social. Sus crímenes fueron expuestos en las distintas audiencias judiciales y recibía escraches de forma permanente.

Mi papá tampoco tenía amigos militares, salvo uno, Cacho Crespo. No sé dónde se habían conocido. La principal virtud de Cacho era su buen humor y que contaba buenos chistes. Tenía un hijo discapacitado, y mi papá decía que los chistes debía usarlos para escapar de esa tristeza. En 1973 el ERP lo secuestró. Tenía una salud muy frágil y lo liberaron después de ocho meses. O sea que Cacho no era la mejor persona a quien acudir. Igual, fue a verlo y, contrariamente a lo que yo hubiera pensado, tuvo una buena actitud. No sabemos cuánto movió, pero por lo menos no lo echó. En especial, le dio nombres para ir a ver.

A partir de ahí comenzó su recorrido con los militares: coroneles, brigadieres, comandantes, monseñor Graselli, todos los que podía. Mi papá guardaba las tarjetitas. Un día, ya en libertad, nos sentamos y me fue leyendo una por una:

–Este fue un hijo de puta, este no me contestó nunca, este me pidió plata, este me dejó esperando cuatro horas. Este dijo de todo de vos. Este fue el mejor, tuvo palabra conmigo.

Cada entrevista fue una amargura, una humillación, incertidumbres, mentiras, desánimos. Tardó muchos años en recuperarse de este trago amargo de su vida.

En diciembre del 77, un día en que tenía la visita semanal en la cárcel de Villa Devoto, vi venir a mi padre por el vidrio del locutorio y por su rostro supe que traía malas noticias.

–Tuve la entrevista con el coronel. No nos fue bien –me dijo a través del tubo, casi sin mirarme.

–¿Qué te dijo? –le pregunté.

–Que no te van a dejar en libertad. Que sos "irrecuperable" para esta sociedad. Tampoco te van a dar la opción para que salgas del país.

–¿Cuánto tiempo voy a estar presa?

Los ojos se le llenaron de lágrimas, bajó la cabeza y movió la mano muchas veces, como indicando un camino lejos, lejos

–¿Muchos años? –me atreví a preguntar.

–Parece que sí…

Veinte años más tarde, en 1998, los organismos de derechos humanos estábamos reclamando una condena al represor Adolfo Scilingo; era una protesta a nivel internacional con vigilia en todas las embajadas de España, país donde estaba prófugo. Hacía mucho frío, yo me iba a quedar hasta tarde y luego me iban a relevar otros compañeros. Estaba en el consulado español en Mar del Plata, y en eso lo vi acercarse a mi papá. Caminaba muy lento, casi no lo reconocí. Tenía puesta una gorra de gamuza; había empezado a usarla para tapar la pérdida repentina de su pelo. Ese día le habían aplicado quimioterapia y casi no se podía mover. Se acercó, nos abrazamos y me regaló dos tabletas grandes de chocolate.

–Es de los más ricos que encontré –me dijo–. Busqué otros, pero no había. Comelo todo, mirá que la noche es larga y fría.

**11**

# El pañuelo

No sé exactamente cuándo empecé a pensar en esto, ni cuándo se me convirtió casi en una obsesión. Había encontrado el objeto perfecto para que me regalaran: un pañuelo. Quizás fue durante las visitas interrumpidas que me hacían mis padres en los distintos centros de detención, en particular en la comisaría de Valentín Alsina y luego en el penal de Villa Devoto.

Nunca me había imaginado que el patio de una comisaría se iba a convertir en el lugar más deseado. La celda en Valentín Alsina la compartíamos con al menos seis compañeras y los calores de enero del 77 hacían estragos entre esas cuatro paredes. Cuando abrían la puerta entraba una bocanada de aire fresco, y si a eso se agregaba que podía salir para tener una visita en el patio, eran instantes de alivio en medio del agobio. Me podía olvidar de la mirada de los policías, que observaban cómo mis padres me abrazaban y me conferían una entidad de persona digna, aunque fuera por un rato.

–¿Quién más preguntó por mí? ¿Se enteraron de que estoy viva? ¿Llamaron? –disparaba a los pocos segundos en mis primeros encuentros con ellos, entre llantos y abrazos.

Los nombres eran pocos, muy pocos, y como un modo de extender la lista mi madre volvía a repetir los que ya me había mencionado. Le agregaba alguna anécdota o reforzaba el cariño que me trasmitían sus amigos y algunos pocos parientes: Saúl, la familia Graham, la tía Nélida, mis primas Celia y Mirta, Estela, Teresita y no mucho más. Deura Moscoloni, vecina de toda la vida y mamá de dos adolescentes, Sandra y Roberto, tocaba el timbre de casa todos los días. Un acto de valentía indescriptible para esos momentos.

–¿Y de mis amigos, mis compañeros? –preguntaba, temiendo que la lista no se hubiera extendido de la visita anterior.

–La mamá de Julieta Gugliemino siempre llama –me decía mi vieja visita tras visita, y hacía esfuerzos por cambiar la conversación porque sabía que eso me dolía más que las paredes y el hacinamiento del encierro.

Me costaba volver a la celda, y el solo hecho de repasar palabra por palabra lo que me habían contado me sostenía para poder entrar nuevamente. Cuando podía, compartía con las compañeras algunas cosas que me habían contado, y así ayudaba a recrear situaciones del afuera. Otras eran tan íntimas que las rumiaba sola y me quedaba ese sabor amargo de esa lista con un único llamado.

Quizás fue entonces que pensé cómo me hubiera gustado que me enviaran un regalito. Por supuesto que una carta sería mucho mejor, pero entregar algo escrito hubiera sido arriesgado. Mejor un regalo, algo chico, simbólico, barato, por ejemplo, un pañuelo.

Me imaginaba que lo habían ido a comprar entre varias amigas, le ponían unas gotas de perfume y yo tenía que adivinar de quién era. O los varones, que eran más zarpados, hasta me mandaban uno sucio. Podía ser floreado, sacado de esos cajones finitos donde los guardan en las mercerías, doblados prolijos, y que, de acuerdo a la voluntad del vendedor, lo elegís del otro lado del mostrador o te los despliega para que vos los toques a todos. Con puntillas o con los bordes cosidos a máquina.

En mi osadía llegué a imaginar que quizás alguien bordaba mis iniciales en punto cruz y, en las noches profundas y densas, yo palpaba esa textura y me ayudaba a no tocar ese temido fondo adonde minuto a minuto me resistía a caer.

Cuando me trasladaron a Villa Devoto no desistí de la idea del pañuelo y cada vez que tenía una visita pensaba en cómo me lo entregarían, porque ahí era más complicado. Yo iba a fingir un resfrío o un llanto y mi madre, que lo tendría guardado entre las pocas prendas

que le dejaban entrar, me lo iba a alcanzar, y entonces yo me las arreglaría para burlar a la celadora de turno y quedármelo. Hasta me conformaba con que me lo mostraran a través del vidrio del locutorio cuando ya no tuvimos más visitas de contacto, y yo iba a recordar en el pabellón el estampado y los colores; eso me hubiera alcanzado.

Quizás, por eso no dudé en hacerle un pañuelo a mi padre como regalo cuando dejaron entrar agujas de coser a Devoto, aunque no permitieron telas ni hilos. Recorté como pude una sábana vieja y con los hilos de las toallas bordé sus iniciales; hasta le hice un pequeño calado con punto vainilla aprendido en los tiempos de costura con mi madre. Con este pañuelo practiqué mi estrategia de entrega, que funcionó, y hasta hoy lo conservamos.

Pero mi pañuelo, el que yo esperaba recibir, nunca llegó. Con el tiempo se fueron mitigando esos dolores, con explicaciones tardías, con muchas lecturas sobre comportamientos y la implosión de la sociedad en situaciones de crisis, los miedos durante la dictadura, las culpas, las incapacidades, las vergüenzas, los límites. Acepté a lo largo de los años pedidos de disculpas que me sirvieron para reparar heridas.

Un pañuelo, un objeto tan simple y tan fuerte que se inscribe en la memoria colectiva de nuestro país. Un triángulo blanco, potente símbolo de lucha. En mi memoria individual, un cuadradito ausente.

# Humpty Dumpty

–No sé qué quiere decir con eso de la "gloria" –observó Alicia.
Humpty Dumpty sonrió despectivamente.
–Pues claro que no… y no lo sabrás hasta que no te lo diga yo. Quiere decir "que te he dado un argumento, que te he dejado aplastada".
–Pero "gloria" no significa "un argumento que deja bien aplastado" –objetó Alicia.
–Cuando yo uso una palabra –insistió Humpty Dumpty con un tono de voz desdeñoso– quiere decir lo que yo quiera que diga, ni más ni menos.
–La cuestión –insistió Alicia– es si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.
–La cuestión –zanjó Humpty Dumpty– es quién es el que manda… eso es todo.

Lewis Carroll, *Alicia a través del espejo*

**Escena 1: Patio de la cárcel de Villa Devoto, diciembre de 1977**

Compartía el pabellón de la cárcel con tres chicas tucumanas jugadoras de básquet. En las infinitas horas muertas de nuestra reclusión me habían explicado las mil y una maneras de practicar ese deporte. Un día salimos al patio y empezamos a hacer que jugábamos. Hacíamos que había una cancha, hacíamos que picábamos una pelota, hacíamos que había un aro, una tribuna… hacíamos que éramos felices por un rato.

–No pueden jugar a la pelota, está prohibido –nos dijo la celadora

–Pero si no tenemos pelota, no podemos jugar con algo que no tenemos –le contesté entre riéndome y asombrada.

Me ordenó que la acompañara. Las manos atrás, cabeza gacha, lo establecido para transitar los pasillos de la cárcel.

–¿Adónde vamos?

–A la celda de castigo. Está prohibido jugar a la pelota –repetía la celadora autómata, como si respondiera a un engranaje invisible de nuestra destrucción.

Las piernas me empezaron a temblar, los ojos se me llenaban de lágrimas, la garganta se me cerraba de la indignación. No podía creer que me estuvieran llevando a los "chanchos" por no hacer nada. Indignación, impotencia, miedo.

Abrió la puerta de la celda, miré con espanto ese cuadrado diminuto, oscuro, despojado de todo, húmedo, con apenas una mísera ventanita. Se me vinieron las escenas de tantas compañeras castigadas por oponerse al régimen carcelario, por gritar consignas revolucionarias, por negarse a las requisas vejatorias y sus relatos de los días interminables en ese lugar espantoso. Ese día iba a tener visitas: pensé en la tristeza de mis viejos por no verme. Saqué fuerzas para suplicarle que no me sancionara. ¿El precio del perdón? Tuve que reconocerle que jugaba a la pelota. El miedo a los chanchos fue mayor y lo hice. Aceptó mis disculpas y regresé al pabellón. Me tiré en la cucheta en silencio. Furia, rabia, vergüenza... ¡Triple a mi dignidad!

**Escena 2: Cárcel de Villa Devoto, Pabellón 32, agosto 1977**

Me apareció un calambre terrible en la pierna. Una compañera me dijo que pisara descalza

el piso frío. Lo hice y le agregué algunos estiramientos agarrada de la cucheta porque no cesaba el dolor. Pasó una celadora, me llamó, me acerqué a la reja con un solo zapato, aún rengueando.

–No se puede hacer gimnasia, está prohibido.

–No estoy haciendo gimnasia, tengo un calambre y estoy tratando de aflojarlo.

–Está prohibido. Voy a informar que está sancionada por hacer gimnasia en el pabellón –me contestó impávida, pieza de un engranaje maldito.

Me senté en mi cucheta, me puse el zapato. La furia no me dejó ni llorar.

**Escena 3: Pozo de Quilmes, 20 de diciembre de 1976**

Sentí pasos que se acercaban por la escalera. En forma instintiva me bajé la venda porque la tenía como una vincha; tanteé las tiras que me ataban las manos y dando vuelta las muñecas lo más rápido que pude me las puse y me senté en el suelo.

Movimientos, ruidos en la celda. Espié debajo de la venda y vi patas de una mesa y sillas y dos policías. Uno era una mujer.

–¿Usted es Emilce Moler? –me preguntó el oficial

–Sí.

–Venimos a informarle que está a disposición del PEN.

–¿Qué es el PEN? –pregunté, aún vendada y con las manos atadas.

–El Poder Ejecutivo Nacional. Su familia va a saber que está presa –me contestó mientras continuaba leyendo el decreto como un robot.

–¿Domicilio? –me preguntó como si estuviera completando los datos de un carnet deportivo.

–¿En el que yo vivía antes de estar acá?

–Su domicilio legal –me aclaró la mujer, entre compasiva y queriendo que ese trámite absurdo terminara.

–19 entre 48 y 49, número 812.

–¿Ciudad?

–La Plata.

–¿Edad?

–Diecisiete.

–Firme acá –me dijo el oficial, mientras la mujer trataba de deshacer el nudo de las tiras que me ataban las muñecas.

–No veo, estoy vendada –le dije con el tono más humilde que pude encontrar.

–No tengo órdenes de sacarle la venda, solo la voy a desatar para que firme.

–No puedo leer lo que voy a firmar –intentaba explicar.

–Tiene que firmar.

–Pero…

–Firme.

Y firmé.

Me ataron las manos, esta vez más fuerte, se llevaron los muebles de oficina y se fueron.

Nunca supe qué decía ese papel.

**13**

# El cuaderno

–¿Hablo con Emilce Moler?

–Sí.

–Buenas tardes, mi nombre es Mariana, trabajo en la agencia Infojus. Queremos producir un video por los treinta y nueve años de la Noche de los Lápices que tenga algo que ver con el tema de la justicia.

–Bueno, en realidad va a tener que ser sobre la ausencia de la justicia.

–Sí, sí, claro, pero algo que tenga que ver con el sistema judicial ausente en esos años. ¿Se te ocurre algún tema en especial que quieras abordar?

–Sí, sé lo que quiero mostrar.

Apretaba la punta de la lapicera Sheaffer 303 con cartucho de tinta azul sobre la hoja del cuaderno forrado con papel araña, justo arriba del primer renglón. Era una presión controlada: ni muy fuerte ni muy débil; le temía tanto al manchón como al sonido de raspar el papel. Dibujaba con cuidado cada letra. Marcaba con esmero el punto en la "i" y hacía firuletes en la "t". Con las letras "f" y "g" tenía que tener mucho cuidado de no llegar al renglón de abajo: debían estar justo en la mitad y todas iguales. Si borraba siempre se notaba, aunque usara la goma azul para tinta y le pasara la uña para aplanar el papel.

Ponía más empeño en la forma de las letras que en el contenido de lo que escribía. La letra "D" mayúscula que encabezaba la fecha del día se llevaba todos los esfuerzos de las vueltas y lazos, y en el mismo renglón, emulando a los actuales emoticones, dibujaba un sol, una nube o gotitas de lluvia de acuerdo al *Weather Channel* improvisado ante la pregunta de la maestra: ¿Cómo está hoy el día?

Llegaba el título, que empezaba con mayúscula, y luego, con ayuda de la regla de madera o de plástico (mejor si era trasparente), lo subrayaba cuidadosamente. Luego empezaba la tarea, pero yo ya había perdido cierto interés; la letra comenzaba a deformarse, hasta llegar al final de la hoja con algo ininteligible para la corrección y con la muñeca cansada. Había dejado todo en el arranque: el verdadero placer era el ritual de empezar una hoja en el cuaderno, disfrutar del olor de la tinta y del papel nuevo. El resto no tenía la misma gracia.

Nunca fue lo mismo con las biromes, pero mantuve ciertas reminiscencias del ritual en las hojas de carpeta Rivadavia. Cuando ponía un *block* nuevo en la carpeta de anillos, me dedicaba a ponerle el nombre a las hojas en el margen izquierdo, cuidando la forma de las letras mayúsculas. Ganaba tiempo para cuando debía entregar las hojas con las tareas en clase, un ritual similar a las penitencias anticipadas del confesionario.

Quizás pensaba en todas estas cosas cuando agarré el cuaderno Laprida de tapas duras color rojo, sin forro, y lo olí. Brotaron los rituales escolares, el pupitre de fórmica, la cartuchera y la tentación de empezar a escribir. Más que nunca cuidé las formas por sobre el contenido de las palabras, abstrayéndome de la realidad e interesada solo en el firulete de las letras. Con la única birome que tenía y añorando los lápices de colores, el papel secante, la goma de borrar y el sol, comencé a hacer una especie de carátula, poniendo los rulos y lazos en las letras mayúsculas:

*Emilce Moler*
*Pabellón 32*

*Villa Devoto*
*Febrero de 1977*

El 20 de abril de 1978, además de ser el cumpleaños de mi mamá, me dejaron salir de la cárcel de Villa Devoto. A la misma celadora que me había ingresado, que vio cómo lloraba cuando me leían los cargos fraudulentos, le tocó prepararme para salir. Era morocha, el pelo recogido como todo el personal penitenciario. Nunca dijo ninguna palabra de más, solo se limitaba a hacer su trabajo y eso era un alivio.

–¿Viste? Ya te vas –me dijo cuando me entregó mis pocas pertenencias. Sonaba a cuando una enfermera te da una inyección y después te dice: "No dolió tanto, ¿no?". Pero yo tenía ganas de gritar que sí, que me dolió y mucho; que se me partió la vida en múltiples pedazos imposibles de juntar, que era una vieja de casi veinte años que no tenía ni ganas de salir, que lloré toda la noche y que no sabía qué cuernos iba a hacer afuera. Un afuera que me asustaba, que no me tentaba recorrerlo, que no lo quería, que iba a extrañar a mis compañeras, que no me iba a encontrar con nada conocido, que todo lo que tenía ya no estaba más. Pero solo atiné a decirle:

–¿Me puedo llevar el cuaderno, por favor?

Y sin que nadie la viera, lo metió en la bolsa con una camisa y un pulóver que me habían dejado mis padres por si algún día me iba de ahí.

–¿Y qué escribías en este cuaderno? –preguntaba la periodista de Infojus, micrófono en mano y la cámara apuntando a la carátula.

–Todo lo que podía: letras de canciones, dibujos sombreados con lápiz negro, transcripciones de párrafos de cartas, poesías, recetas de cocina, palabras de cariño, síntesis de algún libro leído… –le relataba mientras hojeaba el cuaderno, desgranando cada recuerdo y consciente de que no podía trasmitir todo lo que significaba cada página en esos pocos minutos de filmación.

Me impactó verlo por YouTube, en el video de Infojus. El cuaderno rojo, trofeo de resistencia, sobreviviente de las requisas, testigo de mi estadía en la cárcel, mi conexión con la escuela, mi espacio de libertad.

**14**

# Dejé de ir

## Corte y confección

La miraba desde atrás. La pollera tubo de franela gris ceñida con un cinturón ancho negro que le apretaba las caderas y cubría las rodillas. Se asomaban las pantorrillas envueltas en medias de *stretch* gruesas color beige; su figura terminaba con unos zapatos abotinados negros, toscos, de punta ancha y tacón bajo. Adelante, miraba su blusa blanca impecable con un prendedor que cerraba el cuello. Un rostro indefinido, piel blanca, pelo corto oscuro con *spray* de un olor dulzón intenso que me repugnaba. O quizás estaba desacostumbrada a los perfumes. Me colocaba detrás de ella para poder ver cómo marcaba las telas que extendía sobre la mesada de cemento.

–Marquen con una tiza el molde para que les salga prolijo. Tienen que prestar atención para aprender a coser, aunque sea a mano, así cuando salgan en libertad, si es que salen, se pueden ganar la vida haciendo dobladillos o poniendo botones. Porque, ¿quién les va a dar trabajo? Ustedes son subversivas, se equivocaron mucho con lo que hicieron y no se los van a perdonar. Esto es un castigo que deben aceptar y agradezcan que no las mataron. La sociedad no las quiere y por culpa de ustedes sus familias están sufriendo mucho. Ustedes se lo buscaron. Ahora está todo más tranquilo, se respira paz. Las puntadas deben ser cortas y parejas –nos hablaba con su voz aguda y chillona, que la hacía insoportable. Usaba un tono amable, como alguien que quería ayudarnos.

Era la profesora de costura, de corte y confección de la cárcel de Villa Devoto. Cuando nos avisaron que nos iban a enseñar a coser me entusiasmé; por lo menos una actividad para hacer, algo es algo. Pequeñas concesiones que nos daban las autoridades del penal, por las presiones internacionales, para mejorar nuestras condiciones de detención. Era el año 78 y el Mundial empezaba a palpitarse, incluso a través de las rejas.

En un cuaderno anotaba todas las explicaciones para tomar medidas y cálculos del largo y ancho de una falda. Me servía para entretenerme en esos días interminables en la prisión. Me acercaba a las clases como si fuera a una profesora particular y escuchaba atentamente, pero no podía soportar su diatriba moral en contra de nosotras: ¿Qué necesidad tenía de decirnos todo eso? ¿No podía decirnos cómo cortar una pollera al bies y dejarnos tranquilas? Era una simple modista que daba clases en cárceles de mujeres. ¿Por qué fui tantas veces a esas clases? No sé, para ver cómo era una persona en libertad, cómo olían los perfumes. Hacía tiempo que no veía a nadie; solo a las celadoras, pero esas no valían porque ya tenían olor a cárcel. No la soporté más. Dejé de ir.

## La hostia

–Van a empezar a dar misas en el penal y vos tenés que ir –me dijo mi papá durante la visita semanal en Devoto.

–Pero ya no creo en Dios y no quiero ir a misa, me va hacer mal –trataba de explicar a través del locutorio.

–Me dijeron que se fijan quién va y capaz que eso te puede ayudar a hacer buena conducta. Tomá la comunión, todo.

–Se dice comulgar y no quiero ir a misa –lo corregí.

–Dejate de joder y andá, ¿qué te cuesta?

No podía explicarle en esa visita que estaba en crisis con la fe, que ya no creía en Dios. Lo intentaba, me hubiera encantado poder creer, pero no lo sentía. El Espíritu Santo, la Virgen niña, la Resurrección, todo había dejado de tener sentido. Respetaba profundamente a quienes creían, yo había sido igual a ellos hasta casi ayer nomás. Es más, los envidaba. Las imágenes de santos, las cruces, el olor a incienso me agobiaban. Todavía sentía culpa por no creer. Pero todo eso no se lo podía decir a mi viejo. Tampoco estaba en condiciones de pelearme por una cosa así. En cada visita lo veía más derrotado: me habían negado la salida al exterior; otra posibilidad menos de libertad. No me acuerdo qué país habíamos elegido como posible destino. Me iba a acompañar Fernando porque mis padres no querían irse. Nos habíamos ilusionado con eso, pero no se dio; seguiría un tiempo largo en Devoto.

–Está bien, voy a ir –contesté resignada.

Fui tranquila a la iglesia, al menos caminaba un poco por los pasillos, y se me iba a acortar el domingo. Siempre se hacía largo. Me había mentalizado de que iba a ser como cuando iba al Eucarístico: volver a tener diez años, creer en la religión, rezar, jugar con la hostia en el paladar sin masticarla...

–Ustedes, subversivas, arderán en el infierno. La Argentina está mejor sin ustedes, las familias están tranquilas. Y si Dios les concedió la posibilidad de vivir, deberán honrar la vida arrepintiéndose de todos los males que han causado. Sus familias –algunas cómplices y otras víctimas– sufren en la sociedad de hoy que no quiere más a la subversión en las calles. Ahora reina la paz –eran las palabras más suaves que nos decía el cura en su homilía.

Domingo tras domingo escuchaba, o hacía que escuchaba, los sermones de la misa. Trataba de pensar en otra cosa. Pero sentía que los santos se me caían encima, el olor a incienso no me dejaba respirar, la hostia se me atragantaba en el paladar. No, no pude volver a ser la del Eucarístico, no lo logré.

–Te juro, papi, lo intenté, aguanté lo más que pude, pero no lo soporté más. Dejé de ir –le expliqué casi con sollozos.

–Bueno, está bien –contestó resignado.

### La tele

–Tenemos la posibilidad de mostrar al mundo entero cómo somos los argentinos. Desde el extranjero nos difaman, son campañas –sonaba desde la pantalla del televisor.

Era una novedad en las condiciones de detención: nos habían puesto un televisor en una sala. Yo siempre fui adicta a la tele. Durante mi infancia hacía los deberes mirando *Lassie*, *Mr. Ed* y *Los Locos Addams*. No dejaba de ver ningún programa: *La Nena*, *La Familia Falcón*, *Mis Hijos y Yo*, todo. Pero en especial me encantaban las propagandas, cantaba los *jingles* y hacía las mímicas correspondientes. Iba a poder mirar nuevamente la tele, me había entusiasmado.

Prendían el televisor en horarios muy restringidos, generalmente al mediodía cuando estaban los noticieros. Se veneraba a la figura del gauchito, mascota del Mundial 78. Sintetizaba al ser argentino: simpático, autóctono, mate en mano, campo, gauchito. Se contaban buenas noticias: una temporada veraniega extraordinaria, programas de chismes, actrices sacándose fotos con los militares, Mirtha Legrand almorzando, Susana Giménez dando entrevistas, eficiencia y orden en el país. Muchos productos importados, más lindos que los nacionales. Se acabó el caos, todos felices. Periodistas como Bernardo Neustadt, Mariano Grondona o Ramón Andino haciendo el análisis de la realidad; nadie hablaba de la dictadura, y nosotras no existíamos.

La tele era un aparato chiquito y estaba colgado alto, no se veía ni escuchaba bien. Me sentaba en primera fila para no perderme nada. Pero los comerciales no me atraían como antes; pasaban tanta propaganda oficial que casi no había *jingles*. Empecé a ir solo cuando pasaban películas, pero como las celadoras la cortaban cuando querían no llegaba a ver los finales. No lo soporte más. Dejé de ir.

# 15

## Feliz cumpleaños

Pasé una a una las hojas del cuaderno, estaba segura de que la había escrito ahí. La encontré:

Receta de buñuelos con bananas
250 gr de azúcar
150 gr de harina
6 huevos
3 bananas
Esencia de vainilla

Apoyé el cuaderno rojo sobre el acolchado de la cama matrimonial. Encendí la luz del velador de la mesita de luz, pero la pantalla de tela no permitía iluminar mucho. Descolgué el auricular del teléfono gris y disqué número a número lo que había encriptado en la receta, con temor a que la memoria me hubiera jugado una mala pasada: 2, 5, 1, 5, 6, 3. Comenzó a sonar.

–Hola mami, feliz cumpleaños –le dije con voz entrecortada, todavía incrédula de lo que estaba viviendo.

–Gracias, Analía, pero vos sabés que esta fecha es muy triste para mí –contestó mi mamá confundiéndome con mi hermana.

–No mami, soy yo, Emilce. Estoy libre. Vengan a buscarme a Buenos Aires.

Era un día cualquiera, de los tantos que pasaba en Devoto. A principios del 78 nos habían mudado de los pabellones a los "celulares". Eran pasillos amplios donde a los costados estaban las celdas, con cuchetas, una letrina y una pileta de mano. Teníamos horarios para estar encerradas o para salir al pasillo. Trataba de estar afuera lo más que podía, me permitía hablar con otras compañeras, caminar un poco, y así cuando nos encerraban no se me hacía tan largo.

La celda tenía cuatro cuchetas amuradas a las paredes. La compartía con Estela, mi compinche desde que llegué a Devoto; Alejandra de diecinueve años, y Nelly; una tucumana basquetbolista de veinte y risa contagiosa. Éramos las más chicas del pabellón. Nos propusimos llevarnos bien en ese espacio mínimo, aunque a veces no era fácil. Miserias y dolores se cruzaban, pero aprendimos a compartir las pocas cosas que teníamos, a conocer nuestros estados de ánimo, a evitar caernos. La noche en prisión es dura. Cuando sentíamos un llanto ahogado, nos dábamos abrazos, esquivando la mirilla, y alguna broma se nos ocurría, aunque terminaba con un reto de las celadoras porque se escuchaban las risas desde nuestra celda.

Nos habían dado permiso para hacer gimnasia en el patio y realizar algunas manualidades: pequeños beneficios de la proximidad del Mundial. Yo había empezado a tejer una remera con hilo macramé rosa, con un punto difícil; me iba a llevar mucho tiempo. Casi todos los días me juntaba con mi amiga Marita en el pasillo a tomar unos mates. Me llevaba cinco años y eso hacía que la tomara como confidente y consultora. Yo le hacía dibujos para su hijo, Enrique, de dos años. Durante el cautiverio esperábamos noticias de su compañero: nunca llegaron. Charlatana, fanática de Serrat, del orden y la limpieza. No dudaba en meterse debajo de la ducha con agua fría para su baño diario, cosa que yo esquivaba todo lo que podía. Ella me puso de sobrenombre Pipi, y ya todas me llamaron así.

Un día cualquiera estaba tomando mate con unas compañeras en el pasillo, cuando me avisaron que me estaban llamando desde la reja de entrada. Caminé rápido. No podía ser nada bueno. No era día de visita, no me traían mercadería, no esperaba nada. Ya me había resignado a no recibir buenas noticias. Pensé en mi familia: ¿A quién le habría pasado algo? No aguantaba más cosas tristes. ¡Qué largo se me hizo el pasillo, no llegaba nunca! Quería correr, pero estaba prohibido. Una celadora a quien no conocía me pidió que la acompañara. Me leyó una serie de normativas y ordenanzas: "Por orden de…", "Resuélvase…", "En caso de...".

–¿Su domicilio cuál va a ser? –me preguntó.

–Pero… ¿a partir de cuándo?

–En 48 horas usted deberá encontrarse en el domicilio legal que establezca. A partir de ahora está con libertad vigilada. En 72 horas deberá presentarse en la comisaría más cercana para dar su certificación de domicilio y este trámite lo deberá realizar semanalmente. No podrá salir de la ciudad ni participar de actos públicos, ni en reuniones con más de cinco personas. ¿Le quedó claro? ¿Me dice su domicilio? –siguió leyendo maquinalmente.

No entendía lo que me estaba diciendo. Repetí una dirección que recordaba de Mar del Plata, pero no estaba segura. Me dio miedo de equivocarme y seguir presa. Todavía no había salido y ya tenía temor de volver. Firmé papeles mientras me hablaba de cosas que no escuchaba. Otra vez la ceremonia de las manos atrás, abrir la reja, volver a la celda. Qué corto que se me hizo el pasillo, no quería llegar. Las compañeras me rodearon, me preguntaron para qué me habían llamado. Cualquier noticia nos conmovía a todas.

–Me voy mañana –balbuceé en voz baja.

Abrazos, risas, llantos, corridas por el pasillo gritando: "¡Se va la Pipi! ¡Se va la Pipi!".

Pedí que me dejaran sola en la celda. Me tiré en la cama a llorar. No sé cuánto tiempo estuve así, creo que me dormí.

–Pipi, te vas –me decía Marita mientras me acariciaba la cabeza.

–No quiero irme.

–¿Qué decís? ¿Estás loca, Pipi? Te esperan tus viejos, tu hermana, Fernando… ¿sabés la alegría que les vas a dar?

–No quiero irme. ¿Para qué me voy a ir? No me quedó nadie afuera, ni nada. Soy vieja, muy vieja. ¿Qué voy a hacer? No me interesa nada de afuera. No tengo voluntad de nada. La gente de mierda que nos dio la espalda… ¿Querés que haga como si nada? ¿No escuchaste en la televisión lo que dicen? ¿Cómo les explico que vos y 800 mujeres más están acá? ¿Eh? ¿Cómo les cuento lo que pasamos todas las noches encerradas pensando en todos los que no están, en todo lo que no pudimos disfrutar estos años? ¿Para qué mierda voy a hablar con esa gente? Y los que quiero no están o no los puedo buscar porque los pongo en peligro. No quiero salir.

–Podés estudiar, cantar, dibujar, hacer gimnasia, que a vos te gustan tanto todas esas cosas.

–¿Qué querés que dibuje? ¿Rejas? ¿Celdas? Si voy a un coro me voy a acordar del nuestro de acá y me voy a poner a llorar. ¿Estudiar? Tengo diecinueve años y no terminé el secundario. ¿Cómo hago? Salgo con libertad vigilada, no puedo estar con gente. Si voy a la playa, voy a pensar que ustedes no pueden ir y así no me sirve. No tengo nada para hacer afuera, nada.

¿Por qué me daban la libertad? Hacía unos meses me habían dicho que no iba a salir por mucho tiempo. Cuando me dieron esa noticia estuve muy mal, pero de a poco y con mucho esfuerzo me fui reponiendo. Estaba mentalizada para eso; aprendí a no pensar en el afuera. Me resigné y trataba de vivir con tranquilidad. Justo ahora tenía más libros, más lanas, gimnasia. No estaba tan mal. Era eso mi vida, ya está. ¿Qué otra cosa iba a hacer afuera? Me quería quedar: más lanas, más agujas, más gimnasia, más lecturas. Y ahora... ¡no iba a terminar la remera rosa!

La mañana se me fue en despedidas con todas las compañeras; regalos cosidos con retazos de sábanas y papeles, poesías, recomendaciones, saludos, abrazos, besos, cariños.

Tomate un vino por mí, andá a la playa por mí, comé un helado, ponete de novia, bañate con agua caliente, disfrutá del inodoro… ¡Viví Pipi, viví por todas nosotras!

Al mediodía me llamaron. Las compañeras empezaron a aplaudir y yo a llorar. Promesas de encontrarnos en libertad. No pude evitar mirar para atrás cuando atravesé la reja. No las quería dejar, no quería irme: ¿Adónde iba? Me quería quedar.

Me llevaron a la entrada del penal. Me dieron la bolsa donde estaba la ropa con la que había ingresado. Me saqué el uniforme y me puse el jean y la camisa de florcitas rojas. Casi no me entraban; los postres de pan habían hecho estragos en mi cuerpo. Guardé en la bolsa el cuaderno rojo y el dinero que mis padres me habían depositado. Caminamos hasta el portón principal. Lo abrieron y los guardias me dieron la orden de salir.

–¿No me llevan a Coordinación Federal?

–No.

–Pero a todos los llevan ahí.

–Con usted tenemos orden de dejarla acá.

Fueron las últimas palabras que escuché antes de que el portón se cerrara. Me quedé en la vereda, sin saber qué hacer. Sabía que estaba en Bermúdez 2651; lo había escrito en el remitente de mis cartas muchas veces, pero nada más. Caminé mirando para atrás. ¿Me iban a matar por la espalda? ¿Qué sentido tenía eso? ¿Por qué no llamaron a mi familia? Tenía miedo. La luz de la calle me cegaba un poco, no estaba acostumbrada a mirar de lejos y con tanta claridad. ¿Para dónde tenía que ir? Caminé unas cuadras hasta que llegué a una calle más transitada. Tomé un taxi. Nunca me fue tan útil la dirección que me había hecho memorizar Marita, mi amiga que se había quedado en la cárcel. ¿Y si no había nadie en su casa? Pagué. El taxista me tuvo que ayudar: no reconocía bien los billetes.

Toqué timbre.

–Soy Emilce, la amiga de Marita.

Entre llantos y abrazos les conté a los padres de mi amiga cómo me habían dejado ir. Enrique corrió a abrazarme, confundiéndome con su mamá. Iba a poder hacerlo recién unos cuatro o cinco años después, en democracia, cuando todas ellas fueron liberadas. Tenía que comunicarme con mis padres que estaban viviendo en Mar del Plata; no tenían teléfono, pero la portería del edificio sí. Durante todo este tiempo había escondido números de teléfonos y algunas direcciones en el cuaderno rojo, entre poesías, cartas y textos.

2, 5, 1, 5, 6, 3. Estoy en libertad. No estoy preparada, no sé qué es eso.

# 16

## La madriñuela del tapadito bordó

–Hola, soy Perla Medina, vengo a estudiar –dijo mientras mi padre le abría la puerta y la escrutaba intrigado por saber quién era esa piba, con un tapadito bordó de paño sacado de un figurín antiguo y abrochado hasta el último botón. Traía en la mano un pizarrón de juguete con las bolitas de colores a modo de contador, las rayas desdibujadas en la pizarra y en la otra mano, tizas blancas y de colores. El peinado con raya al medio y las hebillas en los costados le daban un toque de niñez y antigüedad a la vez. Sus anteojos grandes enmarcaban un rostro bonito y ocultaban sus ojos claros. Me abalancé a la puerta para recibirla antes de que mi padre, con su ironía y humor punzante, le hiciera algún comentario del que después se arrepentiría; aunque en realidad le había caído simpática y la relación afectuosa entre ambos se profundizó a lo largo de los años.

A Perla la conocí en 1979 en el curso de ingreso a la carrera del Profesorado de Matemática. Se sentaba adelante mío, concentrada en las explicaciones, resolvía rápidamente todo y se quedaba sentada mirando alrededor, seria, como ausente. A pesar de su cara aniñada, infundía un respeto profundo. Me atreví a preguntarle algo y, sin sonreír nunca, comenzó a explicarme todo mejor que la profesora. Llamaba la atención la seguridad en sus explicaciones, con un tono de maestra "ciruela" que en otra persona hubiese resultado insoportable.

Para Perla y mis compañeros de aula, el curso de ingreso era un paso trascendental en sus vidas de adolescentes secundarios a universitarios. Para mí, era el camino inverso: de una adultez apresurada a tratar de conectarme con jóvenes "normales". Año 79, plena dictadura, había conseguido un permiso a regañadientes de la SIDE para estudiar, bajo promesa de "reinsertarme en la sociedad" mientras seguía con el régimen de libertad vigilada. El curso de ingreso era un laboratorio donde ensayaba mi nueva vida.

Yo era un poco extraña, dos años más grande que los demás, huidiza de las reuniones, dudaba de todo y me distanciaba de quien intentaba acercarse, un poco por precavida y otro poco para preservarlos. Pero de Perla, esa piba del interior de diecisiete años que no aparentaba más de quince y menos aún ser una estudiante universitaria, no dudé nunca.

Durante toda la preparación para el ingreso me senté frente a su pizarroncito y ella me explicaba hasta el cansancio las cosas que yo no entendía con una gran capacidad didáctica seguramente heredada de su papá, prestigioso profesor de contabilidad de Tres Arroyos, su ciudad.

Solo cuarenta estudiantes de los ochenta inscriptos aprobaron los exámenes de Matemática y Física requeridos para ingresar, examen eliminatorio y con cupo; entre ellos, Perla y yo.

A pesar de las historias de vida distintas que teníamos, fuimos entretejiendo nuestra amistad. Al principio me limitaba a hablar de temas de la facultad y cuestiones cotidianas, siempre dejando entrever que en algún momento le iba a contar algo importante de mi vida. Con el tiempo, me confesó que ella sospechaba que le iba a decir que me había hecho un aborto, que para ella era lo más terrible que me podía haber pasado.

Prefería estudiar en su departamento, por tranquilidad y para evitar a que se encontrara con el agente de la SIDE que solía venir a cumplir con el control de rutina. El departamento de mis padres era muy pequeño y no tenía un cuarto para estudiar. Estar en la casa de ella me hacía sentir que hacía una vida de estudiante universitaria casi normal. Poníamos la radio, ella tomaba té, yo mate, y empezábamos nuestra rutina de trabajo.

–En mi ciudad había un subversivo –me comentó como al pasar, mientras leíamos la

demostración del Teorema de Cauchy y en la radio sonaba la noticia de un "nuevo enfrentamiento".

Mi cabeza estallaba. ¿Quién sería el compañero al que habían "abatido"? No sabíamos los apellidos de los militantes y no podía identificar si lo conocía o no. ¿Lo estarán torturando? ¿Será pareja de alguna de mis compañeras de Villa Devoto? ¿Cómo le cuento a esta adolescente todo esto? ¿Por dónde empiezo?, me preguntaba mientras seguía sin entender el teorema y Perla infructuosamente me lo explicaba por enésima vez.

Nunca pude aceptar tranquilamente que "la gente" no se hubiera enterado de lo que pasaba durante la dictadura. Con Perla, de a poco, pude entender que podía haber buenas personas que habían estado al margen de todo, especialmente en ciudades del interior. Yo todavía estaba en carne viva y su ingenuidad me ayudó a sanarme. Así seguimos a lo largo de nuestra carrera. En mayo de 1979 me dieron la libertad definitiva y la SIDE no volvió a molestarme.

Desde el primer día nos complementamos de manera extraordinaria en el estudio. Yo nunca me hubiera recibido sin Perla y ella dice lo mismo de mí, pero nunca le creí del todo. En las clases nos sentábamos en la primera fila y comenzábamos a anotar lo que el profesor explicaba. Perla, apenas no entendía algo, dejaba la lapicera, se cruzaba de brazos, estiraba las piernas, se recostaba en la silla y ponía su máxima atención en la explicación. Yo, por supuesto, tampoco había entendido, pero continuaba escribiendo y anotaba hasta los mínimos comentarios.

Después de cursar como mínimo cuatro horas seguidas, dos horas de Álgebra y dos de Geometría, nos íbamos a nuestras casas. Perla dormía siestas interminables. Y cuando se despertaba yo ya había repasado varias veces los nuevos temas y armado una lista de preguntas. Medio dormida aún, agarraba un lápiz y me lo explicaba perfectamente. Era brillante y rendía exámenes como un juego. ¿Cómo lo había aprendido? Nunca lo supe. Tenía pocas carpetas, pocas anotaciones, y se le dificultaba armar su cronograma de exámenes. Ahí entraba en acción yo, metódica, disciplinada, lo que se dice una buena alumna. La ayudaba a organizarse, le hacía las fotocopias y le indicaba cuándo debíamos rendir.

–¿Por qué rendimos dos exámenes en el mismo día? –me preguntó antes de entrar a la mesa examinadora de la tarde.

–Porque me caso en febrero y se me hubiera complicado con la luna de miel –le contesté como si fuera lo más normal.

–Ah, está muy bien –me respondió tranquila, y entró a obtener su diez.

Fueron años abocados prácticamente al estudio. En febrero de 1982, con Fernando decidimos casarnos. Si bien se empezaba a sentir la posibilidad de la apertura democrática, el futuro político aún era incierto: todavía faltaba para la guerra de Malvinas, que iba a acelerar la vuelta a la democracia. Perla necesitaba un departamento para paliar los gastos por un tiempo y no había motivo para no brindarle la habitación de nuestro nuevo departamento, pero ella tenía que saber a qué se arriesgaba si venía a vivir con nosotros

–Perla, tengo que contarte algo –así empecé a hablarle, estrenando las sillas del comedor a días de haberme casado. Le hablé deshilvanadamente de la cárcel de Devoto, esbocé apenas algo de la tortura, de la libertad vigilada. Le dije que eso estaba pasando en todo el país, que éramos muchos, que se iba a ir encontrando con gente a la que le había pasado lo mismo, que yo no sabía dónde estaba la mayoría de mis amigos y compañeros, que al hermano de Fernando lo había matado el Ejército…

Me miró, dijo algunas pocas palabras; no había entendido mucho, más bien casi nada. Pero no le importó, acomodó sus cosas en su nueva habitación y al rato estábamos empezando nuestra rutina de estudio en mi departamento, con un nuevo termo y estrenando tetera. De a poco fuimos hablando de todos estos temas. A veces preguntaba ella, otras le contaba yo; siempre fue prudente con las indagaciones y atenta en las escuchas.

Después de Malvinas, varias facultades comenzaron a armar peñas estudiantiles. Comencé a ir con Perla. Para ella, era relacionarse con chicos de su edad, escuchar folklore

y pasar un rato de diversión. Para mí, sentimientos encontrados, la alegría de que la dictadura comenzara a resquebrajarse, la impotencia de la impunidad y la tristeza por los ausentes. Perla comenzaba a vivir, y en ese nacimiento yo reparaba heridas día a día.

Nos recibimos el 25 de febrero de 1983 y aún hoy nos seguimos saludando para esa fecha y jugamos a ver quién manda el primer mensajito. Ceremonia que repetimos para el día del amigo. Nunca tuvimos una pelea en serio, aunque sostuvimos discusiones ridículas que ya no tendría sentido saldar. Con ella puedo reírme hasta llorar, llorar hasta quedarme dormida, hablar horas sin parar o mantener silencios profundos. Perla todo lo permite y lo acompaña como nadie. Sabe guardar secretos, pero no le pidas tareas de espionaje doméstico porque va a fracasar.

Soy iracunda cuando algo me enoja, me rebela o me hace sentir impotente, y Perla aprendió como nadie a dejarme desahogar sola. No me interrumpe, aguanta paciente mis vociferaciones al vacío y, cuando presiente que voy terminando mi monólogo, comienza a decir algunas palabras para llevarme a una reflexión hasta que, a los pocos minutos, sentadas tomando un café, le pregunto:

–¿Entonces no es como yo pensaba, Perli?

–No, Mishe, no es tan así –me contesta entre risas, con ese sobrenombre que surgió de un mozo que nunca pronunció bien Emilce.

En las cosas cotidianas no tenemos casi coincidencias. A ella le gusta estar bien vestida el poco tiempo que está en su casa; yo disfruto del jogging y zapatillas y puedo hibernar por días; ella adora viajar sin rumbo, sin planificación, solo con una mochila y va "adonde el viento sople"; a mí me gusta planificar todas las actividades y tengo elaboradas frondosas teorías en contra de viajar.

Le encantan los paseos típicos de turismo local, fiestas tradicionales, ferias locales, paseos en barco, monumentos, visitas a pueblitos, casas de comidas, actividades culturales: todo, todo le gusta. Y mientras pienso que yo sería incapaz de ir a esos destinos turísticos, saca un *souvenir* del lugar, me lo entrega y, con su característico "¿Viste qué bonito?", me emociona hasta las lágrimas y me genera una profunda admiración por su capacidad de disfrutar las pequeñas cosas.

Su falta de memoria llega a exasperarme, como a ella mis carteras enormes. Admiro la manera en que resuelve situaciones administrativas como ella mi capacidad de realizar múltiples tareas a la vez. Desistí de mis intentos de hacerla practicar deportes, y ella de que yo la acompañara a reuniones con gente que no tiene total afinidad conmigo. Nunca logré que venga a encuentros de discusiones políticas partidarias, ni ella que la acompañe a hacer avistajes de aves. Pero siempre marchamos juntas en las luchas de derechos humanos y reclamos laborales.

No dudé de que Perla iba ser la madrina de Mariana, mi primera hija, y con los años se convirtió casi en la madrina de los otros dos y, como decimos en confianza, en una "madre sustituta". Ahora que soy abuela, buscamos el nombre para su status de madrina-abuela, que podría ser madriñuela o abuelina.

A lo largo de los años, todos los que se han acercado a Perla han recibido los beneficios de su capacidad ilimitada de hacer favores desinteresadamente. Ayudar, colaborar y solucionar problemas es parte de ella. En la Facultad de Ciencias Exactas de Mar del Plata, donde es docente, todos saben a quién acudir para que los reemplace en un teórico o los cubra en una mesa de examen. Su pasión por enseñar matemática hace que sea la única docente que disfruta cuando la rotan de materia en materia a lo largo de los cuatrimestres.

Envidio que no tenga crisis vocacionales y disfrute cuando da clases, mientras que yo todavía me cuestiono si hice bien en estudiar Ciencias Exactas o si me tendría que haber cambiado a Ciencias Sociales o Bellas Artes, dudas que Perla escucha con estoicismo, pero sin entender por qué me complico tanto.

A principios del 83, apenas nos recibimos, con varios compañeros armamos el Centro de Graduados de Ciencias Exactas. Perla se sumó activamente y comenzó a desplegar su capacidad organizativa. En esos años comenzaron los concursos docentes en las facultades en el marco del proceso de normalización de la universidad, y con Perla adquirimos una

destreza imbatible en ganar concursos. Nuestras primeras experiencias como trabajadoras no fueron muy exitosas: estuvimos seis meses sin que el rector normalizador pagara los sueldos, lo cual sirvió para que nos organizáramos en los reclamos, notas, entrevistas y hasta una recepción con carteles reclamando nuestros haberes. Yo desempolvaba de a poco, con temores y recelos, mis ganas de volver a participar en proyectos colectivos.

Perla se entusiasmaba con todas estas cosas y, cuando veía que la causa era justa, la abrazaba con fuerza e ingenuidad. El salto lo dio cuando conformamos la Agremiación Docente Universitaria Marplatense (ADUM), donde se convirtió en una pieza clave del armado gremial, y lo es aún hoy. Perla es lúcida, clara, creíble, con sentido común y colaborativa para encarar cualquier proyecto, lo cual ha hecho que cada vez que decide retirarse, "las bases" le piden a gritos que vuelva. Y si bien pasó por momentos difíciles en su vida, no aflojó en seguir apostando a la construcción gremial.

Muchos usan el Google; mis hijos y yo consultamos a Perla. ¿Por qué siempre sabe todo lo que le preguntamos? Es uno de los misterios que a lo largo de los años no pude descubrir. Algo dilucidé: cada tanto inventa, pero con tanta solvencia que nadie se atreve a dudar.

Lo que siempre agradezco es el día que le abrimos la puerta y, con su pizarrón y tapado bordó, nos vino a decir: "Hola soy Perla Medina, vengo a estudiar, compartir, ayudar a que seas mejor persona y a ser parte de tu vida".

# 17

## Chicas buenas

–¡Feliz cumpleaños! –dijeron todas juntas, con caras sonrientes, torta en mano y varios regalos. Solo faltaba que sonara la música para el festejo y estallara alguna piñata con caramelos y sorpresas.

–Pasen, pasen –les decía mi mamá mientras las recibía, les agarraba la torta y los sanguchitos, iba y venía de la cocina al comedor, hablaba, sonreía, acomodaba los abrigos en el cuarto y le pedía a Perla que la ayudara.

Mientras ella se movía con soltura, yo me quedé tiesa y no podía reaccionar. Estaba muy enojada: ¿Por qué me habían hecho eso? Cualquiera se hubiese puesto contenta de que le organizaran una fiesta de cumpleaños sorpresa con sus nuevas compañeras de la facultad, pero yo no. No lo podía tolerar, estaba aterrada. Quería que se fueran, que dejaran de hablar de pavadas y estar sola. Hice grandes esfuerzos por disimular, por estar bien con las chicas; no tenían la culpa.

Era mi primer cumpleaños después de la cárcel; no lo había imaginado así. Cumplía veinte años, estaba con libertad vigilada y tenía prohibido hacer reuniones. Periódicamente recibía visitas de la SIDE. ¿Y si llegaban en ese momento? ¿Me iban a llevar de vuelta a la cárcel? ¿Por esa pavada podía perder la libertad? No lo podía creer. Tenía ganas de llorar y tenía miedo, mucho miedo. Esas caras me resultaban extrañas, aunque las veía todos los días. Extrañaba a Marita, Estela, Nelly y a tantas otras compañeras de la cárcel de Devoto. La torta estaba rica, pero yo prefería los budincitos de pan con leche y azúcar que hacíamos en los jarros de lata. No quería estar ahí.

Despedí a la última invitada con alivio. Cerré la puerta y me puse a llorar.

–Tenés que olvidarte de todo, ser una chica normal, como ellas –decía mi mamá mientras me acariciaba la cabeza.

–¡Mamá! ¿Y si venía el de la SIDE? ¿Cómo le explicaba que estaba en una reunión? ¡Sabés que lo tengo prohibido! No sé qué me puede pasar si no cumplo con esa regla. ¿Y si voy de nuevo presa?

–Pero Emilce, se nota que son chicas buenas, que no andan en nada raro. A esos de la SIDE les iba a gustar ver que estás con nuevas amistades como ellas y olvidándote de todo…

–¡Mamá, nunca más voy a ser una chica buena!

# La casa de diagonal 80: botines y Pinolux

Los colores te invaden, te conmueven, impactan. No hay imágenes definidas; no son necesarias. Los colores combinados de maneras inesperadas completan el cuadro. Te atraen y no podés dejar de mirarlos. Son círculos: grandes, chicos, borrosos, alargados, incompletos, superpuestos. La gente se acerca y hace la pregunta de siempre: ¿Es un cuadro, una fotografía o una pintura?

–Son fotografías –contesta Marcelo, entre tímido y orgulloso por sus obras.

–Este me gusta mucho. Me impacta la combinación extraña de colores. Cada vez son más lindos los circulitos –le confieso.

–Es de un vestido que tiene una nena en el cuadro *Las meninas* –me cuenta mientras me lo muestra y no dejo de asombrarme por su poder de observación.

Es la inauguración de la muestra de fotografía de Marcelo Mendiburu, reconocido artista plástico, mi primo. A él no le gusta la parte social del evento: se escabulle, se esconde. Nos sentamos en un rincón huyendo de las miradas y preguntas de los críticos de arte. Me usa de *partenaire* para no tener que hablar mucho.

–Yo siempre envidiaba las figuritas de colores con brillantes que tenían ustedes. Eran cuadradas, grandes, con dibujos preciosos. Nosotros teníamos que jugar con las redondas de cartón con jugadores de fútbol, opacas, feas y borrosas –me confesó entre risas, buceando en las raíces de su fascinación por los colores.

–No puedo creer que te acuerdes de eso.

–Y también de la jirafa de paño naranja y los vestidos color pastel con bordados impecables que usaban. Vos y tu hermana parecían salidas de la revista de modas *Temporada*. Nosotros estábamos siempre embarrados.

–Y, sí, jugaban al fútbol y al rugby. Siempre había olor fuerte a Pinolux en el baño para tapar el olor a ropa sucia de todos ustedes.

Cada vez que nos vemos con Marcelo desgranamos recuerdos de nuestra infancia. Casi únicos testigos de esos años, nos aferramos a las historias y las contamos una y mil veces. No somos muchos en la familia, quedamos pocos para hablar de esto: su hermano Oscar y mi hermana Analía, nadie más. Tendría que estar Daniel, pero lo mataron.

La única hermana de mi viejo, Esther, la tía Ñata, tuvo tres hijos: Oscar, Daniel y Marcelo. Lindos, deportistas, inteligentes, alumnos del Colegio Nacional de La Plata, jugadores del club de rugby Los Tilos; creativos, artistas, fanáticos de Gimnasia, el club de los amores de mi viejo. Los sobrinos adorados, mis primos admirados, los hijos varones que mi papá no tuvo.

Era un ritual acompañar a mi papá los domingos a la mañana a visitar a su hermana y a los chicos. Me encantaba ir a "la casa de diagonal 80", tan distinta a la mía. Era un departamento, pero todos le decíamos casa. Subía corriendo los tres pisos por las escaleras de mármol. Me encontraba con desorden, suciedad, literatura, política y arte. Mi tía, traductora de inglés y artista plástica, era muy mala con las cosas de la casa. Preparaba parvas de comida sin gusto a nada; ensuciaba muchas ollas que dejaba esparcidas en cualquier lugar mientras se dedicaba a hacer piezas de cerámica y decorar platos y potes del mismo material. En los últimos años había empezado una saga de decoración lámparas: las decoraba con piedras de colores y les pintaba detalles en dorado. No me gustaban. Todo mezclado: un botín con un pincel, un calzoncillo con una esteca.

Pero si tengo que poner un objeto para caracterizar esa casa, no dudo en decir: libros. Las habitaciones, de techos altos y pisos de madera, estaban forradas de ejemplares de

distintos encuadernados: con tapas duras, con cuero, de cartulina; con hojas de seda, rústicas, brillosas. Esparcidos en las mesas, alrededor de las camas, junto al mate y el tocadiscos, por todos lados. Mi tío Carlitos, el esposo de mi tía, era el artífice de esta proliferación de literatura. Juez, intelectual, soñador, de izquierda, de vida austera. Solo necesitaba tomar mate, leer y escuchar música clásica. Mientras él pudiera hacer eso, lo que ocurría en la casa era secundario. Siempre me regalaba algún libro, el que yo eligiese. Yo adoraba a mis tíos, mis padrinos de bautismo.

Mis primos, todos bastante mayores que yo, me consideraban casi un juguete. Me subían a los hombros, me llevaba a upa, se reían de las cosas que les decía y a veces ni se daban cuenta de que los estaba escuchando. Jugaban a la pelota en el pasillo entre las puertas con unos delicados *vitreaux*. El juego terminaba con retos de su mamá o con vidrios rotos.

Cuando llegaba mi papá era una fiesta para ellos. Con los tres varones, mi viejo hablaba acaloradamente de Gimnasia, pasión que todos compartían, y con Carlitos hablaba de comidas, porque a los dos les encantaba comer, y mi tío siempre tenía anchoas para convidar.

Nunca supimos por qué mi papá y su hermana se pelearon, pero sí nos dimos cuenta de que la pelea fue fuertísima. Mi tía le negó el saludo y le prohibió la entrada. A partir de entonces, los domingos pasaron a tener un vacío. Mi viejo estaba profundamente triste, y los paseos que organizaba mi mamá a modo de distracción no funcionaron muy bien como reemplazo.

Repasé una y mil veces los domingos previos a la ruptura. No encontré nada. No hubo peleas ni gritos más allá de los habituales. Cada vez se hablaba más de política en la casa de mis tíos. Mi papá me decía que ellos eran todos de izquierda; yo trataba de entender qué se decía y lo que escuchaba me gustaba, era parecido a lo que estaba viviendo en mis primeros años de Bellas Artes. Una razón menos para dudar de que ese mundo "izquierdista" era el correcto.

Mi papá lo relativizaba. No era que se oponía, pero consideraba que eran todos idealistas, que la vida real no era como la planteaban, que había cosas más oscuras en "la calle". Pero su tono no era de enojo, era casi paternal. ¿Habrá sido eso lo que enfureció a la Ñata? ¿Habrá deslizado mi papá alguna opinión política que ella no soportó? Creemos que sí, pero nadie lo supo nunca.

Los primos nos seguíamos queriendo, pero ya no pasábamos tanto tiempo juntos. Yo tenía trece años y decidí mantener igual la amistad con mis tíos. Comencé a ir a visitarlos sola. La Ñata se alegraba de verme, pero la condición era no hablar de la pelea con mi padre. Intenté hablar con Carlitos; siempre dijo que no sabía el porqué. Mi tía me incentivaba para que siguiera mis inclinaciones por las artes plásticas. Empecé a hablar de política con ella. Empezó a decirme que se había dado cuenta de que había que apoyar a la lucha armada. Me encantaban esos encuentros: estaba con alguien de mi familia, pero con el discurso de mis compañeros de Bellas Artes.

Los chicos cada vez iban menos al café Costa Azul, típico lugar de encuentro platense, y habían comenzado con sus actividades de militancia. Primero más ligadas al Partido Comunista y luego al peronismo, en especial Daniel y Marcelo. Si mis primos militaban, cómo no lo iba a hacer yo. En el 76, una de las veces que me tuve que ir de mi casa porque habían detenido a unos compañeros que conocían mi domicilio, no dudé en irme a lo de mis tíos.

Pasé una semana hermosa, era su hija mimada. Me sentía más a gusto en esa casa que en la mía. Sentía más libertad, me hubiese quedado a vivir ahí. Carlitos me mostraba su libro preferido: el Quijote; tenía muchas ediciones. Aprendí a disfrutar las malas comidas y el olor a Pinolux. Un día mi tía me dijo que se había comunicado con ella uno de los chicos, y le dijo que me fuera urgente de ahí, que no era lugar para estar, que era peligroso que me quedara con ellos. Con dudas, acepté y volví a mi derrotero buscando un lugar donde dormir, porque ya me quedaban muy pocos.

–Tengo que darte una muy mala noticia. Lo mataron a Daniel –me dijo mi padre a través del locutorio de la cárcel, con manos temblorosas y lágrimas en los ojos.

–¿Cómo? –atiné a preguntar.

–Hubo un operativo muy grande cerca de casa. Yo escuché cómo tiraban con todo, me preguntaba a quién estarían matando, y era a Daniel –dijo, y rompió en un llanto desgarrador.

–¿Cómo supiste que era él?

–Me llamaron de la morgue, debió haber sido algún subalterno. Me dijo que tenían un cadáver y el nombre de la madre era Esther Moler. Le pedí que me lo describiera y no había duda, era él. Fue un operativo muy grande; dijeron que allí funcionaba una imprenta, volaron la casa. Murieron varios.

–¿Y los tíos? ¿Y Marcelo, Oscar?

–Se van a España. No los vamos a ver más. La esposa de Daniel está embarazada.

Me senté como un ovillito en la cucheta de la celda y lloré en silencio; ni siquiera me podía acostar porque no era la hora de la siesta. No podía dejar de pensar en las Navidades jugando alrededor del pino enorme de nuestro patio, los fuegos artificiales para fin de año, los partidos de rugby, los libros, los paseos de los domingos, mis tíos, mis primos, mis viejos, mi hermana... ¿Cómo serían nuestras vidas sin Daniel? Le decían "Gulliver", cumplía años el mismo día que mi viejo.

–Me tengo que presentar en la Comisaría 1° de Mar del Plata en 48 horas –le expliqué a mi papá entre abrazos y llantos cuando me vinieron a buscar a Buenos Aires, a la casa de Marita, recién salida de la cárcel de Villa Devoto.

–Te puedo llevar directamente para allá o podemos ir hasta La Plata, a ver a los tíos; se van en unos días a España y ya no los vas a ver por mucho tiempo.

–Los quiero ver.

Mi mamá se oponía, decía que era una locura. Esta vez tenía razón, pero no le hicimos caso. No recuerdo absolutamente nada del viaje de Buenos Aires a La Plata, pero puedo relatar con detalles el encuentro con mi tía. Nos abrazamos fuerte. Lloramos. Me preguntó qué iba hacer. Solo le dije que quería terminar el secundario. Me contó que había nacido el hijo de Daniel, Pablito. Estaba con su mamá, Oscar y Marcelo en España. Ella y mi tío se iban en unos días allá, para no volver. Nos despedimos. Miré de reojo la casa, ya casi desarmada, sin libros, sin arte, sin mate, ni Pinolux.

A medida que corrían los años, a través de los testimonios y las historias que se contaban, nos enteramos de cómo había sido el operativo en que murió Daniel: "la masacre en la casa de 30", tal como se la conoció.

El 24 de noviembre de 1976 la casa en la calle 30 entre 55 y 56, en la que vivían Diana Teruggi y Daniel Mariani con su hija de tres meses, Clara Anahí Mariani, y donde funcionaba la imprenta clandestina de la revista *Evita Montonera*, fue atacada por más de 100 efectivos del Ejército y la Policía Bonaerense. El ataque duró más de cuatro horas y todas las personas adultas que estaban allí ese día fueron asesinadas: Diana Teruggi, Roberto Porfidio, Daniel Mendiburu Eliçabe, Juan Carlos Peiris y Alberto Bossio. Ese día fue secuestrada Clara Anahí Mariani Teruggi.[3]

Cada 23 de septiembre, cumpleaños de mi viejo y Daniel, a mi padre se le llenaban los ojos de lágrimas y todos sabíamos el porqué. Cuando mi papá se enfermó, trató de contarme todo lo que le había quedado pendiente de decirme. Siempre hablaba de Daniel:

–Murió como un valiente, fue al último que abatieron, el que más resistió –admitió con una mezcla de orgullo y tristeza.

–¿Sos vos? ¿Estás acá? –pregunté entre asombrada y emocionada.

–Sí. Estoy pasando unos meses en Argentina, en La Plata. ¿Querés que nos veamos? –me contestó Pablo Mendiburu. Pablito, como le decimos nosotros; el hijo de Daniel.

–Sí, sí, por supuesto. ¿Dónde?

–¿En la casa de diagonal 80?

–Perfecto –contesté como si fuera lo más normal volver a esa casa después de treinta y siete años.

En esos días yo estaba en plena campaña por las elecciones presidenciales de 2015. Tenía agendas abultadas, mis días eran interminables y estaba abocada a la lucha electoral temiendo la posible derrota. Sin embargo, no dudé ni un minuto de ir a La Plata, conocer a Pablito y volver a la casa de diagonal 80. Subí las escaleras, esos escalones de mármol deteriorados por el paso del tiempo, apoyándome en la baranda de madera, ancha, sólida. No corrí como cuando era chiquita. Mientras llegaba al piso tercero entendí por qué decían que no tener ascensor iba a ser un problema para venderla.

Me paré frente a la puerta, no era tan alta como la recordaba, y toqué el timbre. Apareció Pablito, nos abrazamos. Me contuve de mostrar la emoción, tristeza y alegría. Fuimos directamente a la cocina; traté de no mirar la casa; todo de golpe no podía. Nos pusimos a tomar mate, empezamos hablar de cuestiones cotidianas mientras intentaba encontrar rasgos de Daniel en su rostro; no había muchos, los veía más parecidos a los de su tío Marcelo. Él estaba ávido de relatos, historias, trozos de su papá y su familia que fui tratando de completar. No tenía una dimensión de mi relación con los primos y tíos, que se fue perdiendo en los relatos familiares. Le conté que las manchas del techo, que aún se veían en la cocina, se habían formado cuando mi tía quiso hacer dulce de leche casero con una lata de leche consensada: le estalló y las estalactitas lácteas quedaron pendientes del techo por meses.

Empezamos a recorrer la casa. Le iba describiendo dónde estaban las bibliotecas, los libros, el equipo de mate de Carlitos. Me apasionaba en el relato y veía cada cosa que contaba: pasar la mano por estantes vacíos y sentir el cuero de los lomos de los libros y el olor del papel viejo. Faltaban algunos de los *vitreaux*, no muchos. Pablito había instalado equipos de fotografía y computadoras allí donde mi tía desplegaba sus pinturas, pinceles y cerámicas. Me preguntó si me gustaban las lámparas que ella hacía; entre risas le confesé que no, y le conté con detalles cómo las armaba.

Quise ver si seguía en su lugar un azulejo pintado atrás de la puerta en el baño. Sí, estaba intacto. Pablito ni se había dado cuenta de ese detalle. Nunca entendí qué quiso hacer mi tía con esa pintura, pero seguía ahí, perduraba como el olor a Pinolux. Y hubiera jurado que vi las camisetas de rugby embarradas y los botines sucios tirados en el piso.

Nos despedimos con promesas de seguir enhebrando historias. Bajé despacio las escaleras de mármol, sin querer mirar el celular con las urgencias de la campaña. Me faltaba el libro de regalo y lo extrañaba.

---

3 Tomado de "A 39 años de la masacre en la casa de 30", *Andar* (23.11.2015).

# Tragedias griegas

## Visita inesperada

–¿Querés un poco más de carne? –ofrecí, como buena anfitriona.

–Sí, por favor. Está riquísima. Mi abuela la hace igual. Como mi mamá trabaja, ella me cocina casi todos los días. También hago las tareas con mis abuelos, ellos saben mucho. Bueno, mi abuelo se murió hace poco.

Era habitual alojar a chicos de rugby de otras ciudades los fines de semana; lo que no era tan común era que fueran tan verborrágicos como este invitado. Trataba de ser amable, pero confieso que a veces no lo escuchaba y me distraía con otras cosas.

Mi hijo Joaquín era el capitán del equipo de rugby Club Comercial, disfrutaba de estos intercambios y se entusiasmaba aún más cuando le tocaba a él ser el visitante. A los trece años su vida pasaba por este deporte. Le apasionaba, se entrenaba duro y asumía la capitanía del equipo con una responsabilidad que llamaba la atención. Preparaba frases para compartir unos minutos antes del partido, cuando se ponían en ronda y comulgaban todos juntos en ese instante previo al silbato. Lo menos que podía hacer yo era atender muy bien a sus invitados.

–Como mis papás están separados, me quedo mucho con mi abuela Susana –continuó casi sin parar de hablar.

–Ah, ¿y por qué sabe tanto tu abuela? –le pregunté mientras le servía otra porción de carne.

–Ella fue profesora de Geografía y directora de una escuela. Mi abuelo fue jefe o director, o algo así, de la universidad.

Tuve que apoyar la asadera porque perdí la fuerza en las manos. No podía hablar, me sentí mal. Empecé a temblar, sentí miedo. Quería llorar, gritar. No podía ser cierto lo que me estaba pasando. Con el poco aliento que me quedaba le pregunté:

–¿El apellido de tus abuelos es Gallo?

–¡Sí! ¿Los conocés?

–Señora Susana Fittipaldi de Gallo, ¿qué cargo ocupaba usted cuando ocurrieron los hechos que acá se están investigando? –le preguntó el juez de la Cámara Federal de La Plata, en el marco del Juicio por la Verdad, en 2001.

–Vicedirectora de la escuela de Bellas Artes, colegio dependiente de la Universidad Nacional de La Plata. Asumí el cargo de regente en junio de 1976, y luego mi puesto pasó a llamarse "vicedirectora", sin que se alterasen las funciones. Fui incorporada cuando había marinos en la universidad, pero yo no conocía a nadie.

–¿Usted tenía algún conocimiento sobre el destino de los estudiantes desaparecidos, en especial los que asistían a su colegio: Claudia Falcone, Francisco López Muntaner, Emilce Moler y Patricia Miranda?

–Cuando empezaron a faltar los chicos les poníamos ausente pensando que no venían por una enfermedad, o porque tenían que faltar, o querían faltar; para colmo coincidía con el día de la primavera, porque los chicos generalmente salen y, bueno, podían faltar así...

–¿Hizo alguna gestión?

–Comuniqué la ausencia de ellos a la secretaría académica de la universidad. Después nos enteramos de que estaban demorados, pero no sabía nada más. Además, los padres de

los desaparecidos nunca vinieron a preguntarme si tenía alguna información.

–¿Usted cumplía con las normativas que prohibieron la realización de asambleas en los colegios secundarios durante la dictadura?

–No les cortamos ninguna manifestación, tampoco ellos lo pidieron. No había asambleas de alumnos. Si ellos querían reunirse por problemas eminentemente didácticos, los dejábamos. Distinto si era político.

–¿Estaba enterada de la desaparición de profesores del colegio de Bellas Artes?

–No.

–¿Se enteró de la desaparición de la profesora Irma Zucchi, ex directora del colegio?

–No recuerdo que la mencionada profesora estuviera dirigiendo el colegio.

Su marido, el veterinario Guillermo Gallo, interventor de la Universidad Nacional de La Plata desde el 14 de septiembre de 1976 hasta fines de la dictadura, también declaró en el Juicio por la Verdad, en 1999, y reconoció que "existía una fluida relación con las autoridades en ese momento". "Nuestra meta, tal como la explicaba el Acta fijando el propósito y los objetivos básicos para el Proceso de Reorganización Nacional el 24 de marzo de 1976, era, entre otras, erradicar la subversión", dejó asentado Gallo en la Memoria 1976-1982 de la UNLP.

–Me suenan sus nombres –contesté entrecortado. No pude seguir en la mesa. Me fui al dormitorio. Fernando, que también conocía bien a los Gallo y se dio cuenta de lo que pasaba, continuó como pudo al mando de la cena. Tampoco quise escuchar cuando llamó a su mamá y a su abuela para decirle que había llegado bien y que estaba con una familia muy buena.

En la habitación al lado de mi dormitorio tenía al nieto de los principales cómplices de las desapariciones de estudiantes en la ciudad de La Plata. Era un chico de trece años, ¿qué iba hacer? ¿Debía contarle quién era su abuela Susana, esa que le cocinaba rico, y su abuelo Guillermo, ese que sabía tanto? ¿O escribirle en un papel una cartita para Susana con los nombres de los desaparecidos? También podía utilizar las viejas estrategias de comunicación de la dictadura, cuando te bombardeaban en la radio y en la televisión con la pregunta "¿Usted sabe dónde está su hijo?", y llamar a la de Gallo para preguntarle si sabía dónde estaba su nieto. No hice nada. Sabía que si recorría ese camino me iba a arrepentir.

El fin de semana transcurrió igual que con otros con chicos de intercambio en casa. Joaquín estrechó buenos vínculos con ese gordito simpático, que tenía una tarjeta Banelco con la que sacaba plata y les compraba juguetes y golosinas, ante el asombro de todos los pibes de su edad. A Joaco le hizo un regalo especial por el hospedaje, que le encantó: una pelota de rugby chiquita, una guinda, que entraba en la palma de una mano.

Vinieron los partidos de rugby, el tercer tiempo, buscar los bolsos, la despedida, las promesas de volver a verse. Se despidió muy cariñoso. Le di un beso sin decir nada. Ya estaba saliendo del departamento para subirse al ascensor y sentía que se me iba una posibilidad chiquita de justicia. Dudé. No sé si lo pensé. Pero le dije:

–Saludos a tu abuela Susana.

–¿Ella te conoce?

–Vos mandale saludos de parte de Emilce Moler. Sí, seguro que se va a acordar, y de mis amigos también…

–¡Qué bueno! Le voy a decir.

Cerré la puerta del ascensor y me quedé pensando en la cara de la de Gallo si su nieto le mandaba mis saludos.

### Estamos invitados a tomar el té

Me gustaba ir a estudiar a la casa de Claudia S. La mamá nos servía el té en tazas blancas con bordes dorados finos y motivos florales delicados, estilo inglés. Siempre con galletitas,

facturas y tortas caseras que, aunque le implorábamos que no las hiciera debido a nuestras dietas, ella insistía y nosotras sucumbíamos a la tentación. No faltaba nada en la mesa: vajilla adecuada, tetera, jarrita para la leche y servilletas de tela haciendo juego.

Casi todas las tardes en que nos reuníamos a estudiar se repetía esta ceremonia. La mamá de Claudia S. era una señora muy amable, rubia, con sus dos hijas rubias, ama de casa, que se desvivía por atendernos cuando nos instalábamos varias horas. Parecía que casi era su única actividad; el marido andaba mucho de viaje por trabajo. El departamento en el centro de Mar del Plata lucía impecable. Era confortable estar ahí.

Claudia S. se fue uniendo a Perla y a mí para estudiar casi sin que nos diésemos cuenta. En la facultad, cuando nos poníamos en ronda para hacer ejercicios, ella estaba en silencio anotando todo; no aportaba demasiado ni molestaba, casi invisible. Y cuando la mayoría de las compañeras se iban, se quedaba con nosotras; siempre tenía alguna duda extra, pero a veces le costaba preguntar. Hablaba como si estuviera nerviosa; movía la melena rubia cuando gesticulaba y se acomodaba sistemáticamente los lentes redondos, pequeños, que se le caían de su nariz pecosa y respingada. Cuando hacía preguntas eran buenas. A veces nos sorprendía resolviendo algunos ejercicios que no habíamos podido responder. Me parecía un poco rara, pero eso decían casi todos también de mí, así que la aceptaba con sus rarezas.

Una vez a la salida de clase nos invitó a estudiar a su casa. Perla aceptó encantada. Yo evalué si trasgredía alguna norma, pero me pareció que no había peligro. Lo confirmé cuando la mamá nos recibió con tanta amabilidad. Su hermana menor estudiaba en una escuela de monjas: una casa en la que no había indicios de conflictos, donde todo era tranquilidad.

En ese tiempo yo me conectaba con las personas como un felino, acercándome de a poco, con los sentidos alerta, con dudas y miedos. Trataba de actuar con naturalidad para esquivar preguntas de mi pasado y que no se notara que estaba con libertad vigilada. Me había costado convencer a los de la SIDE de que me dejaran estudiar Matemática y no quería perder esa oportunidad. Esta casa me hacía acordar a mis compañeras del Eucarístico, a la otra vida que pude haber tenido.

Una tarde en que luchaba con la demostración del teorema de Ruffini, y ni el té ni las tortas calmaban mi ansiedad, comencé a caminar por la habitación de Claudia S., donde estábamos estudiando, para distraerme un poco. Miraba los libros en los estantes, cuentos infantiles muy bien conservados: *El Cid Campeador*, *Mi planta de naranja lima*, cuentos de Poldy Bird. Sobre las repisas tenía acomodados en cajas de colores collares, aros, pulseras, perfumes. En tarjeteros, los recuerdos de invitaciones de fiestas de quince y *souvenirs*, alhajeros con tarjetas infantiles y adolescentes. Había portarretratos con las típicas fotos familiares de los cuatro: jardín, primaria, viaje a Bariloche, cumpleaños, baile de egresados….

Una caja me llamó la atención. Más grande, tapizada con una tela marrón corroída, las puntas rotas. No encajaba en esos estantes. Quizás guardaban algunas fotos viejas de familia, un pedazo de traje de novia, un libro… No aguanté la tentación y la abrí.

–¡Claudia, hay un arma en esta caja! –grité con voz alterada.

–Ah, sí, es de mi papá, siempre me dice que no la toque –me contestó con naturalidad, casi sin levantar la vista y sin distraerse de sus cálculos.

–¿Y qué hace tu papá? ¿Por qué tiene un arma?

–Es policía, estuvo en el norte peleando contra la guerrilla y la subversión.

Con el tiempo, el papá de Claudia S. integró la lista de represores enjuiciados y condenados. Supe que, cuando esto se conoció, la mamá se separó y lo repudió. Tardé años en poder explicarle a Perla por qué no quería ir más a lo de Claudia S. a tomar el té, con esas tazas lindas y esas ricas tortas.

# Leche chocolatada

El televisor del living estaba encendido, como casi siempre, en la casa de Mariana, que heredó mi vicio telemaníaco.

–Mirá, mamá, las Madres de Plaza de Mayo –dijo Malena, mientras tomaba la leche chocolatada en la mesa ratona y armaba un rompecabezas.

Eran las vísperas del 24 de marzo y en el jardín le habían hablado del tema. Mariana dudó, era un buen momento. Buscó las palabras, las encontró –esas que siempre encuentra– y le contó que la abuela había estado presa.

–Ay, mamá, con eso que me contaste me partiste el corazón –le dijo Malena con sus bigotes de chocolate.

Al rato volvió a su rompecabezas con la tele de fondo.

Sentada frente al televisor, en su banquito tapizado con dibujos de los Picapiedras, Mariana tomaba la leche chocolatada en su taza de Frutillitas y miraba *La familia Ingalls*. La bebé, Pilar, dormía en el cochecito. Me preparé unos mates y me apuré a planchar una ropa de las nenas que perfumaba con gotitas de colonia Johnson's.

–¡Mamá! Se lo llevan preso al papá, pobre… –se desesperó, mientras movía las colitas asimétricas y trataba de limpiar con la lengua los bigotes de chocolate.

–Quedate tranquila, seguro que se va a arreglar.

Dudé. ¿Sería el momento? Tenía apenas cinco años. Sentí que, si no se lo decía en ese momento, la estaba engañando; que le ocultaba algo, que no era sincera. Tenía ganas de contárselo, pero tenía miedo: ¿Y si le hacía mal? No podía esperar a preguntarle a Fernando a la noche, era una eternidad. En aquellos años no se hablaba en las escuelas de esos temas. No había libros, dibujos ni películas que ayudaran a narrar el genocidio a los chicos. Yo no conocía conceptos como pedagogía de la memoria, ni siquiera había transitado los intensos debates sobre efectos de los relatos en primera persona. Las charlas entre los pocos amigos en aquellos años solo expresaban dudas, pero ninguna certeza sobre cómo abordar esto temas.

Fueron solo segundos; me manejé con mi impulso, con lo que sentía, como casi siempre.

–Yo también estuve presa.

Me sonrojé, como si contara algo vergonzoso. Le hablé tranquila mientras seguía planchando y tomaba mate. Usé algunas metáforas, evité detalles y, como si contara un cuento con otra protagonista, fueron saliendo las palabras. La injusta cárcel del señor Charles Ingalls me ayudó en el relato. Fue más fácil de lo que pensaba.

Se levantó corriendo. Me abrazó, me estampó un beso en la remera a la altura de la panza dejándome una mancha de chocolate y se fue a su pieza. Volvió con un montón de muñecas.

–¿Vamos a jugar a la maestra y dale que esta se portaba mal y teníamos que llamar a la mamá para contarle?

–¡Dale!

Fue la misma Mariana, con sus dotes docentes, quien a lo largo de los años encontró las palabras, esas que siempre encuentra, para contarles la historia a Pilar, Joaquín y Malena.

# Esa noche: riñoncitos, aljibe y gamulán

Las luces en la cara y el humo de cigarrillo no me dejaban ver. Tenía taquicardia. Le apretaba fuerte la mano a mi compañera y sentía que la voz no me iba a salir, menos aún una sonrisa.

–¡Ahora! ¡Ya! –me gritaron.

La primera vez que los compañeros de sexto año de Bellas Artes me invitaron a participar les dije que no, que era tímida, que no me iba a animar.

–Sos ideal para este personaje, tenés que ser vos.

Claro, cómo no iba a ser la adecuada. Mis trece años, mis cuarenta y cinco kilos, mis jeans ajustados, mocasines sin taco, remera rayadita de cuello redondo, hacían que fuera la elegida. Sin ningún rasgo aún de adolescente, ni formas incipientes, ni redondeces, ni siquiera acné. Necesitaban que se interpretara el papel de una nena, y yo era "la ideal". Al final, acepté. No pude negarme al pedido de actuar en la mítica fiesta de la primavera de Bellas Artes.

El salón de actos estaba repleto de estudiantes y profesores. Se oían voces, risas, aplausos. Las autoridades de la escuela siempre estaban un poco nerviosas en esas fiestas. Se sabía que entre los sketches y los chistes se iban a colar críticas al bachillerato, posiciones contestatarias, proclamas políticas, denuncias a algún profesor o a los directivos. Esa era la gracia: humor y rebeldía. Debían estar atentos a que no se descontrolara más de la cuenta. Ese año había sido muy movido; en la resquebrajada dictadura de Lanusse las críticas se colaban por todos lados y ese era un buen lugar.

Los de sexto iban a dramatizar la canción de Piero, *La del televisor,* toda una trasgresión para esos años. Después de la primera estrofa tenía que entrar yo y decir unas palabras, disfrazada de nena.

–¡Ahora! ¡Ya! –me gritaron.

Salí a escena. A pesar de los nervios, pude sonreír y decir el breve texto de "Nu y Eve, las mellicitas del Nueve". Sentí las carcajadas del público y eso me tranquilizó. Durante varios años en Bellas Artes fui "la nena de la canción", una buena identidad para atravesar los torbellinos de la adolescencia.

Ahora nos tocaba a nosotros, los de quinto, organizar la fiesta. Miraba el salón de actos y no lo reconocía. Oscuro, en silencio, sin banderas, con un preceptor en la puerta observando todos nuestros movimientos. Hablábamos en voz baja, no queríamos festejar un carajo, pero las autoridades nos presionaban y decir que no en el año 1976 no era gratis.

Yo estaba ausente. Miraba desde el escenario los rincones del salón: la butaca donde aprendí qué quería decir "Perón Vuelve", en la que me había sentado a mirar *La hora de los hornos*; el pasillo donde me habían convencido de que tenía que ser revolucionaria, la puerta donde me habían agarrado una mano y me enamoré por cinco minutos… En pocos meses todo había cambiado, y yo también.

Un compañero llegó corriendo y me llamó aparte. Me fui atrás del telón y recibí la peor noticia: se habían llevado a Claudia Falcone y a María Clara Ciocchini. Las habían secuestrado en la casa de una tía de Claudia, donde las dos dormían algunas noches a falta de un lugar más seguro. Miré el escenario, a mis compañeros; le hice una seña a Alejandra para que me siguiera y nos fuimos de la escuela.

–¿Qué vas a hacer? –me preguntó.

–No sé, ni idea –contesté.

–Yo me voy a lo de mi abuela, a mi casa no vuelvo ni loca –dijo ella.

Nos despedimos. Era el mediodía del 16 de septiembre. Caminé unas cuadras sin saber adónde ir. No tenía más lugares para refugiarme. La noticia de la detención de las chicas me desmoronó. Había estado con ellas el día anterior programando la próxima actividad. No podía volver a mi casa, pero tampoco tenía otro lugar. Se habían agotado las viviendas de los pocos amigos y familiares que me habían dejado pasar una noche; porque solo pedía eso: pasar una noche. Las puertas se me cerraban en la cara. Venía de varios meses de dormir afuera, alertada por los operativos en los que empezaban a caer compañeros.

La última experiencia de parar en una pensión había sido devastadora. Entraba sin que me vieran porque era menor. Dormíamos tres compañeras en una misma cama. No teníamos cómo paliar el frío y el calefón eléctrico solo largaba un chorrito de agua hirviendo, imposible de regular. Esos días no iba a la escuela, me quedaba encerrada en la pieza hasta la hora de las citas de control o alguna que otra actividad, cada vez más escasas. Las horas se me hacían eternas, aprovechaba para estudiar con la ilusión de poder volver a la escuela y rendir los exámenes. Extrañaba mi dormitorio. Desde la muerte de mi abuela, tenía uno para mi sola. Sobre la mesa de luz había quedado su velador. Era de mármol, tenía forma de aljibe, y en el balde yo guardaba mis aritos de perlas. Cada vez que volvía a casa sentía más mullida la cama de hierro y me dormía mirando ese aljibe, pensando en mi abuela.

Ya no tenía más fuerzas para seguir yirando. Lo más extraño era que, a pesar de todo, nunca pensé en dejar de militar. Quería negar la realidad. Solo pensaba en acostarme en mi cama mirando el aljibe. Busqué un teléfono público y llamé a mi viejo para que me viniera a buscar.

–Nos vamos a Mar del Plata por un tiempo –me propuso.

–No puedo dejar ahora a los compañeros. Pensemos otra cosa.

Se enojó mucho, me gritó. Yo no tenía ni fuerzas para pelearlo, pero no me movía de mi posición. Nos fuimos a tomar un café.

–Si te quedás en La Plata, te venís a casa, no podés seguir yirando. Si te encuentran en una pensión, ¿qué vas a decir?, ¿cómo vas a explicar que no estás con tu familia? Yo no creo que se metan en la casa de un policía, vas a estar más segura con nosotros.

Y yo quise creerle.

–Bueno, vamos a casa.

Esa noche vino a cenar Fernando, mi novio. No venía casi nunca, pero esa noche era especial. Teníamos que hablar sobre cómo iban a seguir las cosas, qué íbamos a hacer, si iba a volver a la escuela.

En la cena mi viejo hablaba poco. Partía los grisines con tensión. Se deslizaban reproches contenidos y medias palabras. Ni siquiera comimos los riñoncitos con arroz que mi mamá había cocinado. Siempre lo lamenté: hubiese sido mi última comida decente por mucho tiempo. Nos despedimos con Fernando prometiéndonos cuidarnos, pero sabíamos que era muy difícil de cumplir. Al acostarme, me di cuenta de que habían quedado en mi cartera unos volantes. Los puse debajo de la frazada.

A las pocas horas me desperté sobresaltada por gritos de hombres y golpes fuertes. Fui corriendo al living. Había varios hombres grandotes encapuchados, con armas. Lo vi a mi papá contra la pared, su cara desencajada, impotente, desesperado. No le dejaban dar vuelta la cabeza, trataba de mirarme, de protegerme con su mirada, y en cada intento el encapuchado le pegaba culatazos. Apuntaban a mi hermana que estaba en la cama y no había llegado a levantarse. Mi mamá me vio y salió a abrazarme, desoyendo los gritos de los hombres armados.

–Soy comisario inspector –gritaba mi viejo.

Se le reían en la cara, lo degradaban, lo insultaban.

–¿Quién es la estudiante de Bellas Artes? –preguntó uno de los encapuchados.

–Yo –contesté parada enfrente de ellos, con mi piyama a rayitas rosa y blanco.

–Pero esta es una nena –se dijeron entre ellos.

–¿Y vos? ¿Cuántos años tenés? ¿Qué estudias? –increparon a mi hermana apuntándole.

–Tengo veintidós años, estudio Filosofía.

Y en un diálogo absurdo entre los encapuchados se jugaron nuestras vidas:

–Debe ser esta –señalando a Analía.

–No, no, era de Bella Artes.

–Llevemos a las dos.

–No hay lugar. Llevemos a la de Bellas Artes.

Me ordenaron ir con ellos. Mi mamá les pidió que me dejaran vestir; accedieron de mala gana. Ella me acompañó hasta el dormitorio. Las dos temblábamos. Me puse lo primero que encontré arriba de la cama. Cuando moví la frazada vi los volantes. Los manoteé y los metí en el camisón de mi mamá. Todavía me acuerdo su mirada desencajada. Miré la ventana, calculé escaparme por ahí, salir corriendo por el patio, saltar la pared. Si me mataban no me importaba, no me iba a entregar. Pensé en mis viejos, en mi hermana: la podían pasar mal. Quedé paralizada. Mi mamá intuyó lo que estaba pensando, me agarró del brazo y me dijo:

–Tomá, llévate un abrigo –y me puso el gamulán, regalo de mis quince años.

Los encapuchados seguían apuntando a mi papá y a mi hermana.

–¿A dónde la llevan? ¿Qué le van a hacer? –gritaba mi viejo.

Afuera había varios autos mal estacionados. Le pegué un vistazo a la calle, a la vereda. La de la rayuela, la del elástico, la de la rambla de la calle 19. Fue lo último que vi. Me metieron en el asiento de atrás. Me ataron las manos, me pusieron un pulóver en la cabeza y me hicieron doblar hacia adelante. Un encapuchado me sostenía la cabeza para abajo y hablaba solo, con tono "paternal":

–Yo no sé qué les dan a estos boludos. ¿Miel? Caen todos como moscas. Mirá, piba, cómo te cagaste la vida. Mirá que sos boluda, meterte en estas cosas, que lo parió…

Los autos arrancaron, continuaba la cacería. Paramos en una casa, escuché gritos, golpes de puertas. Reconocí que estábamos en la casa de Alejandra. Me quedé tranquila, ella no estaba ahí. Maltrataron a la familia, pero no se llevaron a nadie.

Continuó el recorrido. Paramos en otra casa que no podía identificar. Cuando me di cuenta de que estaban secuestrando a Patricia no entendí nada. Ella no era militante de ninguna agrupación, ni comulgaba con nuestras ideas. ¿Por qué a ella? Nunca lo pudimos saber.

Seguimos andando en el auto hasta que entramos en un camino de tierra donde se abría una especie de portón. Nos bajaron. Con el tiempo supe que era el Pozo de Arana.

–¿Es cierto que sos la hija de Moler? –me preguntó alguien.

–Sí.

–Pero mirá que sos boluda, hacerle esto a tu viejo…

Me arrastraron a una habitación. Me hicieron desnudar totalmente, me ataron de nuevo las manos. Sentía voces, no podía identificar a nadie. Me sacaron el pulóver y me vendaron fuerte los ojos. No veía nada.

Se me acercó un hombre, por la voz me daba cuenta de que era alto. También utilizó, al principio, el lenguaje "paternal" y me aconsejó que si colaboraba iba a salir rápido.

–¿Dónde están las armas?

–No sé.

–Dale, piba, no te hagas la boluda.

Y así siguió, queriéndome sacar información. Hasta que perdió la paciencia. Me dio una cachetada tan fuerte que me hizo caer al piso. No sentía la cara.

–Ya vas a ver lo que es bueno, pendeja de mierda. Llévensela, métanla en la parrilla y le dan "máquina" –gritaba mientras me pateaba.

Menos luces, sin humo de cigarrillo, con el mismo temblor de piernas y la taquicardia a flor de piel. Otra vez parada en el mítico salón de actos con un micrófono en mano. Las banderas políticas fueron cambiadas por las fotos de los compañeros desaparecidos. Los alumnos estaban más quietos, no se escuchaban gritos ni risas. Las autoridades de turno

participaban del acto un poco nerviosas; hay cosas que no cambian. Y como si escuchara que alguien me gritaba "¡Ahora! ¡Ya!", empecé hablar ante cientos de estudiantes secundarios del bachillerato de Bellas Artes en el acto homenaje a los desparecidos de la escuela:

–Hace veinte años yo estaba parada acá, organizando la fiesta de la primavera, cuando me avisaron que habían secuestrado a Claudia y María Clara…

# Tengo que apurarme a escribir

Quizás debería esperar a escribir este relato. Falta tan poco para que lo modifique, le agregue cosas o quizás lo tire, que mejor me convendría esperar. Pero no puedo, al contrario, me urge hacerlo ahora, ya mismo, con lo que tengo, con lo que me sale, con lo que guardé tantos años. Sí, me tengo que apurar. En apenas dos semanas, más de 300 ex presas políticas de la cárcel de Villa Devoto nos vamos a reencontrar en Buenos Aires por primera vez.

Los mensajes de WhatsApp de las organizadoras no paran, me inundan, me apabullan, evocan historias casi olvidadas. No quiero leerlos, pero me tiento y los miro a todos. Algunas anécdotas apenas las reconozco. Tengo miedo de que esos recuerdos interfieran con los míos, que la memoria me juegue una mala pasada y agregue a mis relatos historias prestadas, distorsionadas. Cada pabellón, cada piso, cada celda era un mundo. ¿Se van a amalgamar los recuerdos colectivos con los individuales? ¿Me sentiré identificada? ¿Los podré reconocer como míos? Sí, sí, me tengo que apurar a escribir, pero me trabo. Quizás porque Devoto me significa tiempos muertos, estirar las actividades para que llegara la noche, la nada… y este apuro choca con esas sensaciones: apuro y cárcel no son compatibles.

Ya aparecieron historias con las celadoras. Las "bichas", les decíamos. Muchas ironías, humor negro: nuestra válvula de escape de esos días. Se cuentan diálogos con las bichas, cómo las desafiábamos, discusiones políticas, sus insultos. Tengo vagos recuerdos. No los quiero mezclar. No me acuerdo de haberlas peleado. Yo nunca hablé con ellas, salvo lo mínimo. Algunas, al verme tan chica, querían congraciarse y me preguntaban por qué estaba presa; yo solo emitía una pequeña mueca, como una sonrisa y nada más. No quería tener ninguna relación, solo las miraba, me entretenía observarlas.

A la mañana, muy temprano, nos parábamos enfrente de nuestra cucheta y pasaban las bichas a hacer el recuento, caminando por entre nosotras. Casi siempre me hacían alguna observación sobre la cama que estaba mal hecha; yo ponía esfuerzo en tenderla mejor pero no lo lograba. Algunas, desde tempranito, se esforzaban en hacernos sentir mal todo el tiempo: "¡Subversivas!, ¡a levantarse!", era uno de los dulces despertares. Otras hacían la tarea como autómatas y yo se los agradecía profundamente.

Las miraba con detenimiento a pesar de estar medio dormida. Observaba sus rodetes, sus horquillas, sus maquillajes, zapatos abotinados, medias de *stretch* gruesas, polleras grises y, a pesar del uniforme, se veían las diferencias. Algunas se delineaban los ojos o se pintaban los labios, otras a cara lavada; peinados cuidados, cola de caballo o las raíces crecidas sin tintura. Flacas, gordas, panzonas, encorvadas, erguidas; las escudriñaba y me inventaba novelas de la vida de cada una que, por supuesto, nunca pude comprobar.

Olía sus perfumes cuando pasaban cerca. Era el único aroma relativamente agradable que pude oler durante meses, en especial después de que no tuvimos más visitas de contacto. Cuando se ponían perfumes feos o fuertes me perdía la oportunidad de oler algo agradable ese día. ¿Cómo habían llegado a hacer ese trabajo espantoso? ¿Qué placer les proporcionaba tratarnos mal? ¿Qué les contarían a sus familias de nosotras? Quizás alguna tenía una hija de mi edad que en ese momento estaría contenta de que su mamá tuviera presas a las subversivas.

Seguro que en el encuentro surgirán muchas historias de las bichas, me dije. Yo no tengo ninguna en especial, simplemente no les hablaba.

Los mensajes de WhatsApp llegan todo el tiempo. No paran. Inútil silenciar el celular, el

punto rojo indica que hay 10, 30, más de 120... Imposible leerlos, pero les doy una mirada y me detengo en alguno. Hay compañeras nocturnas, otras madrugadoras; las que mandan fotos, audios, invitaciones, textos, catarsis. Se intenta organizar el encuentro, es difícil, hay más indisciplinadas que obedientes. Ya aparecieron los recuerdos de los tostados con queso –los "Carlitos"–, el mate cocido y los postrecitos de pan con leche y azúcar, toda una exquisitez para ese lugar. De eso sí todas nos acordamos.

Cada mensaje me evoca sensaciones de ese encierro. Sonidos, olores, imágenes. El oído se me había agudizado y reconocía el ruido de apertura de los primeros candados de las rejas lejanas, las ruedas del carro con los tachos donde traían el mate cocido, agua sucia, pero me lo tomaba hasta el fondo, hasta el polvillo y creo que me gustaba. Cuando se podía le ponía leche en polvo y azúcar; pequeños lujos. Se servía en un jarro de metal, el mismo que se usaba para golpear las rejas a modo de protesta cuando debíamos denunciar alguna requisa vejatoria, algún traslado o un trato abusivo; el temible y ensordecedor "jarreo". Las que tenían vozarrones más fuertes se trepaban a las rejas y gritaban: "Vecinos de Villa Devoto, avisen a los familiares". Siempre me quedó la duda si alguien habrá hecho algo para ayudarnos.

Las que teníamos posibilidades de visitas y de que nos depositaran dinero podíamos hacer compras en la proveeduría del penal: leche en polvo, queso, mermelada y hasta un calentador a kerosene que nos permitía tostar el pan, que era realmente espantoso, agrio y gomoso. El olor a tostadas me alegraba la mañana, y no me quedó ningún trauma. Hoy me sigue gustando, igual que los "Carlitos" y los budines de pan.

Entre bromas y chistes se cuelan por el *chat* los recuerdos de los guisos acuosos, con pocas verduras flotando y casi sin carne. Yo me los comía rápido, antes de que se solidificara la grasa y fuese imposible de tragar. Más de una vez terminaba comiendo pan, porque en Devoto viví el refrán "cuando hay hambre no hay pan duro", pero es horrible.

Cada compañera que se agrega al grupo de WhatsApp despierta alegrías, emociones, abrazos y casi siempre la pregunta obligada: ¿En qué pabellón estabas?; casi una marca de identidad. Aparecen varios nombres que se saludan muy afectuosamente, pero yo no las recuerdo. ¿Quiénes se acordarán de mí? Yo pasaba muy desapercibida esos días entre los pabellones, o por lo menos así lo sentía yo. No protagonicé rebeliones heroicas, ni acciones singulares, ni sucesos que fueran a pasar a la historia; solo trataba de transitar mis días, y eso solo ya me costaba bastante.

Me da la sensación de que todas se conocen. ¿Será así? Me parece que la memoria colectiva se filtra en las individuales. No quiero leer más nombres. Cada nombre es más que eso; es la cara de aquellos años, recuerdos, su mirada en el pabellón, su historia triste, mis charlas. Me sumerjo en recuerdos que no tenía pensado contar, pero no quiero desviarme.

¿Reconoceré a las compañeras que marcaron mis recuerdos en el penal? Hago trampa y busco sus fotos en los perfiles de las redes sociales. No lo quiero hacer, pero no lo puedo evitar. Quiero escribir con las imágenes de las caras de aquellos años. Ay, no puedo; ya se me empiezan a fusionar las imágenes. No, no tenían anteojos, ni canas, ni arrugas, ni se teñían el pelo. Las recuerdo jóvenes; cabellos negros, rubios y miradas claras.

Ya tengo que terminar este texto, no lo puedo continuar más, se me mezclan las cosas. Estoy nerviosa por el encuentro, me inquieta pensar con quien me reencontraré. ¿Me emocionaré tanto como dicen algunas compañeras? Se están formando equipos médicos y psicológicos para contención. ¿Será necesario? Me siento un poco insensible. De algo estoy segura: No me voy a encontrar con nadie que supiera mi secreto de las cartas. Solo dos amigas lo conocían, no era tiempo de divulgar cosas que te podían llevar a sanciones, y ellas no van a poder ir.

Podíamos escribir cartas solo a familiares directos. Desde el primer día establecimos un código con mi familia: mi viejo le cedía su lugar a Fernando para escribirme, se iba hacer pasar por mi papá. Habíamos creado un personaje, el tío José, que era un muchacho joven, y así me contaba lo que hacía cotidianamente, como jugar al fútbol, trabajar en un banco o salir con los pocos amigos con que podía verse.

Después de desayunar, me iba a la cucheta de arriba, me apoyaba en la pared, ponía la

almohada sobre mis rodillas a modo de mesa, buscaba algo para apoyar la hoja de carta y delineaba con cuidado cada palabra, cada relato, cada sentimiento. Buscaba un equilibrio, quería contar lo que vivía, pero no quería que sufrieran quienes me leyeran; tampoco podía hacer denuncias fuertes de lo que nos pasaba porque leían cada palabra. Le ponían un riguroso "Censurado" a cada hoja, como para que no quedaran dudas. En ese momento me evadía, me trasportaba, me permitía conectarme un poco con el afuera sin que me doliera tanto, me gustaba ese pequeño espacio de libertad.

A muchas de estas cartas las conservo y cada tanto las releo: una caligrafía perfecta, redonda, sin faltas de ortografía; un equilibrio emocional que no puedo entender cómo lograba. Leo lo que contaba en las cartas y no coincide con mis sensaciones de padecimiento: tenía una manera edulcorada de contar todo, muy pocas quejas, pensamientos esperanzadores que no sé de dónde los sacaba. ¿Por qué lo hice? ¿Seguía con responsabilidad militante? ¿Culpa? ¿Sentía que no podían escuchar mi dolor? Mucha abnegación, demasiada para una piba de diecisiete años.

Mis cartas eran aburridas, descriptivas, lineales; como la vida misma en esos días. "Mi papá" me contaba alguna película que habían estrenado para mantenerme informada, y detallaba minuciosamente las actividades del "tío José". Pero también moderaba sus palabras, sus entusiasmos; era cuidadoso, porque sabía que el exterior me dolía. Mi vieja prefería enviarme tarjetas postales. Elegía fotos de playas que sabía que me encantaban; las colgaba en la cucheta, pero a veces me dolía mirar ese afuera. Releo las que me mandaba "mi papá" y me resuenan las risas de mis amigas que sabían el secreto. Era una relación demasiado edípica para esos lugares, pero nunca me descubrieron. Una pequeña victoria de resistencia.

Ahora escribo sobre lo que escribía. Miro la computadora y me veo en la cucheta. Siento cosas comunes al escribir, esos espacios de fuga, de privacidad, de levantar la cabeza mirando sin ver; antes paredones y ahora, cuarenta años después, la ventana de un bar.

Surgen los cuentos de las letrinas, cuando algunas compañeras hablaban y se enviaban cosas por esas cañerías. Yo no lo hice nunca. Una de mis trasgresiones fue jugar a las cartas y a los dados, que estaba absolutamente prohibido. En realidad, me entretenía más hacerlos que jugar. Amasaba los dados con la miga de pan, lo sabía hacer muy bien porque mi viejo tenía esa manía: hacer bolitas de pan muy alisadas. Así que recordé la técnica y hacía unos cubos muy pequeños, con aristas rectas y con la punta de una lapicera le ponía los puntos. Las cartas las hacíamos con los envases de cartón de la leche en polvo. Una compañera las cortaba en no más de cinco centímetros y yo dibujaba con esmero las espadas, los oros, las copas y los bastos. Los reyes se me complicaban un poco: los simplificaba.

Lo más importante era que nunca encontraran esos peligrosos elementos del azar. Nos rotábamos para guardarlos. Cuando me tocaba a mí, debía estar muy atenta por si venía una requisa. Me pasó dos veces: en una me tragué los dados, no fue tan malo, pero digerir las cartas fue complicado. Se me pegaban en el paladar y las bichas estaban atentas, me atragantaba y no podía hacer ningún gesto, las lágrimas me asomaban, tenía que aguantar, hacer fuerza con la lengua y mantener una cara impávida. Pasó, lo tragué y zafé. Uf… al otro día a empezar la tarea de nuevo, qué iba a hacer… El tedio podía más que los atragantamientos.

En los mensajes aparecen recuerdos de obras de teatros, sketches, cantos y bailes. Obviamente todo eso estaba prohibido, pero hecha la ley, hecha la trampa, y de eso sí que habíamos aprendido. Yo me dediqué al canto. Formamos un cuarteto: Los Soles del Norte. En mi querido cuaderno rojo aún guardo las letras de las canciones que ensayábamos y actuábamos para ocasiones especiales como cumpleaños y fiestas. Usábamos guardias "amigables" y campanas atentas. Me encantaba cantar con Alicia, Cristina y no me puedo acordar quién era la cuarta. Obviamente hacíamos folclore y mi preferida era *Viene clareando*, de Atahualpa. En especial me divertía cuando cantábamos con letras inventadas, haciendo humor sobre situaciones cotidianas que nos pasaban. Los momentos de risas valían mucho. ¿Estará alguna compañera de Los Soles en el encuentro? ¿Alguien más se acordará de esos cantos?

Llueven los WhatsApp con felicitaciones de cumpleaños para las distintas compañeras. Cumplen setenta, setenta y cinco, sesenta y cinco… casi todas más grandes que yo. Hoy no se notan tanto esas diferencias, pero a esa edad era mucho. Había abogadas, docentes, profesionales, amas de casa, todas con sus vidas organizadas; en cambio, yo no había hecho mucho.

"Ana tiene el triple de la edad que tiene ahora, ¿qué edad tendrá entonces?", nos desafió una compañera para entretener una tarde aburrida.

–Quince años –gritó Cristina desde su cucheta, mientras yo hacía cálculos sin éxito.

La miré asombrada y con admiración.

–Vení que te explico.

Y así fue, esta profesora de Matemática devenida en presa política me enseñó cómo utilizar las ecuaciones para despejar estos acertijos. Me fascinó. Le pedí que me diera más, había encontrado otra actividad para entretenerme, y me encantaba. Nadie me lo podía prohibir: lápiz, papel y mi voluntad. Después de varios intentos me dejaron entrar el tradicional libro de Matemática de Repetto-Fesquet, que nos permitió avanzar más. Las horas se me pasaban más rápido. Cambié los juegos de azar por esto. Siempre estuve eternamente agradecida a Cristina por esta herramienta de rescate para Devoto, para la vida.

El encuentro se acerca y los nervios de las compañeras crecen y me ponen tensa. Nos vamos a encontrar primero en el Obelisco y luego vamos a ir caminando hasta el hotel Bauen. Nos piden que nos pongamos cartelitos para reconocernos. Surgen chistes sobre lo viejas que estamos y recuerdos de cómo nos embellecíamos en la cárcel.

Me molesta ver películas de presas: nunca les crecen las raíces en el pelo, nunca tienen pelos en las piernas ni en las axilas; todas esas cosas con las que nosotras teníamos que lidiar. Yo, por suerte, no era muy peluda, así que no sufría tanto esas molestias. Me habían enseñado que las uñas podían ser una pinza de depilar excelente y con eso me alcanzaba. Si no, había que acudir a hacer caramelo, con azúcar quemada, que funcionaba como cera de depilar, pero era muy doloroso.

Tampoco necesitaba usar cremas para el cutis. Se hacían con nata de leche, cuando se conseguía. Era un asco, una vez me la puse en la cara y me agarraron arcadas.

Siempre me llamó la atención las pocas preguntas que me hicieron sobre estos aspectos cotidianos, femeninos, de Villa Devoto. ¿Cómo hacíamos cuando teníamos la menstruación? Nunca nadie me lo preguntó. Eso sí que era desagradable. No siempre había algodón para usar. Cortábamos tiras de tela de sábanas y esos "trapitos" hacían de apósitos. Se lavaban y se colgaban en el baño, pero nunca quedaban del todo limpios porque las manchas perduraban. Uno de los recuerdos más asquerosos que tengo.

Faltan dos días y parece que va a llover. ¿Vamos o no al Obelisco? Se generan discusiones eternas cual asambleas de los 70. Si nos mojamos, se teme por la salud de las compañeras mayores. Y obviamente aparecen recuerdos de cómo cuidábamos nuestra salud en la cárcel. Aprendí a usar lavandina para curar los hongos de los pies, la miga de pan embebida en leche para parar las infecciones con pus, los conos de papel encendidos con un fósforo en la oreja para calmar los insoportables dolores de oído. Nunca un remedio, ni una anestesia ni siquiera para curar caries, todo a carne viva. Entregaban una especie de analgésico que no tenía ni marca ni envoltorio. No sabemos qué era, pero no calmaba nada. Sí repartían psicofármacos a granel. Y ahora nos preocupábamos por un posible resfrío…

Mañana nos vamos a juntar y a partir de entonces mis recuerdos ya no serán los mismos. Vuelco rápido lo que me acuerdo, lo que cada dos por tres me aparece: las destrezas que aprendí; algunas en desuso y otras que las mantengo. Entré sin saber tomar mate, costumbre que adquirí y que mantengo, aunque no aprendí a cebarlo. Sequé yerba al sol: no tiene sabor a nada. Todavía puedo hablar con lenguaje de señas, pero no tan rápido como en esos días. Algo aprendí de código morse, pero no mucho. Lijé carozos durante horas para convertirlos en botones. Tejí macramé con los hilos de las toallas. Aprendí de historia, geografía, abogacía, conflictos internacionales, aspectos legales, política, medicina

y tantos temas más gracias a queridas compañeras que me enseñaban todo.

Y sí, me acuerdo de todas esas cosas y también del olor penetrante de la mezcla de detergente con lavandina para desinfectar; de las agobiantes fajinas donde tenía que limpiar los largos pasillos de la planta baja con solo un trapo de piso y un escurridor; de las horribles letrinas sin puerta; de lavar los platos grasientos con agua fría; de la falta de intimidad para todo; del miedo en la noche cuando escuchaba el jarreo…

Cumplí mis dieciocho y mis diecinueve años en la cárcel de Villa Devoto, un lugar de resistencia, un lugar horrible para cumplir años. De eso no me voy a olvidar, eso no se me va a mezclar.

**23**

# Muñecos de plastilina

Nunca o casi nunca me interesé por ellos. Nunca o casi nunca pensaba en qué hacían cuando nos dejaban. Si iban a sus casas, les daban besos a sus familias, ayudaban a sus hijos con los deberes, festejaban cumpleaños o cuidaban sus perros. Seguro que algo así harían. Se ocuparían de las compras, comentarían los resultados de los partidos con los vecinos mientras el carnicero afilaba la cuchilla para darles el mejor pedazo de asado por ser buenos clientes. Los panaderos les elegirían los mignones, blancos o tostados según sus preferencias; limón, chocolate o frutilla podrían ser los gustos de sus helados preferidos; y hasta se animarían a comprar un almendrado, la novedad de esos años.

Actos escolares, bautismos, bodas de plata, feliz navidad, chin, chin… Feliz año nuevo, no se perderían nada. En la playa harían castillos de arena con sus hijos, se mojarían los brazos antes de entrar al mar porque les daría frío y jugarían al truco bajo la sombrilla mientras se tomaban unos mates. Seguro que lo hacían, pero nunca me importó. Yo solo los conocía cuando volvían; para mí solo eran "ellos".

No me interesaba registrar señas particulares; si eran pelados, con cabelleras frondosas o pelos cortados al ras; musculosos, rengos, gordos, flacuchos o panzones. Altos, petisos o robustos; si tenían cicatrices, dolor de espalda o psoriasis. No me interesaba. Para mí eran –son– como muñecos de plastilina, sin formas, ni expresiones, ni atributos específicos; tenían entidad por lo que representaban, eran nada más que eso.

Los imaginaba de distintos colores, generalmente azul o verde. Primero amasaba un cilindro gordo y redondeaba los bordes; luego formaba chorizos finitos para las piernas y para los brazos. Manazas. Una bola bien grande para la cabeza; con un escarbadientes hacía dos agujeritos a modo de ojos y nada más, no más detalles. O quizás ponía sobre el cuerpo varias pelotas pequeñas, como si fuera un monstruo de varias cabezas, es casi lo mismo.

Eso eran –son– ellos para mí: unos monigotes de plastilina, nada más. Los armo y desarmo. Con un dedo los aplasto, hago muchas bolitas y luego vuelvo a amasar, junto todos los pedazos en una bola más grande, la envuelvo en papel celofán y la guardo en una caja, la de recuerdos, que no siempre recuerdo, pero sé que están ahí.

A veces me resuenan voces: una ronca, otra más aflautada y otra estridente; esas sí me las acuerdo, aunque cada vez menos, y nada más.

Solo recuerdo a uno de estos muñecos de plastilina. Debe ser que siempre me impactó la asimetría de la situación: él parado frente a mí, grandote, vestido con pantalones de franela gris, zapatos negros, un poncho de vicuña color beige. Yo desnuda, con mi metro y medio de altura y mis cuarenta y siete kilos, manos atadas y ojos vendados. Comenzó a preguntarme con un tono paternal hasta que se cansó de que no le contestara lo que él quería. Yo me concentraba en los pellizcos vejatorios que me daba mientras me hablaba. Y de manera imprevista, como de la nada, llegó la cachetada con sus manos enormes de plastilina; me hizo girar la cabeza, adormecer la cara y desacomodar la venda. Luego la voz estridente gritó: llévenla a la parrilla hasta que cante…

–¿Jura decir la verdad? –preguntó el juez.

–Sí, juro.

–¿Sabe el nombre de la persona que dio la orden para la tortura?

–No, solo que le decían "el coronel", y que cuando él ingresaba todo se movilizaba.

Listo, recordé lo que necesitaba para los juicios. Ya está, lo dije todo cada vez que testimonié. Ahora vuelven a ser muñecos de plastilina, sin cara, sin nombre, sin voz. Con el pulgar los deshago, otra vez armo la pelota, la aliso y la vuelvo a guardar en el papel de celofán.

–¿Recuerda algún sonido, algún ruido en especial que le indicara dónde estaba detenida?

–Ponían la radio fuerte, muy fuerte, con la electricidad, hacía intermitencias, era enloquecedor.

Hubo una canción que se empecinaban en pasar en mis peores momentos: *Zamba para olvidar*, de Daniel Toro. Me gustaba entonarla en las peñas, pero ahí se me hacía insoportable. Hasta hace poco no la podía escuchar, aunque me molestaba que los muñecos de plastilina se hubieran quedado con una pieza de música que supo ser mía. Hace dos años, en un asado con guitarreada, entre amigos y palmas la empezaron a cantar. Tenía dos opciones: o simulaba que me iba al baño o la cantaba. Me decidí, me paré al lado de la guitarra y la canté con toda mi fuerza, me aplaudieron, nos reímos. Ya está, la exorcicé. Listo. A ellos ya no les queda nada mío.

Durante un tiempo tuve miedo de que se hubieran quedado con algo muy íntimo, preciado. Era una incertidumbre que me corroía, no podía hablarlo con nadie; vergüenza, temor, miedo a mostrar mis miedos. Pero no; nació Mariana y me sentí verdaderamente libre.

Ellos ya no tienen nada de mí. Yo los denuncio en la justicia cada vez que tengo oportunidad. Creo que es justo, ¿no? ¿O tampoco me iban a dejar esta posibilidad? Quizás no la pensaron, pero yo siempre la imaginé. Todavía tienen algo que es de todos nosotros, porque ellos todavía no hablaron; nunca dijeron dónde están los cuerpos, ni los nietos, ni por qué decidieron que algunos viviéramos y otros no. Todavía estos muñecos de plastilina tienen cosas que decir y, aunque los aprieto, los estrujo y les dibujo una boca, siguen sin emitir ninguna palabra; callan con complicidad de monigotes, callan demasiado.

# No me acuerdo

No me acuerdo. Lo intenté cientos de veces, pero no me acuerdo. Tengo imágenes de ese día, muy pocas. Me veo en la marcha, caminando junto a otros compañeros; charlaba… ¿con quién?, ¿qué ropa tenía puesta? No me acuerdo. Caminaba tranquila por la mitad de la columna. Era el año 75, una tarde, estaba templado.

¿Dónde estaban en la marcha Claudia y Panchito? Ellos iban al turno tarde del bachillerato: ¿Cómo habían hecho para que los dejaran salir de la escuela? ¿Quién la encabezaba? ¿Serían Alfredito, Pomelo, algún otro compañero de la Escuela Técnica? ¿Hubo corridas? ¿La policía reprimió? Tengo imágenes borrosas en las que nos alejábamos y después volvíamos.

¿Qué canciones cantábamos? Lo hablamos tantas veces con varios ex compañeros de la UES de La Plata y ninguno se acuerda haber cantado "Tomala vos, dámela a mí por el boleto estudiantil". Yo tampoco. Recuerdo que hubo una segunda marcha, frente a la Municipalidad de La Plata. Hacía calor, estábamos contentos, debía ser cuando nos otorgaron el boleto estudiantil. ¿Fue en el mismo mes? ¿Hubo reuniones después de la marcha? No me acuerdo.

Estrujo el pasado y tengo miedo de inventar algún detalle para poder decir algo más de esa marcha. Tantas veces me han preguntado sobre ese día… Trato de ser fiel a mis recuerdos, que son tan pocos. Recién hace unos meses, gracias a Daniel Schaposnik, leí la crónica del diario *El Día* de esa fecha: fue el 6 de septiembre. Me inquietó ese hecho, lo tenía totalmente borrado. Una marcha que iba a ser clave en mi vida y yo ni siquiera me acordaba en qué mes había sido.

Me acuerdo de que en esos meses iba a los barrios a enseñar dibujo. ¿Con quién iba? ¿Dónde era? No me acuerdo. Tengo grabado un nene que pintaba solo con lápiz negro, sin colores. Intenté persuadirlo de que usara crayones de colores, no hubo caso. ¿Qué le pasaría?

Mis recuerdos del 75 los vivo como en el juego de la rayuela: salto con una pierna y llego a la imagen de una marcha con mucha gente, obreros, trabajadores, universitarios, en contra del Rodrigazo. Salto a otro cuadrado y me encuentro en discusiones sobre la crisis económica, recesión, inflación. ¿Habrá sido ahí que se gestó la idea del boleto estudiantil? Es probable. La participación estudiantil decaía, había que buscar ejes de acción que aglutinaran. Los secundarios de los colegios industriales también estaban llevando acciones de protesta. Me acuerdo de cómo debatíamos estos temas con el Dracu y Broto, compañeros de la UES.

Extrañaba las asambleas de mi escuela. En el 75 nos habían mudado de edificio y los preceptores eran de la Concentración Nacional Universitaria (CNU).[4] Nos controlaban. Tan distintos a los que habíamos tenido en años anteriores: eran compañeros, te ayudaban, te aconsejaban, te impulsaban a la participación política. "Dejate de joder", me amenazó un preceptor mostrándome su arma en un baño de la escuela, en respuesta a un cartel que había pegado. De eso sí me acuerdo, de esa amenaza sí. Me dio miedo, pero no mucho, ya era todo muy natural.

Nunca llegué a hablar en una asamblea. ¿Me hubiese animado alguna vez? No sé. Se hicieron hasta el 74. Yo tenía quince años, estaba en tercer año y casi nadie de mi edad hablaba. Los que hablaban eran Nilda Eloy, las rubias y el Negro Ford por la UES y Juventud Peronista, los del Grupo de Estudiantes Secundarios Antiimperialistas, representados por Graciela Torrano,[5] Gustavo Peti y Roxana Oliva; los chicos de la

Juventud Comunista Revolucionaria, del Partido Comunista y del Partido Comunista Revolucionario, todos de quinto y sexto año. Los más chicos no, no recuerdo a ninguno. Todos eran sólidos hablando y me convencían de sus distintas propuestas. Todavía no había entrado en la UES en esos años y dudaba mucho de las mociones a votar: toma de escuela, acompañar las marchas, jornadas solidarias, ayuda a presos políticos, hacer banderas, pintar paredes, repudios a atentados de la represión; siempre causas justas para mí.

Tiro la piedra y cae en el cuadrado donde había reuniones largas, discusión de la lucha armada, miedos, quiebres de mis creencias. Tenía que trabajar mucho internamente porque era muy "liberal", como se decía en esos años. Me prometí ser una militante comprometida. La mayor muestra eran las "expropiaciones" que me pedían. Siempre se necesitaban cosas para los compañeros que dejaban sus casas o para diversas acciones. Te pedían en cualquier momento y con urgencia un pulóver, una camisa, una garrafa, una cartera, lo que sea. Un día me pidieron un bolso, era urgente. De mi casa había "sacado" varias cosas, hasta una estufa de kerosene que nunca supieron quién se la había llevado; pero un bolso se me complicaba. En realidad, tenía uno, lo había cosido y bordado durante mis vacaciones de invierno. Tenía muchas flores de colores que me encantaban, mis amigas me lo elogiaban mucho. Lo había hecho según un patrón de la revista *Burda* de bordados. Dudé, pero entendí que eso era dejar de ser burguesa y lo entregué. Día a día trataba de ser mejor militante.

Disfruto cuando la piedra de la rayuela cae en las peñas con los compañeros. Me gusta quedarme en este cuadrado, me permite evadirme de las muertes. Me lleva a las risas, las bromas, las cumbias en los barrios, las vueltas caminando entre miradas cómplices. Charlas infinitas sobre cómo íbamos a hacer la patria socialista, nacía el hombre nuevo, todo eso íbamos a lograrlo, todo valía la pena. En una peña de la JUP conocí a Fernando. Estaba junto a sus amigos inseparables, Miguel y Elvio. Tardamos algunas salidas en ponernos de novios, eso fue el 1° de diciembre de 1975.

Me acuerdo del 25 de diciembre: murió mi abuela María Juana, vivía conmigo y ese mismo día la CNU mató a mi amigo Patulo Rave, de la UES. Acompañé a mis padres al cementerio y a la vuelta me tiré en la cama y lloré a gritos por todos los muertos, hasta quedarme dormida.

Hasta el año 85 no había recordado nunca más la marcha del boleto estudiantil. Apareció en el relato de Pablo Díaz durante el Juicio a las Juntas. No fue la mención de ese acto lo que me impactó: fue verme nombrada en el juicio, mi nombre impreso en todos los diarios. La gente murmurando.

Siempre explico que yo nunca oculté mi detención, pero que hasta ese momento prefería manejar yo misma ese tema, como casi todos. Yo definía a quién se lo contaba, cómo, dónde y cuándo. Lo iba haciendo a paso firme y como me quería mostrar. Ya había dado una entrevista en radio Residencia, como ex detenida. Se lo había contado a Perla y a mi grupo más cercano de amigos. Había hablado con una abogada que estaba muy cercana al Juicio y me había avisado que preferían guardar mi testimonio para el juicio contra el general Ramón Camps, jefe de la Policía Bonaerense en esa época, y que no era necesario para las Juntas. Así lo hice, y declaré contra Camps el 5 de agosto de 1986, junto a mi padre, el primer policía que declaró contra otro policía.

¿Cómo me vi cuando leí el diario donde Pablo pronunció mi nombre en el Juicio? Desnuda, invadida, ya no iba a controlar más mi vida, entraba en otra dimensión. No era miedo, me angustié. Piedra libre: atrás de esa sonrisa, hay dolor, hay tortura, fue presa. ¿La gente me iba a tener compasión? No quería la compasión de cualquiera. No quería que me dijeran pobrecita los mismos que fueron cómplices de lo que me había pasado, por mirar para otro lado, por omisión o distracción; me enfurecía, me indignaba. Debía armarme una coraza para eso.

Al día siguiente de salir la noticia en el diario, Perla me contó que el bedel de la Facultad donde trabajaba había ido a ver mi legajo a ver si yo había nacido en La Plata, para confirmar si era yo "la del diario". Pasaba al lado de él, le sonreía y le decía con la mirada "sí, soy yo". Y yo creo que él me veía vendada y con los grilletes. No quería eso. No era lo

que me había imaginado para mi vida, y tuve que luchar mucho internamente. Los avances o retrocesos de nuestro país marcaban mi ritmo en estos procesos. Los grilletes me iban a acompañar por mucho tiempo.

El impacto que generó la declaración de Pablo Díaz cobró una magnitud muy grande para mí. ¿Por qué era tan importante nuestro caso? Éramos ex detenidos como todos, con los mismos sufrimientos, dolores y angustias que tantos. Es más, a mí me estremecía el dolor de quienes habían perdido a sus hijos, padres, hermanos. Como Fernando: a él le mataron a su hermano menor apenas cumplió veinte años; ese era un drama. Nosotros solo éramos jóvenes, nos quedaba la vida por delante para luchar y pedir justicia por los que no están. Así me veía en ese momento.

La militancia de la UES en aquellos primeros años de la democracia ni se nombraba; nadie quería decirlo, no se podía ni hablar de eso. Pocos compañeros habían asumido su militancia estudiantil o en organizaciones comprometidas con la lucha armada; era entendible, éramos "la peste". Nadie iba escuchar las denuncias de "guerrilleros". Por eso a mí me gustaba hablar personalmente, en grupos chicos donde podía decir que era militante de la UES y por eso me habían detenido. Si no, no me sentía cómoda dando mi testimonio.

Empezaba a molestarme la historia del boleto estudiantil, que día a día cobraba más relevancia. Me negaba a decir que me habían detenido por el boleto estudiantil; pero si no lo decía, Pablo quedaba como el único sobreviviente, y yo afuera de la historia. Que era la mía, con matices. Era y no era la mía. Era estudiante secundaria, secuestrada entre el 16 y 17 de septiembre en la ciudad de La Plata.

Por momentos quería abandonar ese relato por no ser fidedigno, pero también encerraba cosas profundas de mi vida. Me acuerdo con muchos detalles de los días compartidos en la celda de Arana con Claudia y María Clara. Guardo las palabras que nos dijimos, los ruidos, los olores, los silencios, los sollozos y las risas sofocadas. Las manos entrelazadas, los intentos de rozarnos los dedos, la frialdad del banco de cemento. Puedo contar los dolores y la dignidad de Horacio, el deambular por pasillos, los gritos, las intermitencias de la radio.

Eran mis compañeros, mi historia compartida con ellos. Yo estuve allí. Le di la mano a Claudia cuando lloraba y me enojé con ella por decisiones erradas. Salí con ellas al patio del Pozo de Arana el 21 de septiembre cuando quisieron que festejáramos el día de la primavera y nos obligaron a cantar. Sí, de eso me acuerdo. También me acuerdo del traslado, el 23 de septiembre. Nos subieron a todos en un camión, a ellos los bajaron en algún lugar del camino y yo seguí hacia otros centros clandestinos.

Solo quería ser una ex detenida desparecida más, como tantas otras. Con eso tenía bastante, no necesitaba otra cosa.

Había cumplido veintiséis años, vivía en Mar del Plata, trabajaba en distintas facultades, estaba embarazada de Pilar, Mariana estaba por cumplir tres años y debía asumir todo eso sola con Fernando. No había internet, apenas alguna comunicación telefónica o alguna carta para enterarte de lo que pasaba en Buenos Aires.

María Seoane me llamó para comentarme que, junto a Héctor Ruiz Núñez, iban a escribir un libro sobre nuestra historia. ¿Cuál era la historia? ¿La que yo recordaba? Todavía no la tenía en claro. Me preguntó si quería participar, y yo me tomé un tiempo para contestarle. Lo conversamos con mi papá, testigo clave de los hechos. Decidimos que sí. Y acá se bifurca la historia.

Discusión, enojos, puntos de vista diferentes. Me retiré sin siquiera empezar. En todos estos años no nos pudimos poner de acuerdo sobre lo que pasó en las conversaciones telefónicas que mantuvimos. Hoy las diferencias ya fueron mitigadas. Entendimos que cada una de las dos tiene alguna parte de la verdad sobre lo que se dijo durante esos diálogos tensos, en tiempos políticos difíciles y en medio de tembladerales personales.

Y apareció el libro. Un libro que me cambió la vida: *La Noche de los Lápices*.[6] ¿Para bien? ¿Para mal? Todavía no me puedo contestar estas preguntas; solo sé que me la cambió.

Los primeros años me causó mucho dolor y profunda rabia. Quizás podría decir que no es bueno que un libro te cambie la vida sin que vos lo hayas querido. Leía las páginas y hablaban de mí, pero sin ser yo a la que describían. Hablaba de mi padre, también sin ser él, dejando entrever que cambió mi libertad por mi silencio... ¿Con qué necesidad?

Ya sé que en el relato lo fidedigno se expresa muchas veces en detalles menores, que nadie repara en ellos, que casi pasan desapercibidos y que lo importante es la denuncia de las torturas y desapariciones de los chicos; sí, ya lo sé. Me lo dije desde el primer momento. Pero cuando hablan de mí soy 100% yo. Mi vida, mi historia, mis amigos, mis diálogos, mis reuniones, mis actitudes, mis posturas y mis decisiones. Mías, equivocadas o acertadas, pero mías, me hago cargo. Y no me arrepiento, es más: estoy orgullosa. Puede sonar soberbio, me lo permito. Tomé decisiones importantísimas siendo muy joven. Nunca decidí callar, me presenté siempre a la justicia y sí, estoy orgullosa. No fueron decisiones fáciles. Tuve dudas, vacilaciones, miedos, idas y vueltas y presiones familiares. Quizás esos devenires pudieron malinterpretarse en algún momento, seguramente pudo ocurrir, pero nada que no se solucionara con una charla profunda conmigo, que nadie se tomó el tiempo de tener.

Una tarde estaba tomando la leche con las nenas y Mariana me comentó que habían hablado de la Noche de los Lápices en la escuela, y ella trató de explicar que su mamá era una sobreviviente. No le creyeron. Se indignó y discutió. Pilar acotó: "Sí, yo no supe cómo explicarlo, es un lío". Fue en ese momento que me dije que había perdido demasiadas cosas en mi vida como para perder un pedazo de la historia. Me la puse a cabalgar a mi manera, tomando lo que es mío, solo eso. Y aquí me encuentro, entre las memorias y desmemorias de esta historia.

Que me acuerdo de muchas cosas que me duelen y que, de otras, como esa marcha por el boleto estudiantil, casi ni me acuerdo.

---

4 Concentración Nacional Universitaria (CNU) fue una organización de ultraderecha, vinculada a la Alianza Anticomunista Argentina (AAA), grupo parapolicial. Tuvo su base de acción en Mar del Plata y en La Plata. Cometió asesinatos y otros hechos de violencia que fueron incluidos en procesos judiciales como antecedentes del terrorismo de Estado, en complicidad con las fuerzas policiales y militares. Se le atribuyen medio centenar de asesinatos y numerosas actuaciones armadas o violentas, principalmente en las universidades.

5 Desaparecida. Secuestrada el 2 de septiembre de 1976.

6 En 1986, también se estrenó la película *La Noche de los Lápices*, dirigida por Héctor Olivera.

# Emilce Moler y yo

*Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas…*
*No sé cuál de los dos escribe esta página.*
Jorge Luis Borges, *Borges y yo*

–Y ahora vamos a escuchar las palabras de… ¡la compañera Emilce Moler, sobreviviente de la Noche de los Lápices!

Se escuchan aplausos, muchos aplausos en el acto que se realiza cada 16 de septiembre frente al Ministerio de Obras Públicas de la provincia, en La Plata, adonde se marchó en 1975 por el boleto estudiantil. Mi hija Pilar me desea suerte, me agarra la cartera y me da una pastilla de goma de eucalipto. Me ayuda a sacarme el abrigo, como el entrenador que sostiene la bata de su pupilo al ingresar al ring, y me da una lapicera, infaltable, para apretarla. Ella sabe qué es lo que necesito antes de hablar en un acto. Pequeños rituales que fuimos construyendo.

Subo al escenario por las escaleras de madera, tambaleantes e improvisadas para cada acto. Piso segura los peldaños inestables. Los organizadores, con remeras y leyendas de distintas agrupaciones, me dan la mano para ayudarme. Empiezo a observar detenidamente a los cientos de jóvenes que me aplauden. No quiero detenerme en ninguno, sé que puedo no volver de esa mirada. Sobrevuelo, miro y no veo. Escucho los cantos, gritos, consignas. Reconozco a algunos adultos que, como en una ceremonia tácita, me acompañan año tras año. Les sonrío. Les hago la V con los dedos. Me dan fuerza. Casi siempre me agarran palpitaciones en ese instante. Me sobrepongo. Me bajan el micrófono –siempre un poco alto para mí– y empiezo a hablar.

Pilar siempre me acompañó en estos eventos y es imprescindible. Conoce mis nervios, mis inseguridades, mis decisiones, mis furias, mis hartazgos, mis emociones, mi cansancio. Me agarra la cartera, me da una bufanda cuando refresca, me sostiene el abrigo. Me prepara muy temprano el desayuno, cuando empiezan a llamarme radios, y me aconseja qué ropa ponerme. Sabe que no me gusta vestirme de negro, ni tampoco de colores muy brillantes. Me ayuda a atender el teléfono, que ese día, el 16 de septiembre, suena sin parar; pero ambas sabemos que al otro día queda en silencio. Me observa si dije alguna palabra inconveniente. Da la cara por mí cuando se da cuenta de que mi cansancio no me permite hablar. Me recomienda no dar más entrevistas o me impulsa a atender a una más. Me apunta en el último minuto quién está en el acto para que no deje de nombrarlo.

En la marcha del 16, Pilar se mantiene a un costado: sabe que la busco todo el tiempo con la mirada. Le hago gestos y me entiende, está pendiente.

Cuando subo a hablar, me escucha atentamente, como si no lo hubiera hecho nunca. Está tensa porque sabe que yo lo estoy. Va siguiendo el hilo de mis discursos con los temas que tantas veces hablamos, discutimos, acordamos que no debían faltar ese año. Sabe lo que significa el peso de que mis discursos se transmitan por redes sociales para miles de jóvenes, y que por eso debo ser equilibrada, con contenido ideológico fuerte, pero nunca imprudente. Son muchas responsabilidades: cientos de jóvenes me escuchan, se acuerdan de cosas que dije, me respetan, y eso es una carga enorme. Pero Pilar también sabe que siempre en algún momento del discurso rompo con los protocolos y vomito en forma visceral ideas que me salen de lo más profundo, que ni las pienso, o sí, pero de una manera distinta, y las digo. Veo un rostro, una imagen, o escucho un canto que me quiebra, me emociona, me lleva a mis viejos dolores, a las ausencias, a esas calles de La Plata que duelen

y que con cada discurso trato de reparar. Pili tiembla, y yo también esperando su veredicto.

Pero no siempre yo fui Emilce Moler, sobreviviente de la Noche de los Lápices. No siempre fue así.

Hacía calor. Tenía puesto el jumper verde agua con bolsillos floreados; me encantaba su color y me disimulaba la panza residual de mi tercer embarazo. Nos encontramos a la tardecita, como hacíamos cada vez que anunciaban noticias que nos conmovían, casi siempre malas en aquellos tristes años 90. No éramos muchos, los de siempre en Mar del Plata; los mismos que organizábamos los festivales por la Vida y la Libertad, los que armábamos los actos del 24 de Marzo y sufríamos porque a veces apenas llegábamos a cien personas, los mismos que sobre la marcha fuimos aprendiendo acerca de leyes, juicios y recursos de amparo.

Esa tarde nos convocamos frente a la Catedral, nuestro lugar de encuentro. No me acuerdo en qué consistió el acto, solo que me veo con Pilar a upa y yo abrazada a los compañeros; muy angustiada, llorando con muchas lágrimas; creo que nunca me había sentido así en esos tiempos. Otras veces, cuando me agarraba mucha furia la traducía en hacer cosas, pero esto era distinto. No me imaginé que me iba a poner así; en ese caso no hubiera llevado a las nenas. Los recuerdos de mi primo Daniel se me aparecían todo el tiempo y lo lloré por primera vez. Sentía que no lo iban a recordar más, que éramos muy pocos para sostener las historias. Yo tenía treinta años, tres hijos, tenía que trabajar y quería seguir sosteniendo las luchas, pero así era muy difícil. No era Emilce Moler la sobreviviente, era una ex detenida más que sentía que se le iba su historia: no era nadie.

–¿Qué te pasa, mamá? Nunca llorás tanto –me dijo mi hija Mariana mientras terminaba de jugar con sus amigas y me abrazaba.

Fue la primera vez que no supe explicar con palabras sencillas y didácticas qué eran los indultos.[7]

En 1992 tuve mi primera charla cara a cara con Pablo Díaz. No lo conocía de La Plata, la vida militante no nos había cruzado, y en los lugares de detención no sabía quién era, de modo que no supe si él también estaba en los centros clandestinos. Una vez me mandó una carta, pero nada más. Nos encontramos en el café enfrente del colegio Nicolás Avellaneda, de Buenos Aires. Se iba a presentar la segunda edición del libro *La Noche de los Lápices*. Yo estaba molesta con el camino que iba tomando la historia. En un momento político donde estas historias tendían a licuarse, sentía que no se podía sostener mucho tiempo más esta conmemoración.

Discutimos, teníamos visiones distintas. Pablo salió de la cárcel y ya había un avance en las luchas por los derechos humanos. Estar en La Plata le permitió tener otra realidad, muy distinta a la mía: sola, aislada, alejada en Mar del Plata. Los procesos de reinserción fueron diferentes y también las evaluaciones de las luchas para sostener la memoria. Yo no quería estar todo el tiempo "trabajando" sobre esto. Quería hacer las denuncias, pero también vivir mi presente. Es lo que le trataba de explicar en ese café y un poco a los gritos, con voz entrecortada, al borde del llanto de indignación.

Se acercaba la hora del empezar el acto. Pablo me invitó a subir a hablar al escenario.

–No puedo subir. ¿En calidad de qué voy a hablar? ¿Quién soy yo?, si vos sos el único sobreviviente… –lo interpelé mientras me secaba los ojos.

–Yo te voy a presentar, no te preocupes.

Y así lo hizo, y muy bien. Habló de distintos caminos, de encuentros y desencuentros, y con las mejores palabras que encontró para hacerme "aparecer" en la historia, me dio el micrófono. El salón del colegio estaba repleto. Nunca hasta ese momento había hablado ante tanta gente, siempre lo había hecho en grupos reducidos o en radios. Fernando me había ayudado a escribir un texto "por si tenía que hablar". Me vino bien. Saqué el papel doblado del bolsillo del pantalón, me bajaron a mi altura el micrófono y empecé a leer. Levantaba la vista y veía en primera fila a las Madres de Plaza de Mayo, alumnos y

docentes escuchando con atención. Hacía esfuerzos para que no se me notara la voz temblorosa. Perla asentía con su cabeza y me impulsaba a seguir. Tenía que terminar, faltaba poco, la garganta se me cerraba, tenía palpitaciones y con la última palabra rompí en llanto.

Se me acercó mucha gente a saludarme, me abrazaron, me hicieron un reportaje para una radio, firmé libros. Sentí que había juntado las piezas de mi historia. Empecé a ser Emilce Moler. Llegué agotada a Mar del Plata, a vivir mis cotidianidades. Creí que ya estaba saldada mi "aparición" en la historia oficial de la Noche de los Lápices; sin embargo, se necesitó mucho tiempo más para que eso ocurriera.

Con los años, el diario *La Capital* de la ciudad de Mar del Plata comenzó a hacerme reportajes; pero en esa misma edición, en las páginas de actualidad nacional aparecía la cobertura de la marcha de Buenos Aires encabezada por Pablo Díaz, el único sobreviviente. Convivía con eso. Lo superaba librando dos batallas: contar lo que pasó, contar lo que me pasó. Militaba por ambas causas: una llevaba a la otra. ¿Por cuál lo hacía realmente? Una le daba fuerza a la otra y hacía que se potenciaran.

El año 1995 fue movido. Habló Adolfo Scilingo, un represor de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) que confesó crímenes aberrantes y describió detalles macabros sobre las desapariciones. Se necesitó que un genocida hablara para que el tema tuviera más visibilidad, las víctimas volviéramos a tener voz, fuéramos escuchadas y, en cierta forma, nos creyeran.

Comprendí, en virtud de este hecho inesperado y paradójico, que el camino en la trasmisión de la historia no iba a ser lineal, como me hubiese gustado, sino mucho más complejo, y eso me desorientaba. Aprendí a transitar momentos de euforia y de tristeza, y a modular estas sensaciones, pero me daba miedo que la comprensión racional de los hechos me adormeciera los sentimientos. Quería sentir todo con intensidad: furias y alegrías, y eso se contradecía con cómo debía comunicar los hechos. En cualquier charla con docentes y jóvenes tenía que modular mis palabras; si no, no me iban a escuchar. Tenía que poner menos pasión, pero si le quitaba eso, se me apagaban los motores de lucha. Cabalgaba todo el tiempo entre el sentimiento y la razón.

Durante esos años me hicieron reportajes en distintos diarios, programas de televisión y radios. En el 98 llegué a ir al programa de Santo Biasatti. Tenía que provechar en ese medio masivo; estaban vigentes las leyes de Obediencia Debida y Punto Final y los indultos, había mucho para decir. Sin embargo, era consciente de que me exponía demasiado y estaba muy nerviosa. Me llevaron a maquillarme. Al enterarse de que venía al programa de Santo, muchos en el canal querían saber el motivo: Por qué era famosa, para qué me querían entrevistar. ¿Qué debía decirles? ¿Por haber estado presa y torturada? ¿Así tenía que contestar, mientras me ponían polvo para tapar el brillo de la piel? Obviamente no me salía eso; buscaba eufemismos como "vengo a contar una historia triste de nuestro país, de la cual fui testigo"; con eso se contentaban y yo lo dejaba abierto a sus fantasías. Esta situación se me repite hasta el día de hoy, cuando alguien comenta: "Ella es muy conocida", y el desconocido pregunta: "Ah, ¿sí? ¿Por qué?". Yo quedo muda.

Había dado más pasos en la construcción de Emilce Moler, pero solo algunos pasos más.

No recuerdo cómo me conecté con ellos, pero sí tengo grabado el día en que casi no hablé en toda una jornada, solo escuché. Era 1998 y se hacía en Buenos Aires, por primera vez, el encuentro nacional de la Asociación de Ex Detenidos-Desaparecidos. Viajé desde Mar del Plata y convencí a Nilda Eloy de que me acompañara; iba a ser la primera vez que ella iba a hablar en público de su detención, y yo estaba segura de que le iba hacer muy bien. Siempre me lo agradeció.

Escuché hablar a muchos compañeros contando sobre sus vivencias, sus dramas, sus anécdotas, sus modos de reconstrucción de la historia y de narrar lo sucedido; fue una jornada muy intensa. Se habló sobre qué contar, qué callar, qué olvidar. Los traumas, los

tics, los miedos, las alegrías. Escuché devorándome todo y nada me era ajeno, me interesaban hasta los mínimos detalles que se decían y cómo; con un gran clasificador en mi cabeza me iba diciendo: esto me pasa, esto no me pasa; de esto tengo un poco, de esto no tengo nada; quiero pensar en esto, quiero olvidarlo… Y me fui dando cuenta de que con ese grupo de compañeros me identificaba; era mi lugar de pertenecía, había encontrado un ámbito donde podía ser yo integralmente: mi pasado y mi presente. Podía hablar sin eufemismos y no les producía dolor. Incluso compartíamos el humor negro y nos divertíamos mucho con eso.

Por supuesto, fue una gran sorpresa para muchos escuchar mi presentación en esa ronda, en un parque con el sol acariciándonos: "Mi nombre es Emilce Moler, soy ex detenida-desaparecida y mi caso se conoce como el de la Noche de los Lápices". Me enteré de que más de uno se había preguntado si lo que decía era cierto; y era así, entre los mismos compañeros tenía que dar pruebas de que mi historia era cierta. A ninguno le pasaba eso, a los demás los escuchábamos sin dudar de sus palabras. Pero yo sabía que tenía que hacer ese doble recorrido, y así lo transitaba.

Seguí muy vinculada a la Asociación hasta 2003, cuando las distintas visiones de la política nacional nos fueron separando; sin embargo, mantengo la mejor relación y recuerdo a cada uno de ellos. A pesar de nuestras diferencias políticas, nos unían cosas demasiado fuertes. No siempre encontramos nuestro lugar de pertenencia y Emilce Moler lo había encontrado.

Y el 2003 me sorprendió. Nunca me había imaginado ese resurgir de la política, la apropiación por parte de las nuevas generaciones de las políticas de memoria, verdad y justicia, tantas veces exigidas. Y la Noche de los Lápices, a diferencia de lo que presagié, se convirtió en un emblema; y yo, parte central de ella.

Néstor Kirchner proclamó el 16 de septiembre el "Día de los Derechos del Estudiante Secundario", y la historia ya casi no es más mi historia; es la historia de los jóvenes que en esa fecha se hacen presentes en las calles, en marchas, entre banderas, con sus nuevas reivindicaciones. Ya casi no me necesitan para un acto o una charla porque generan sus propias actividades, se apropian de la historia reciente, marcan agendas, actividades, valores. Narran los hechos de la "Noche" con bastantes detalles, aún mezclados con el reclamo por el boleto estudiantil. Cuentan historias un poco edulcoradas, pero eso será difícil de revertir, tardará más tiempo.

Bajo todavía excitada del escenario en la ciudad de La Plata por las escaleras de madera, a espaldas del Ministerio de Obras Públicas. Se acercan a sacarse fotos conmigo, a darme besos, abrazos largos y cálidos que me envuelven. Les agradezco mucho, profundamente, ese cariño que me trasmiten. Estoy agotada. Se acercan padres que me cuentan que sus chicos empezaron con la militancia estudiantil a partir de mis palabras. ¡Es que hace tanto que hablo…! Cada tanto reviso cajas donde guardo volantes, cartillas, remeras, trípticos, afiches, diarios, regalos, papeles que anuncian las charlas que di a lo largo del país. Son varias cajas. ¿Cuándo las tiraré? Arrancan en los años 80. Ahora ya todo lo tengo digital. Las tendría que escanear, como las fotos; algo que nunca se hace.

La busco y ahí está, con ojos llorosos. Nos abrazamos fuerte. Y le hago la pregunta infaltable:

–¿Y? ¿Cómo estuve?

–Bien, má, muy bien.

Me da el paquete de gomitas de eucalipto, las devoro, me sonrío y en ese momento las dos Emilce Moler se funden.

7 Dejo la explicación en palabras de las Madres: “En su primer año y medio de gobierno, Carlos Menem firmó diez decretos con los que indultó a todos los represores que no habían sido alcanzados por las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final, a las cúpulas de los movimientos guerrilleros y a los responsables de las sublevaciones carapintadas. El 9 de septiembre de 1989 se realizó la movilización más grande desde el retorno democrático: 150 mil personas le dijeron ‘No’ al indulto, en un recorrido multitudinario que fue desde la plaza de Tribunales hasta Casa de Gobierno”. Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora: *Las viejas. Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora cuentan una historia*, Buenos Aires, Marea, 2014.

# La siesta

Tenía frío. La campera impermeable me había protegido un poco, pero tenía las medias empapadas. Las botamangas del jean oxford con el dobladillo deshilachado chorreaban agua y algunos pedazos del corcho de la plataforma se desprendían de la base. No las tendría que haber llevado, pero por cinco centímetros más de altura valía la pena un poco de molestias. Me saqué rápido toda la ropa mojada, me di un baño, me puse pantuflas, me hice un Vascolet caliente y prendí la tele. Ya casi estaba terminando *Sábados Circulares*, con Pipo Mancera. Otro fin de semana que se iba sin descansar ni dormir la siesta.

Mi mamá me preguntó de dónde venía, pero muy al pasar, así que me permitió dar una respuesta evasiva. Me avisaba que esa noche iba a salir con mi papá. Se quedó tranquila cuando le dije que me quedaba en casa, con la abuela. No podía resistirme a la sopa de cabello de ángel casera, un partido de ludo con ella y disfrutar de *Alta Comedia*. Un poco de útero me iba a hacer bien.

Esa tarde se había organizado una reunión de discusión de la coyuntura política con compañeros de la UES; me iban a entregar material, no podía dejar de ir. En realidad, nunca podía dejar de ir, siempre era importante estar; no me permitía dejar de hacer alguna tarea asignada.

"Lo que hacés en la Iglesia no sirve, es caridad de señoras cómodas. Con la política podés cambiar la realidad para que no haya más pobres. No tiene por qué haber pobres", me explicó el Negro Ford en un pasillo de Bellas Artes, mientras me mostraba las últimas artesanías de cuero que había hecho. Esa idea me impactó, caló hondo. Unas pocas palabras que pusieron en crisis todo lo que creía. ¿Sería realmente así?

Comencé a obsesionarme con estos temas; no podía vivir con ese nivel de incertidumbre y crisis interna. Hablé con todos los que sentí que podían ayudarme a pensar sobre peronismo, revolución, militares, liberación… Era eso lo que quería, cambiar la realidad, solo eso. Lo vi tan fácil, accesible, posible, al alcance de mi mano. Quería hacerlo. ¿Por qué no?

Poco a poco fui concretando mi ruptura con la Iglesia y pasé de mi fervor cristiano a mi fervor militante. La misma pasión, el mismo compromiso, la misma dedicación y las mismas culpas, pero ahora volcadas a la militancia. Cualquier flojera era una "desviación liberal, burguesa" que debía combatir. Menos que menos, dormir la siesta.

Lo que menos se hace en una cárcel, por lo menos en la de Villa Devoto en la época en que yo estuve, es dormir; ni la siesta, ni de noche. A la mañana te despertaban temprano, muy temprano. Sonaba el silbato, te tenías que levantar, vestir, hacer la cama y pararte enfrente de la cucheta, con las manos atrás. Y ya quedabas despierta para todo el día, sin nada que hacer.

La hora de la siesta se anunciaba con bombos y platillos: "¡Hora de la siesta, hora de la siesta!", gritaban las celadoras por todos los pabellones, golpeando sus palos en los barrotes. Había que hacer silencio. En invierno me acostaba medio vestida, sin zapatos, pero con medias y el pantalón del uniforme; me tapaba con una manta, me hacía un bollito y, cuando empezaba a cerrar los ojos para sumergirme en ese esperado sueño, siempre ocurría algo que lo impedía: nos traían las cartas, venían las enfermeras a repartir psicofármacos al por mayor; llegaban los pedidos de la proveeduría, entraban a arreglar alguna reja suelta o a destapar un baño. Cada vez que venía un hombre para hacer estas

tareas, las celadoras gritaban: "¡Personal masculino!". Te tenías que vestir y listo, ya está, otra oportunidad perdida de dormir siesta.

En verano, era tanto el calor en el pabellón que no daban ni ganas de acostarte en la cama. A veces prefería tirarme en el suelo, que era más fresco; pero estaba prohibido, así que ni eso podía hacer.

Con chicos pequeños siempre es difícil dormir siesta. Se hacen con un ojo abierto, o te despierta una cara enfrente que te habla, y mientras tratás de despertarte te pide un permiso extraño que, por supuesto, concedés con tal de seguir durmiendo, pero ya no te podés volver a dormir. En esos años no podíamos poner en silencio el teléfono de línea, o quizás yo no me animaba, pensando que si pasaba algo no tenían cómo avisarme. Y por supuesto, siempre sonaba cuando te acostabas a dormir la siesta.

En esa época, además de los chicos, yo estaba en plena carrera académica y los fines de semana los usaba para avanzar en la preparación de concursos, materias de maestría, tesis de doctorado, cursos, redacción de *papers*, corrección de muchos exámenes… Nunca alcanzaban las horas. Además de reuniones gremiales o de derechos humanos. Y si sucumbía a una siesta, lo hacía con culpa por no estar terminando alguna tarea pendiente. Para dormir un poco más tenía que contar con la ayuda de Fernando, que cerraba la puerta del dormitorio y se llevaba a los chicos a la plaza. Luego me agarraba un poco de culpa en mi rol de madre.

–¿Qué es militar? –me preguntó una chica de la UES de Rosario.

–Es no dormir la siesta –le dije sin dudar.

Se rieron bastante los pibes que estaban en la ronda participando de la charla, un sábado a la tarde. Traté de explicarles qué quería decir y se fueron dando cuenta de que, a ellos, con este despertar de la política, con el kirchnerismo, les pasaba lo mismo.

Porque fueron doce años de olvidar las siestas, pero valió la pena. Después de tanto tiempo de ser opositora a los distintos gobiernos, poco a poco me hice "oficialista". De planificar planes de lucha, paros, marchas de repudio, comencé a aplaudir funcionarios, a transitar pasillos de la Casa de Gobierno y de ministerios; todos lugares a los que no hacía muchos años les había tirado huevazos. Era una sensación extraña, pero volví a sentir esas cosas tan básicas y profundas de mi adolescencia. Y sí, volví a querer que no haya más pobres en Argentina, pero esta vez tenía herramientas concretas en los distintos cargos de gestión que iba ocupando. Fue tan apasionante, casi tanto como mi despertar a la política cuando era adolescente, pero con todo el peso de la realidad.

Me apasioné con lo que nos tocaba vivir, y día a día me encontré con desafíos impensables. Desde la academia sabía mucho, pero esto era muy distinto. Aprendí sobre la marcha, entre llantos, broncas, alegrías y logros compartidos. Hubo muchos viajes, reuniones, actos, charlas, desayunos y cenas que me obligaron a posponer mi familia, mis comodidades, mis gustos. Volvía a pensar en plural. Fueron años apasionantes, arrasadores, intensos, llenos de vida, de cantos, banderas y de jóvenes que volvían a militar sin miedos. Teníamos otra posibilidad de reescribir la historia de nuestra militancia: no solo a través de las muertes sino en clave de vida, de política, de logros colectivos y sociales. Todo valía la pena, eran días de luz. Se veían las trasformaciones tangibles; estábamos trasformando el país. ¿Las siestas? Quién se acordaba…

Llegaron días grises que invitan a dormir siestas; sin culpas, pero tristes. No estaba preparada para dormir estas siestas, no me gustan. Poco a poco se me empezaron a llenar las tardes de los fines de semana de charlas, marchas, actos, reuniones; todo lo que teníamos a mano para poder ganar las próximas elecciones. ¿Dormir la siesta? Algunas sí, pero salteadas. Tendrán que esperar…

# Palotes

–No sé escribir –le dije a Juan Carrá apenas me abrió la puerta de la calle mientras caminábamos por el pasillo hasta llegar a su PH. Él trató de poner freno a mi verborragia sobre mis traumas con la escritura, sin mucho éxito, hasta que nos sentamos en su estudio, y entonces me empezó a preguntar sobre qué me gustaría escribir; si ya tenía alguna idea en particular. Me resultó extraña la pregunta: jamás se me habría ocurrido querer a aprender a escribir sin saber qué quería contar. Una más de mis posiciones rígidas, que ya revisé.

–Yo sé lo que quiero decir, pero no sé cómo –contesté sin dudarlo.

Me explicó que a él le gusta proyectar en la pared los textos desde la pantalla de la computadora, leerlos en voz alta y trabajar sobre eso. De golpe apareció en letras grandes lo que yo había escrito, casi sin revisar, a modo de constatación de mi hipótesis de que no sabía escribir y, sonrojada, empecé a leer. Era un relato sobre mis inicios de la militancia. Después él apagó la computadora y prendió la luz. Mientras se acomodaba los anteojos y jugueteaba con un fibrón entre sus dedos, trató de buscar las palabras para no herirme. Como un maestro ejemplar, encontró virtudes en el texto.

Hasta que llegó el esperado "pero…". Con tacto y calidez, me dijo que era plano, lineal, descriptivo y poco atractivo. Duró poco el golpe, porque rápidamente comenzó a escribir en el pizarrón y a darme estrategias para superarlo y, como un médico dando un diagnóstico de una enfermedad benigna, insistía que tenía cura. A modo de juego, me propuso describir quién soy y le dije:

–Me llamo Emilce Moler, nací en La Plata. Estuve casada con Fernando durante treinta y tres años, militante de la Juventud Universitaria Peronista de los años 70 y dirigente del gremio bancario desde la vuelta de la democracia. Nos separamos hace unos años. Hoy tengo una nueva pareja, Arnaldo, impulsor efusivo de mis textos. Tengo una amiga del alma, Perla, y muchos otros amigos desparramados en distintas ciudades. Soy de Gimnasia, el Lobo, club de futbol de La Plata. Fui estudiante de Bellas Artes en el secundario, militante de la UES, ex detenida-desaparecida, sobreviviente de la Noche de los Lápices. Como investigadora colaboré con el Equipo Argentino de Antropología en la restauración de huellas digitales de personas desaparecidas, lo cual permitió la recuperación de un nieto, Manuel Gonçalves. Hace unos meses me jubilé… ¿sigo?

—Seguí…

—…miembro de la Comisión Provincial por la Memoria, doctora en Bioingeniería, militante del Movimiento Evita, secretaria académica de la Universidad Nacional de Mar del Plata, funcionaria del Ministerio de Ciencia y Tecnología de la Nación. Integrante de algunos coros, directora del Grupo de Enseñanza de Matemática en Carreras de Ingeniería, asesora del ministro de Educación a cargo de la implementación de la Asignación Universal por Hijo; subsecretaria de Economía Social del Ministerio de Desarrollo y directora del Programa de Estudios e Investigaciones de Economía Popular y Tecnologías de Impacto Social...

–Bien, ahora quiero que cada historia que me cuentes de tu vida me la hagas sentir. Quiero olores, sonidos, ruidos, contexto, sentimientos, dolor, alegría. Mostrate a través del relato, no lo cuentes todo, dejá cosas sugeridas, poné sensaciones –me desafió Juan.

Entonces, como si hubiera escuchado las palabras mágicas "ábrete sésamo", entendí qué buscaba mientras sentía que una venda que había tenido por mucho tiempo se me iba despegando, de a poco. No duró mucho la primera clase, apurada me quise ir a escribir, a jugar el desafío. Guardé torpemente mis papeles en la mochila y desde ese momento

comencé a pensar en clave de relato. Juan me corregía los tiempos verbales, puntuaciones y me sugería suprimir gerundios. Quedaban tareas pendientes: faltaba trabajar un final, analizar la correlación histórica, explicitar contextos, suavizar saltos abruptos, no irme del tono, sostener la voz del relato, buscar títulos apropiados…

Me iba pensando en cómo resolverlo como si fueran ecuaciones algebraicas; me quedaba rumiando hasta que, en el momento menos pensado –mientras corría, durante una charla o en plena trama de una serie– encontraba la solución. Los textos me invadieron, llenaron muchos espacios vacíos, me completaron. Como una alumna de primaria, ansiosa y nerviosa, le mostraba mis primeros palotes del relato y en silencio esperaba el "muy bien 10", o al menos el "continuá así". Y así continué.

# Cubo mágico

¿Sabías lo que te podía pasar? ¿Por qué no te fuiste de La Plata? ¿Qué pensaste? ¿Cómo resististe? ¿Valió la pena? ¿Te arrepentiste? ¿Cómo saliste adelante?

En las entrevistas, en charlas, en los encuentros me hacen esas preguntas y me repreguntan; les interesa saber estas cosas. Lo más raro es que yo casi nunca me las hice, quizás porque no las puedo responder. O sí, tal vez podría, pero no en los tiempos breves que me exigen en un video, una nota radial, un WhatsApp o en 140 caracteres.

Quizás, la pregunta que me tendría que hacer es si del dolor se aprende.

No puedo dar respuestas categóricas, binarias, lisas: sí, no. Es todo más complejo, fragmentado; son trozos temporales, instantes, pequeños mosaicos. Cuadraditos de colores donde cada uno es un sí, un no, un poco, mucho, muchísimo y un tal vez que se amalgaman, se mezclan, se cruzan, se separan en tiempo y espacio. Como un cubo mágico.

¿Sabías lo que te podía pasar? ¿Por qué no te fuiste? ¿Qué pensaste? ¿Cómo resististe? ¿Valió la pena? ¿Te arrepentiste? ¿Cómo saliste adelante?

Track, track. Giro las caras del cubo y se me arma una cara multicolor; nunca se alinean todos los colores, imposible. Cada cuadradito tendría que tener además texturas y luminosidad para complejizar más las respuestas: un "sí" suave opaco, un "tal vez" arrugado brillante, un "siempre" áspero y oscuro. Mientras trato de armarlo, intento contestar algo de todo esto:

"No me puedo ir. No puedo dejar ahora a los compañeros". ¿Cuántas veces esta frase que le dije a mi papá esa tarde del 16 de septiembre resonó en mi cabeza? ¿Me arrepentí de haberla dicho? Recuerdo que cuando la dije estaba segura, era la única certeza que tenía en ese momento.

¿Cuántas veces mi viejo se recriminó haber respetado mi decisión? ¿Habrá alcanzado a entender que realmente se lo agradecí? Le expliqué mil veces que yo nunca me hubiera perdonado irme, que en ese momento necesitaba quedarme, y su respeto fue conmovedor para mí. ¿Tuvo sentido? Una pregunta sin respuesta aún.

¿Era la única salida quedarme en mi casa? Por supuesto que no, era la peor opción, y sin embargo me quedé. No se trataba de dejar la militancia, solo de conseguir una casa segura. Esto, que se puede distinguir tan claramente a la luz de los años, no lo pude ver en aquel momento. No tenía más "casas seguras" que me permitieran seguir militando en La Plata. Con las familias que me habían albergado, a las que siempre estuve eternamente agradecida, se me complicaba salir a hacer actividades. Y si me iba a Mar del Plata era para dejar de militar, algo impensable.

¿Sabías lo que te podía pasar? ¿Por qué no te fuiste? ¿Qué pensaste? ¿Cómo resististe? ¿Valió la pena? ¿Te arrepentiste? ¿Cómo saliste adelante?

Track, track.

Sí, pensaba en mi posible detención. Mil veces me había imaginado escenas posibles: hombres armados apuntándome que me encerraban en una celda, una cárcel. Mi viejo me había prevenido que no estaba preparada para soportar el dolor que podían infligirme. Eso también me sirvió, y sobre todo lo de no hablar de más.

Los hombres encapuchados, mi viaje en el auto, el recorrido por las casas hasta llegar a Arana, eran pedazos de escenas que me había imaginado. La previsión me ayudaba a transitar el momento. Sentía que no era a mí que me pasaban esas cosas, me desdoblaba,

me veía como otra persona, como si viviera en una película.

Pero cuando me desnudaron, quedé desprotegida, no solo de ropa, sino también de imágenes, de posibles escenarios previsibles. Se metieron con mi cuerpo, con mi intimidad, con mis órganos genitales, con el profundo dolor en mi cuerpo. Sentí morirme, quería morirme, que todo terminara, que me mataran de una vez. No gritaba, no hablaba, era un pedido a gritos ahogado, interno, en silencio. El dolor también te hace desdoblar, dejás de ser vos, te desmayas despierta, sentís que no resistís más, pero no tenés ninguna posibilidad de hacer otra cosa, solo aguantar. Eso lo aprendí cuando dije una mentira y no tardaron en darse cuenta. La represalia fue lo peor que me pasó en la vida. Me volvieron a buscar para descargar su furia y el miedo me atravesó. Me aferré al banco de cemento de la celda: fue mi modo de resistencia a que me llevaran. ¡Qué reacción tan primaria, tan infantil! Pero en esos lugares todo era así: animal, primario. Por un momento sin dolor hacés lo impensado. Mi mente viajaba, la trataba de poner en otra cosa: me imaginaba en la fiesta de la primavera, terminaba los diálogos de los sketches, contaba los días que faltaba al colegio y lamentaba poder perder el año. Sí, pensás cualquier cosa, pero sobre todo estuve atenta a que no me descubrieran en las mentiras que decía, y así pude evitar decir nombres, citas, información. Tenía razón mi viejo: no servía "hablar". Nunca juzgué a nadie, pero qué tranquilidad me dio mi silencio.

En ese momento, en la celda de Arana, me arrepentía de todo. Quería volver a mi vida del colegio Eucarístico, no haber ido a Bellas Artes, no haber conocido a nadie que me hablara de política. Quería volver a mi casa, andar en bicicleta, estar en la falda de mi abuela. Me dolía el cuerpo, me dolía mucho. No lo reconocía, sentía que me habían desfigurado, estaba hinchada, tenía quemaduras en los brazos. ¿Y mis órganos genitales seguirían funcionando? Me atormentaba esa idea…

¿Sabías lo que te podía pasar? ¿Por qué no te fuiste? ¿Qué pensaste? ¿Cómo resististe? ¿Valió la pena? ¿Te arrepentiste? ¿Cómo saliste adelante?

Track, track.

Me hacen caminar por el pasillo del pabellón del cuarto piso de Villa Devoto. Largo, amplio, limpio: una mesa de cemento en el medio. Las puertas de las celdas, pintadas de celeste, estaban cerradas. Reconocía algo de las películas, me ayudaba un poco, pero era distinto y me desorientaba. Las compañeras estaban en hora de descanso, al principio no vi a nadie. Me metieron en una celda con cuatro camas empotradas, una canilla y una letrina a un costado. Sin decirme nada, cerraron la puerta de metal.

Tarde varios días en emitir palabras. De a poco, las compañeras me ayudaron a empezar a hablar, pero yo estaba en *shock*. Fue extraño, justamente cuando podía sentir que me había "salvado", que iba a vivir, fue cuando no supe qué hacer. Ya casi no tenía que pensar en la subsistencia cotidiana, en los tormentos corporales, vendas en los ojos, ataduras en las muñecas: las cosas que me mantenían ocupada en la subsistencia. Solo tenía que pensar en mí; y de mí ya no quedaba nada. Ya se me habían acabado las imágenes de antelación; solo me quedaba permanecer ahí, en un túnel, un hueco, una pantalla en blanco, o más bien en negro.

Más de una vez me pregunto cómo aguanté todo eso. No lo sé. Lo hice, nada más. Trataba de no pensar en el afuera, eso era lo que más me lastimaba. Cuando me daba cuenta de que todo seguía igual, solo que yo estaba recortada de ese exterior, era cuando más sufría; me angustiaba, tenía rabia e impotencia y, de a ratos, mucha tristeza. Pero ya no me arrepentía, me había acostumbrado a pensar que esa iba a ser mi vida. Estaba tranquila, no había hecho nada malo. Es más, puedo decir que me reía, me divertía, disfrutaba… por momentos.

¿Sabías lo que te podía pasar? ¿Por qué no te fuiste? ¿Qué pensaste? ¿Cómo resististe? ¿Valió la pena? ¿Te arrepentiste? ¿Cómo saliste adelante?

Track, Track.

Las manos del cubo mágico giran veloces, a veces se traban, logro armar una fila de colores, pero las otras caras se me desarman. Porque tuve a lo largo de mi vida tantas respuestas a estas preguntas como situaciones que fui viviendo: me arrepentí, me enojé, me angustié, me tranquilicé, me volví a enamorar de la política, me enorgullecí, agradecí haber conocido a compañeros maravillosos, fui feliz por instantes, me olvidé de varias cosas, me acuerdo de muchas otras, vivo con pasión algunas situaciones y me desentiendo de otras más; me río mucho, sufro y me duelen las ausencias.

¿Soy mejor persona por haber pasado lo que pasé? No lo sé. Eso se espera, pero quizás sea así porque se cree que nosotros, los que pasamos por estos padecimientos, alcanzamos un nivel superior de espiritualidad, de comprensión del ser humano, de las cosas importantes de la vida. Resabios del cristianismo: sufrir para purificarnos. No estoy para nada segura. Yo creo que el dolor es solo eso, dolor. La tortura no es pedagógica.

Lo que sí tengo es una gran tranquilidad por cómo transité esa parte de mi vida. El dolor por lo que pasó es eso: un dolor fuerte, a veces una puntada que te hace doblar; pero es eso, un golpe seco que dura poco. Pasa, pasa… ¿ya pasó? No, ya casi… ya pasó. Porque lo que queda pendiente, lo que no te sucedió, se te cuela en los huesos, te envuelve, te corroe. No cesa. El cuerpo se va descomponiendo, carcomiendo de a pedazos y el dolor nunca pasa, queda. Se aloja en el alma y desde ahí te va matando de a poco. El mío fue un golpe seco, profundo, limpio; cicatriza mejor.

Sí, cicatriza día a día. A veces hay puntos que se abren, supuran, pero van cerrando; de a poco se van cerrando.

## Agradecimientos

Cuando empecé a escribir estos relatos intimistas para mis hijos y un grupo reducido de amigos no creía que se iban a convertir en libro. Fueron impulsos, urgencias escritas de un tirón u otras veces en forma reposada; a veces lineales en el tiempo y otras con saltos temporales. Esperé a que fueran surgiendo solos los temas de los que estaba segura de que iba a escribir: vivencias intensas, personas que fueron muy importantes en mi vida… y sin embargo muchos de ellos nunca afloraron. No deja de asombrarme el recorte arbitrario que hice, pero así quedó.

¿Cómo es posible que no me haya quedado ni un solo relato sobre mi vida académica, mi paso por las aulas de la Universidad Nacional de Mar del Plata, de la Facultad de Ingeniería, mis desvelos en la docencia, mis investigaciones, sueños académicos, discusiones acaloradas sobre el rol de la universidad, amigos y compañeros de esos momentos? Más de treinta y seis años de docente y ni una palabra escribí sobre todo eso.

De todas formas, a quienes me acompañaron en esos años, mi agradecimiento porque de alguna manera me ayudaron a escribir.

¿Y de la militancia? Me queda un gusto a poco lo que relaté de esos intensos años de los 70. Por eso, quiero agradecer a todos aquellos compañeros y compañeras que me enseñaron el valor de las guitarreadas, de las peñas, llegar puntual a una cita, participar de las asambleas, compartir discusiones en los ámbitos, alegrías, decepciones, miedos, horrores. A todos aquellos que si les nombro la CNU, la triple A, chaquetas verde oliva y Particulares negros, embute, cita de reenganche, Huerque Mapu, Quilapayún, *La hora de los hornos*, oblea, Ezeiza, *El Eternauta*, imberbes, panfleto, mimeógrafo, stencil, camisolas con batik, JUP, UES, JP, PCR, JTP, ERP o JG no tengo que aclararles nada más; o que si leemos "Cámpora y Solano Lima, los hombres del frente y de Perón" o "El hospital de niños en el Sheraton Hotel", enseguida nos ponemos a cantar la melodía.

Quiero agradecer a Néstor y a Cristina porque con ellos tuvimos la posibilidad de abrazar la militancia como segunda oportunidad; nos reencontramos y pudimos dejar de narrar los años 70 sólo como un campo de cadáveres, angustias y ausencias. Volvimos a hablar de política, militancia, organización popular, soberanía, justicia social y mostrarles a las nuevas generaciones que no estábamos tan equivocados, y yo, eternamente agradecida.

Quiero agradecerles a los jóvenes militantes que intenté formar porque fueron ellos los que me formaron a mí en ese ida y vuelta. En cada palo de bandera enarbolado, en cada pintada, en cada marcha sosteniendo carteles, en cada mano haciendo la V y en cada remera con consignas inventadas en el momento. No me surgió ningún relato en que les pudiera agradecer a Rocío, Vicky, Nando, Joaco S., Santiago, Lorena, Jorge, Banche, Sole, Rodri, Pamela, Alejandra, Paz, Ezequiel, Eva, Carla, Marisol, Joaco N., Viviana… jóvenes que entendieron mi frase: "La revolución de hoy es hacer bien un expediente". Aceptaron todas mis locuras postergando horas de sueño, a veces no muy convencidos, pero siguiéndome a ciegas, con ese respeto que me obligaba a hacer las cosas bien o a equivocarme lo menos posible.

A Gustavo Calloti, el Francés, apenas lo nombré en algunos textos. Qué injusticia. Tendría que haber narrado tantos episodios vividos juntos. Mi amigo de la UES, mi hermano en los momentos más difíciles que nos tocó vivir, y hoy un remanso en mis trivialidades cotidianas. Gustavo, otro compañero que es parte de los olvidos y malentendidos de esta historia, a quien le debo mucho.

¿Y a Juan Cristóbal Mainer? ¿Cómo es posible que no lo haya mencionado? ¿Cómo contar actividades de la UES sin hablar del gordo Juan? Tiene un año menos que yo, era el amigo entrañable y novio de Claudia Falcone por tres meses. Lo secuestraron a fines de septiembre del 76 y estuvo preso casi seis años. Un tipo bueno que sigue siéndolo a pesar de

los dramas que vivió; una omisión imperdonable que no esté en cada texto, aunque él y yo sabemos que sí está. Gracias, Juan.

Tampoco escribí de mis amigas, esas que cuando sentí que una ola me daba vueltas y vueltas y no podía llegar a la orilla les escribí un mail, un simple mail pidiendo ayuda y allí estuvieron. Todas saben cuánta falta me hicieron en esos tiempos y en todo momento. Fueron lectoras tempranas de estos relatos y sus devoluciones ayudaron a que este libro fuera tomando forma. A ellas que, aunque no figuren en los textos, están atrás de muchos de ellos.

Tampoco hay un relato de Arnaldo, mi compañero que en un momento difícil me agarró la mano y me susurro al oído: "Yo estaba seguro de que ibas a llegar a la orilla, sólo había que acompañarte". Y supo hacerlo. Fue él quien no quiso resignarse a que yo me dedicara sólo a leer e hizo todo lo posible para que también escribiera. Gracias por quererme, acompañarme y animarme.

De Juan Carrá escribí un texto, pero como parte de mi producción. No lo había hecho como agradecimiento, y por eso quiero expresarlo enfáticamente acá: logró hacerme sacar cosas que me abrieron un camino impensable. Gracias, Juan.

A Martín Granovsky no sólo le agradezco las hermosas palabras de su prólogo, sino también el haberme impulsado desde el primer momento a la publicación de los textos, haciendo múltiples gestiones que permitieron que este libro tomara su forma. Eternamente agradecida.

A la Editorial Marea, en especial a Constanza Brunet, que aceptó con toda generosidad publicar este libro.

A Ariel Hendler, por su dedicado y minucioso trabajo de corrección, pero en especial por respetar mis decisiones.

Y a quienes les dediqué el libro también va mi máximo agradecimiento: a mis hijos y nietas: Mariana, Pilar, Joaquín, Malena, Juana e Inés, porque conocen todas las maneras de estar conmigo.